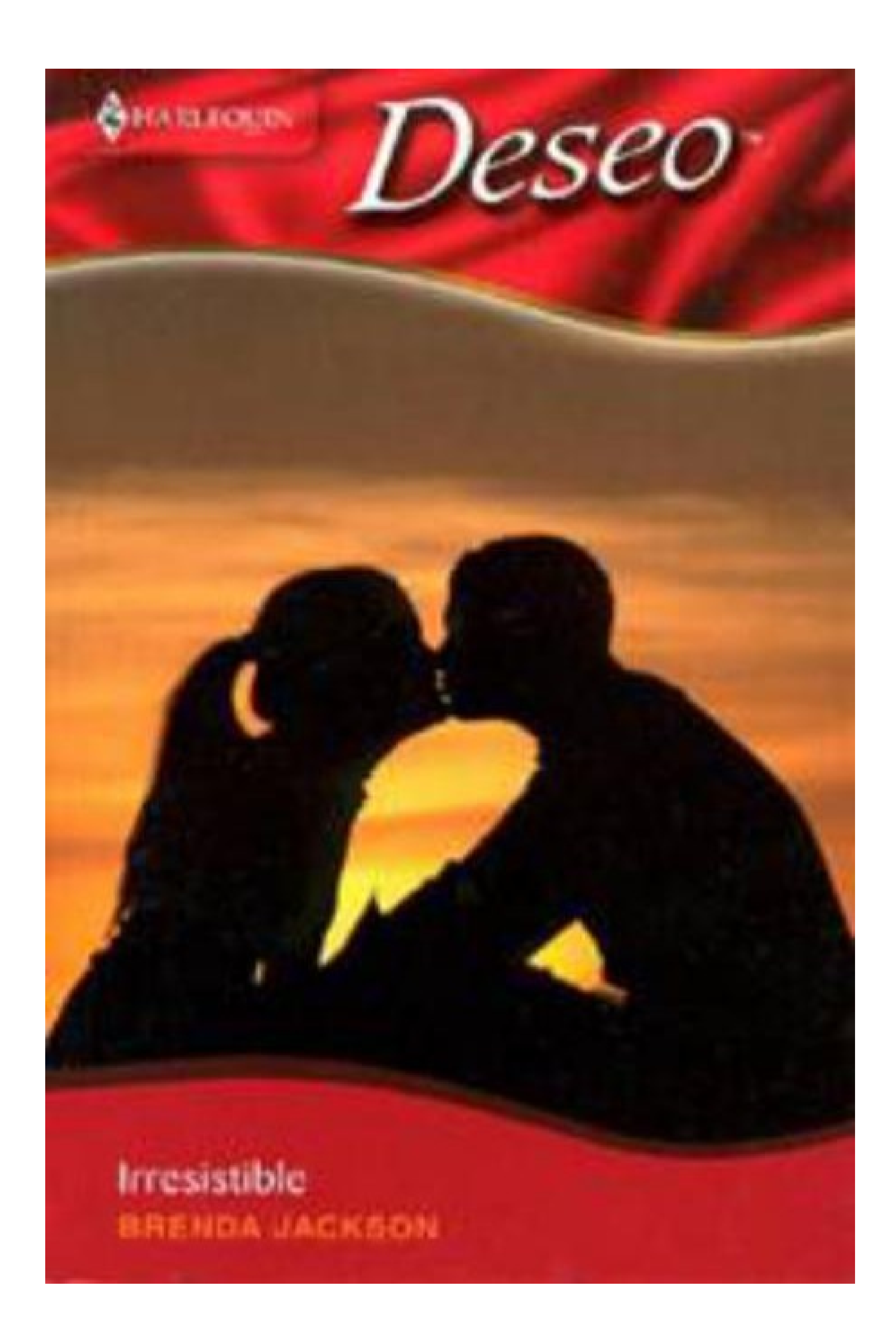

HARLEQUIN
Deseo
Irresistible
BRENDA JACKSON

Estaba decidido a seducirla y a arrebatársela a otro hombre…Había un secreto en la herencia del magnate inmobiliario Dillon Westmoreland… y Pamela Novak poseía la clave. Aunque la belleza de cabello azabache estaba atrapada por su astuto novio, Dillon, el mayor del clan Westmoreland de Denver, no pudo resistir pasar una noche devastadora en sus brazos. Y después de esa pasión increíble… Bueno, cuando un Westmoreland reclamaba a la mujer que realmente deseaba, ¡no dejaba que nada los separara!

Brenda Jackon

Irresistible

Westmoreland - 16

Prólogo

—Sé lo mucho que significa para vosotros averiguar todo lo posible sobre vuestro abuelo, y os deseo lo mejor en dicha empresa. Si alguna vez necesitáis algo, tus hermanos, tus primos y tú debéis saber que los Westmoreland de Atlanta están aquí. Llamadnos en cualquier momento.

Dillon Westmoreland se bebió la copa de vino antes de mirar al hombre mayor a los ojos. Había conocido a James Westmoreland apenas once meses antes. Había llegado a Denver, Colorado, con sus hijos y sobrinos, afirmando que eran parientes. Tenían la documentación que lo probaba.

—Gracias, señor —repuso Dillon.

Su inesperada aparición en el Shady Tree Ranch había respondido muchas preguntas, pero generado aún más.

Después de años de pensar que no tenían ningún pariente vivo fuera de Denver, resultaba agradable saber que había otros… que no habían titubeado en recibirlos como si fueran de su propia sangre.

Dillon miró alrededor de la recepción nupcial ofrecida en honor de su primo Reggie y la esposa de éste, Olivia. Dillon y los otros Westmoreland de Denver se habían conocido oficialmente con un grupo de Westmoreland de Atlanta en una reunión familiar celebrada hacía unos meses. Un vistazo bastó para saber que estaban emparentados. Los rasgos faciales, la tez y las complexiones eran prácticamente iguales. Lo que no debía sorprender, dado el hecho de que sus bisabuelos, Reginald y Raphael, habían sido gemelos idénticos.

En ese momento, Dillon conocía la historia de cómo su bisabuelo, Raphael Westmoreland, se había separado de la familia a

la edad de veintidós años. Se había marchado de Atlanta, Georgia, con la esposa de un predicador de la ciudad. Considerado un acto despreciable, de inmediato pasó a ser la oveja negra de la familia y jamás se volvió a saber nada de él.

Muchos dieron por hecho que había muerto antes de cumplir los veinticinco años, con una recompensa sobre su cabeza por robo de esposa. Pocos sabían que había llegado a Denver, se había casado y tenido un hijo que le había dado dos nietos, quienes a su vez lo habían bendecido con quince bisnietos. Dillon estaba orgulloso de afirmar que, con treinta y seis años, era el mayor de los bisnietos de Raphael. Lo que dejaba el legado de los Westmoreland de Denver sobre sus hombros.

No había sido fácil, pero se había afanado en guiar a la familia. Y no lo había hecho tan mal. Los quince habían prosperado por méritos propios, incluso los tres que aún iban a la universidad. Aunque había que esforzarse en pasar por alto a su hermano menor, Bane, cuyos esporádicos roces con la ley hacían que Dillon tuviera que presentarse en la comisaría con más frecuencia que la deseada.

—¿Sigues decidido a averiguar la verdad acerca de lo que le sucedió a las otras esposas de tu bisabuelo, o si sus relaciones anteriores llegaron a oficializarse? —le preguntó James Westmoreland.

—Sí, señor. A final de año, más o menos en noviembre, me voy a tomar un tiempo libre de mi empresa para viajar a Wyoming —repuso.

A través de la investigación genealógica de James Westmoreland había localizado a su familia. En ese momento dependía de la rama de Denver encontrar las respuestas que aún los obsesionaban acerca de su bisabuelo. Era una de las causas por las que el viaje a Wyoming resultaba tan importante para él.

—De acuerdo, Dillon, el tío James te ha tenido para él solo demasiado tiempo.

No pudo contener una risita cuando entró su primo Dare. Si alguien hubiera albergado duda alguna de que los Westmoreland de Atlanta y Denver estaban emparentados, lo único que tenían que hacer era compararlo con Dare. Sus rasgos eran tan similares, que bien podrían haber sido hermanos en vez de primos.

—No me importa —comentó con sinceridad—. Estoy

disfrutando.

—Pues no te diviertas demasiado —repuso Dare con una sonrisa enorme—. En cuanto Reggie y Olivia se marchen de luna de miel, vamos a ir a Chase's Place para una partida de póquer.

Dillon enarcó una ceja.

—La última vez que jugué al póquer con todos vosotros estuve a punto de perder la camisa —indicó con jovialidad.

Dare le dio una palmada en el hombro.

—Lo único que puedo decir a eso, Dillon, es bienvenido a la familia.

Capítulo 1

—¿Es que has perdido la cabeza, Pam? No me importa lo que digas, no podemos dejar que lo hagas. Ya has renunciado a muchas cosas por nosotras. No podemos.

Pamela Novak sonrió al mirar por encima del hombro y ver las tres caras que la miraban ceñudas y con rapidez decidió que sería mejor que les prestara toda su atención. Secándose las manos con un trapo, se puso de espaldas al fregadero y las estudió.

Se preguntó qué haría falta para que sus hermanas entraran en razón y comprendieran que tenía que hacer lo que debía. Fletcher presionaba para una boda navideña y ya estaban en la primera semana de noviembre. Hasta el momento, no habían fijado una fecha. Pero él sacaría el tema cada vez que la viera. Había dejado claro que no quería un compromiso largo y, teniendo en cuenta todo, eso tampoco era muy positivo para ella.

Se mordió el labio inferior y trató de establecer una estrategia rápida pero efectiva. Si pudiera convencer a su hermana Jillian de la importancia de lo que tenía que hacer, Paige y Nadia no tardarían en apuntarse. Pero convencer a Jillian era el gran desafío. A Jill no le gustaba Fletcher.

—¿Y qué os lleva a pensar que es algo que me veo obligada a hacer? —finalmente decidió preguntarle a las tres.

Por supuesto, fue Jillian quien respondió. Jill, como la llamaban casi todos en Gamble, Wyoming, tenía diecisiete años, estaba a punto de acabar el instituto y era belicosa. También era muy inteligente. El mayor deseo de Pam era que se marchara de Gamble el siguiente otoño para asistir a la Universidad de Wyoming en Laramie en pos de su sueño de llegar a ser algún día neurocirujana.

Y Paige, de quince años, y Nadie, de trece, no tardarían en estar

listas para satisfacer sus aspiraciones.

Pam quería asegurarse de que, llegado el momento, hubiera fondos para la universidad. También quería cerciorarse de que, si sus hermanas querían regresar a Gamble, siguieran teniendo un hogar allí. Estaba segura de que aceptar la proposición de matrimonio de Fletcher hacía que todas esas cosas fueran posibles.

—Estás sacrificando tu felicidad, Pam. No somos estúpidas. ¿Qué mujer en su sano juicio querría casarse con un idiota como Fletcher Mallard? —soltó Jill.

—No es un idiota —tuvo que esforzarse en mantener la expresión seria al afirmar eso—. De hecho, es un hombre agradable.

—Cuando no se muestra desagradable y arrogante, que es la mayor parte del tiempo. Ya cree que puede dirigir las cosas en casa. Nos ha ido bien sin él —fue la respuesta amarga de Jill. Se detuvo para recuperar el aire y prosiguió—: No nos importa si perdemos esta casa y no nos molestaría en absoluto si no podemos recibir una educación universitaria. Nos negamos a dejar que te cases con alguien de esa calaña para proteger lo que tú ves como nuestros brillantes futuros. Y hablando de futuros, deberías estar de regreso en California trabajando en una película de verdad en vez de dedicar el tiempo a enseñar a alumnos a actuar en una clase de teatro. Has estudiado para ser actriz, tu sueño de toda la vida. Tu pasión. No deberías haberlo abandonado por nosotras.

Pam respiró hondo. Ya había pasado por lo mismo con sus hermanas. El problema era que conocían demasiado de la situación, algo que deseaba que no hubiera sucedido. Por desgracia, habían estado en casa aquel día en que Lester Gadling, el abogado de su padre, se había presentado para comunicarle la mala noticia, y sus hermanas lo habían oído.

—Pero no estoy en California. Me siento muy satisfecha de estar en Gamble y de dirigir la escuela de arte dramático, ofreciéndoles a otros la oportunidad que se me dio a mí —replicó e hizo una breve pausa antes de añadir—: Escuchad, señoritas, tomé estas decisiones porque os quiero.

—Y nosotras también te queremos, Pammie —repuso Nadia—, pero no podemos dejar que abandones la oportunidad de que algún día puedas conocer a un hombre realmente agradable y…

—Fletcher es agradable —cortó. Pero su esfuerzo sólo recibió

unas miradas con los ojos en blanco.

—No, no lo es —contradijo Paige—. Un día yo estaba en el banco y lo vi tratar mal a una de las cajeras por hacerlo esperar demasiado en la cola. Se considera importante por ser el dueño de una cadena de supermercados.

—De acuerdo, le viste el lado malo sólo una vez —concedió Pam—. Pero en el fondo es una persona amable. Está dispuesto a ayudarnos, ¿no?

—Sí, pero piensa en lo que va a recibir él. Nuestra casa y la mujer soltera más hermosa de Gamble —señaló Jill.

—Una mujer soltera que en unos meses va a cumplir los treinta años. ¿No creéis que es hora de que me case?

—Sí, pero no con él —imploró Jill—. Cualquiera menos él.

Pam miró el reloj de pared de la cocina. Fletcher iba a ir a cenar y llegaría en cualquier momento, por lo que necesitaba asegurarse de que sus hermanas dejaran el tema. Tenían que aceptar que era una mujer prometida y seguir adelante.

Ella era la que mejor sabía que Fletcher tenía defectos y que en ocasiones podía ser arrogante, pero podía tolerarlo. Lo que se negaba a tolerar era que sus hermanas perdieran el único hogar que conocían y la oportunidad de realizar sus sueños yendo a las universidades que querían.

No pudo evitar pensar en lo que había pasado por la cabeza de su padre cuando decidió hipotecar por segunda vez la casa… hipoteca que debía cancelarse al año del fallecimiento de aquél. Era imposible que ella pudiera juntar un millón de dólares.

Fletcher, en el papel de amigo, le había hecho una proposición que no había podido rechazar. Él era plenamente consciente de que no sería una unión de amor. Sin embargo, ella desempeñaría sus funciones de esposa según lo acordado. Los dos querían tener hijos algún día. Y Pam estaba decidida a aprovechar al máximo su matrimonio y ser una buena esposa.

—Quiero que las tres me hagáis una promesa —le dijo a sus hermanas.

—¿Qué promesa? —Jill la miró con suspicacia.

—Quiero que me prometáis que haréis todo lo que os pida en lo referente a mi compromiso con Fletcher. Siendo vuestra hermana mayor, me haréis feliz si apoyáis mi matrimonio con él.

—Pero, ¿serás realmente feliz, Pammie? —preguntó Paige con expresión que decía que necesitaba saberlo de verdad.

No, no sería realmente feliz, pero sus hermanas no tenían por qué saber eso. Jamás debían conocer la extensión del sacrificio que realizaba por ellas. Con eso en mente, alzó el mentón, las miró a los ojos y contó una mentira que supo que al final estaría bien justificada.

—Sí —plantó una sonrisa falsa en la cara—. Seré realmente feliz. Quiero casarme con Fletcher. Y ahora, hacedme esa promesa.

Jill, Paige y Nadia titubearon sólo un momento y luego dijeron al unísono:

—Te lo prometemos.

—Bien.

Cuando Pam volvió a centrarse en el fregadero, las tres jóvenes se miraron y sonrieron. Al hacer la promesa habían tenido los dedos cruzados a la espalda.

Mientras Dillon subía por el largo sendero marcado como Finca Novak, pensó que probablemente era una descortesía presentarse sin llamar primero.

Había llegado a Gamble, Wyoming, a primera hora de ese día con una misión en la mente. Saber qué había sido de las otras cuatro esposas de su bisabuelo, las que había tenido antes de casarse con su bisabuela, Gemma. Según la investigación genealógica que había llevado a cabo James Westmoreland, Gamble era el primer lugar en el que se había asentado Raphael después de marcharse de Atlanta, y un hombre llamado Jay Novak había sido su socio en una mantequería y lechería.

Dillon habría llamado, pero no conseguía señal en su teléfono móvil. Roy Davis, el propietario del único hotel de Gamble, le había explicado que eso se debía a que Gamble se hallaba en una zona rural en la que obtener una buena señal resultaba casi imposible. Dillon había negado con la cabeza. Era absurdo que en esa época hubiera una ciudad en la que aún sucediera algo así.

Finalmente, había podido conseguir señal para contactar con su secretaria y comprobar cómo iban las cosas en la oficina. No le sorprendió que todo se encontrara bajo control, ya que había

contratado a la gente adecuada para asegurarse de que su multimillonaria empresa inmobiliaria continuara siendo un éxito, sin importar que él no estuviera presente.

Aparcó detrás de otro coche en el patio y observó la enorme casa victoriana con tejado de madera. Era muy similar en diseño a su hogar en Denver y se preguntó si sería una coincidencia.

Por lo que había oído, la ocupaban cuatro hermanas, siendo la mayor Pamela Novak. Tenía entendido que ésta había disfrutado de una prometedora carrera como actriz en California, pero había regresado a Gamble a la muerte de su padre. En ese momento dirigía una escuela de teatro que una antigua profesora le había dejado en herencia.

Al bajar del coche de alquiler se tomó tiempo para estirar las piernas. Como casi todos los Westmoreland, era alto, y debido a esa altura siempre le había gustado jugar al baloncesto. Había estado preparado para iniciar una carrera en la NBA cuando le había llegado la noticia del accidente de avión que se había cobrado la vida de sus padres y de sus tíos, dejando a catorce Westmoreland menores que él a su cuidado.

No había sido fácil, y Tammi, su novia de la universidad, había afirmado que permanecería a su lado sin importar las circunstancias. Menos de seis meses después de casarse había vuelto a la casa paterna afirmando que no soportaba vivir en un rancho con un grupo de paganos.

Eso había sucedido después de que fracasara en convencerlo de poner a su hermano Bane, entonces con ocho años, a sus primos de diez años, los mellizos Adrian y Aiden, y a Bailey, de siete, en hogares de acogida, ya que siempre se estaban metiendo en un problema u otro.

Dillon había entendido que la mayoría de las travesuras nacía del anhelo de obtener la atención que habían necesitado tras la muerte de sus padres.

Sin embargo, Tammi no lo había entendido y quiso romper el matrimonio. Una cosa buena que había surgido del divorcio era que había comprendido que su destino era estar soltero y, mientras fuera el cabeza de familia, así seguiría.

Otra cosa positiva del divorcio fue que los Westmoreland más jóvenes, con la excepción de Bane, se habían sentido culpables por

la marcha de Tammi y habían mejorado su comportamiento. En ese momento, los mellizos y Bailey estaban en la universidad. Y Bane… seguía siendo Bane.

—¿Está perdido, señor?

Dillon giró con rapidez y se encontró con dos pares de ojos castaños a unos metros de distancia. ¿Gemelas? No, pero podrían pasar por tales. En ese momento vio que una de las adolescentes le sacaba una cabeza a la otra.

—Bueno, ¿lo está?

Sonrió. Era evidente que no había hablado con la suficiente celeridad como le habría gustado a ellas.

—No, no estoy perdido si es la casa de los Novak.

La más alta de las dos dijo:

—Soy una Novak. Las dos lo somos.

Dillon rió entre dientes.

—Entonces, supongo que estoy en el lugar adecuado.

—¿A quién quiere ver?

—A Pamela Novak.

La más baja asintió.

—Es nuestra hermana. Está en la casa hablando con él.

Dillon enarcó una ceja. No tenía ni idea de quién era él, pero por el modo desagradable en que se lo había mencionado, no estuvo muy seguro de querer averiguarlo.

—Si se encuentra ocupada, puedo venir más tarde —comentó, dirigiéndose hacia el coche.

—Sí, porque podría enfurecerse si pensara que ha venido sólo para ver a Pammie —indicó la más alta.

Las dos chicas se miraron y sonrieron, y en sus ojos brilló una expresión traviesa. Y entonces, gritando a voz en cuello, llamaron:

—¡Pammie, un hombre ha venido a verte!

Dillon se apoyó en el coche con los brazos cruzados, sabiendo que las adolescentes se divertían un poco a su costa. No estuvo muy seguro de que le gustara hasta que se abrió la puerta. En ese momento se olvidó de respirar. Salió una mujer de una belleza deslumbrante. No importaba que estuviera frunciendo el ceño. Lo único que contaba era que se trataba de la mujer viva más hermosa que jamás había visto.

No pasaba del metro setenta de estatura y era esbelta, con las

curvas apropiadas marcadas por los vaqueros que lucía. El cabello negro fluía en torno a sus hombros y la tez de color castaño resaltaba todas sus facciones. El color de sus ojos era de la misma tonalidad marrón intensa que el de las dos jóvenes y exhibía una nariz de duende que resultaba perfecta para su rostro. Era una belleza de pelo negro que lo dejó literalmente sin aliento.

—Eh, se encuentra en propiedad privada. ¿Puedo ayudarlo en algo?

La pregunta se la formuló con voz alta y agitada un hombre muy grande que estaba justo detrás de ella en el umbral de la puerta. Lo miraba como si su sola presencia lo crispara mucho.

De inmediato dedujo que debía tratarse del «él» del que habían hablado las chicas, y estaba a punto de responder cuando se le adelantó la más alta de las dos.

—No, no puedes ayudarlo porque no ha venido a verte a ti, Fletcher. Ha venido a ver a Pammie.

Fletcher frunció el ceño al mismo tiempo que la adolescente sonreía. Era evidente que intentaba provocarlo adrede.

—Paige y Nadia, ¿no deberíais estar arriba haciendo los deberes? —preguntó la mujer hermosa antes de posar la vista en Dillon.

A diferencia de su amigo, sonrió con sinceridad y mostró una expresión alegre.

—¿Pamela Novak? —se oyó preguntar mientras seguía esforzándose en respirar.

Ya había visto a mujeres hermosas, pero había algo en ella que lo alteraba totalmente.

—Sí —repuso sin dejar de sonreír mientras bajaba los escalones hacia él.

Dillon se apartó del coche y también comenzó a dirigirse hacia ella.

—Aguarda un momento, Pamela —indicó el otro—. No conoces a este hombre. No deberías ser tan presta en mostrarte amable con la gente.

—Quizá deberías imitarla, Fletcher.

La que habló, incorporándose a la contienda, fue una voz que Dillon no había oído antes. Miró detrás del tipo enorme y vio salir a una joven de unos diecisiete o dieciocho años. Por el parecido de las

facciones, no tardó en conjeturar que era otra hermana.

Pamela Novak siguió caminando y, cuando se detuvo delante de él, le ofreció la mano.

—Sí, soy Pamela Novak, ¿y tú eres…?

Dillon aceptó la mano y de inmediato sintió un calor que comenzó a extenderse por todo su cuerpo. Luego, el cosquilleo iniciado en el estómago se puso a descender. A pesar del anillo de compromiso que notó en la mano de ella.

Quedó fascinado por el movimiento de sus labios y por la forma hermosa que tenían. Al mirarla a los ojos, sintió como si un puño le atenazara las entrañas.

—Me llamo Dillon Westmoreland —la vio enarcar las cejas, aunque la sonrisa no vaciló. Supo que buscaba en la memoria dónde había oído ese apellido. Decidió echarle una mano—. Tengo entendido que mi bisabuelo, Raphael Westmoreland, en un momento fue socio de tu bisabuelo, Jay Winston Novak.

Ella rió entre dientes.

—Oh, sí, Raphael Westmoreland. El ladrón de esposas.

Él también sonrió.

—Sí, eso he oído. De hecho, es el motivo que me ha traído aquí. Yo…

—¿Qué quiere, Pamela?

Al ver cómo los hombros de Pamela Novak se ponían rígidos, Dillon supo que ésta deseó que el gigantón permaneciera callado por una vez.

—¿Es tu novio? —no pudo evitar preguntarle.

Lo estudió unos momentos antes de responder:

—Sí —luego dijo por encima del hombro—. Es Dillon Westmoreland. Nuestros bisabuelos fueron socios comerciales, así que lo considero un amigo de la familia —volvió a dirigirse a él con una sonrisa y un susurro—: Sabes que es una forma de hablar, ¿verdad?, teniendo en cuenta la fama de tu bisabuelo…

Fue el turno de él de reír entre dientes.

—El motivo que me trae aquí es averiguar todo lo que pueda sobre esa fama, ya que hace muy poco descubrí que la tenía y…

—¿Qué quiere, Pamela?

Antes de que pudiera contestar, la más baja de las diablesas dijo:

—Ya te lo hemos dicho. Quiere a Pammie.

El ceño del gigantón se acentuó y Dillon supo que la pequeña no había tenido intención de que sonara como había sonado, pero, básicamente, había dicho la verdad. Se sentía atraído por Pamela Novak. Meterse en el territorio de otro nombre había sido el estilo de Raphael Westmoreland, pero no era el suyo. Sin embargo, en ese momento no experimentó ninguna culpabilidad por los pensamientos que dominaban su mente, y menos cuando era obvio que esa mujer estaba prometida con un imbécil. Pero eso tampoco era asunto suyo.

El hombre bajó los escalones y avanzó hacia ellos; Dillon lo evaluó con celeridad. Llevaba un traje y unos zapatos negros caros. La camisa y la corbata tampoco parecían baratas, lo que significaba que era un hombre de negocios de cierto éxito.

Cuando se detuvo delante de él, le ofreció la mano.

—Me llamo Dillon Westmoreland, y como ha dicho la señorita Novak, soy un amigo de la familia. El motivo por el que estoy aquí —decidió añadir—, es porque realizo una investigación sobre la historia de mi familia.

El hombre le estrechó la mano.

—Yo soy Fletcher Mallard, el novio de Pamela —dijo, como si necesitara dejar claro su derecho al exponer en voz alta cuál era la posición que ostentaba.

Dillon pensó que se podía averiguar mucho por el modo en que un hombre estrechaba la mano, y el de Fletcher fue revelador. Usó el apretón fuerte, empleado a menudo para ejercer fuerza y poder. Un hombre seguro no necesitaba semejante táctica. Ese hombre era inseguro.

Mallard lo miró con escepticismo.

—¿Y qué es lo que quieres saber?

La sonrisa desapareció de los labios de Pamela Novak y miró furiosa a su novio.

—Tú no tienes ningún motivo para hacer todas estas preguntas, Fletcher. El señor Westmoreland es un amigo de la familia y eso es lo único que importa ahora —como si sus palabras lo aclararan todo, se volvió hacia Dillon—. Por favor, acompáñanos a cenar. Luego podrás contarme cómo podemos ayudarte en tu búsqueda sobre la historia de tu familia.

Lo más fácil y menos complicado habría sido declinar la

invitación, pero algo en Fletcher Mallard lo irritaba y lo impulsó a aceptar.

—Muchas gracias, será un placer.

Capítulo 2

Pam supo que había cometido un error al invitar a Dillon Westmoreland a cenar en cuanto éste se sentó a la mesa. Deseó poder decir que Fletcher tenía un día malo, pero ya lo había visto comportarse de la misma manera cuando otros hombres habían mostrado interés en ella.

Pero lo extraño era que Dillon no había manifestado ninguno, razón por la que no podía entender por qué Fletcher se mostraba tan territorial. A menos… que hubiera captado el interés de Dillon.

Desterró esas tonterías de la cabeza. Ella no estaba interesada en Dillon. Simplemente, era curiosidad. ¿Qué mujer no se interesaría en un hombre como Dillon Westmoreland? Medía como mínimo un metro noventa y sus facciones eran del color del café. Su rostro era anguloso y con una mandíbula firme, un par de hoyuelos encantadores, labios carnosos y los ojos más oscuros que jamás había visto en un hombre. Una cosa era que estuviera prometida y otra que fuera ciega. Y allí, sentado a la mesa, su presencia poderosamente masculina representaba un elemento de distracción.

Miró alrededor de la mesa y vio que también sus hermanas se sentían fascinadas por él.

—¿Y de dónde eres, Westmoreland?

Se puso rígida al oír la pregunta de Fletcher. No había invitado a Dillon a cenar para que lo interrogaran, pero sabía que Fletcher no quedaría satisfecho hasta recibir algunas respuestas. También sabía que, en cuanto las consiguiera, tampoco quedaría satisfecho.

—De Denver —respondió Dillon.

Fletcher estaba a punto de formular otra pregunta cuando Dillon se le adelantó.

—¿Y de dónde eres tú, Mallard?

Era evidente que la pregunta lo había sorprendido. A Fletcher se le daba bien intimidar a la gente, pero Pam tuvo la impresión de que Dillon Westmoreland no era un hombre que se dejara intimidar.

—De Laramie —respondió el otro con tono hosco—. Me vine aquí hace unos cinco años para abrir un supermercado. Fue el primero. Desde entonces, he abierto otros veinte en otras ciudades en Wyoming y Montana. Mi objetivo para los próximos cinco años es que haya un Mallard Super Store en cada ciudad de la unión.

Pam sonrió para sus adentros. Si Fletcher pensó que ese anuncio iba a provocar una reacción de Dillon, se equivocó. Este no mostró señal alguna de estar impresionado.

—¿Dónde te vas a hospedar mientras estés en la ciudad? —preguntó Fletcher, sirviéndose puré de patatas.

—En el River's Edge Hotel.

—Bonito lugar, si puedes prescindir de la televisión por cable —dijo Jill con una sonrisa.

Pam vio la facilidad con la que Dillon le devolvió la sonrisa a su hermana.

—Puedo hacerlo. No veo mucha televisión.

—¿Y qué haces? —inquirió Fletcher con voz petulante.

Al responder, Dillon le dedicó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Me dedico al negocio inmobiliario.

—Oh, vendes casas —comentó Fletcher como si se tratara de una ocupación por debajo de su estatus.

—No exactamente —explicó Dillon con amabilidad—. Soy propietario de una empresa inmobiliaria. Puede que hayas oído hablar de ella, Blue Ridge Land Management.

Pam vio que la sorpresa se reflejaba en los ojos de Fletcher.

—Sí, he oído hablar de ella.

Tuvo que contener una risita porque estaba segura de que había oído hablar de ella. ¿Y quién no? Blue Ridge Land Management Company era una corporación de miles de millones de dólares, bien conocida en los Estados Montañosos, que ocupaba un puesto mucho más alto que Mallard Super Stores en la lista de Fortune 500.

Al ver que Fletcher se había quedado momentáneamente mudo, intervino.

—Dillon, has dicho que venías a indagar en la historia de tu

familia, ¿no? —le resultó natural recurrir al trato personalizado de su nombre de pila.

—Sí —corroboró, mirándola—. Durante años mis padres y mis abuelos me dijeron que mis hermanos, primos y yo no teníamos ningún pariente vivo, y que mi bisabuelo, Raphael Westmoreland, había sido hijo único. Así que puedes imaginarte mi sorpresa cuando un día, de repente, un hombre, sus dos hijos y tres sobrinos aparecieron en mi rancho para proclamar que eran familia.

Intrigada por la historia, Pam dejó el tenedor sobre el plato y le dedicó toda su atención.

—¿Cómo te encontraron?

—Mediante una investigación genealógica. El hombre mayor, James Westmoreland, sabía que su abuelo, Reginald Westmoreland, tenía un gemelo idéntico. Se descubrió que ese gemelo era mi bisabuelo, Raphael, que se había marchado de casa a los veintidós años y del que jamás se había vuelto a saber. De hecho, la familia dio por hecho que había muerto. Desconocían que se había asentado en Denver, casado y tenido un hijo, quien le dio dos nietos y, éstos, un montón de bisnietos… quince, en total. Yo soy el mayor de esos bisnietos.

—Vaya, debió de ser toda una sorpresa descubrir que tenías otros familiares cuando habías creído lo contrario —indicó Jill, atenta a cada palabra de Dillon—. ¿Qué piensa tu esposa de todo el asunto?

Pam observó sonreír a Dillon y supo que no lo había engañado el modo en que le había formulado la pregunta. Jill quería saber si estaba casado. Odió reconocer que ella misma sentía curiosidad. No llevaba anillo, pero eso no significaba nada.

—No tuvo nada que decir porque no estoy casado —repuso con amabilidad—. Al menos, ya no. Llevo divorciado casi diez años.

Fletcher, a quien le desagradaba el hecho de no ser el centro de atención, habló con voz negativa y autoritaria:

—A mí me parece una locura. ¿Por qué iba a importarte un grupo de gente que aparece en tu casa afirmando que es tu familia, o, peor aún, por qué querrías averiguar la historia de tu familia? Deberías vivir en el presente y no en el pasado.

Pam percibió que Dillon tuvo que esforzarse para contenerse y cuando respondió notó que lo hacía con una voz notablemente

atemperada.

—¿Tienes familia, Fletcher?

Una vez más, la expresión de éste reveló que no le gustaba ser quien recibía las preguntas.

—No, fui hijo único. Mis padres están muertos, pero ellos tampoco tenían hermanos. De momento, soy el único Mallard vivo —le sonrió a Pam—. Desde luego, eso cambiará en cuanto Pamela y yo nos casemos.

Dillon asintió despacio.

—Pero hasta que eso cambie, no espero que entiendas la importancia que tiene una familia. Yo sí. Los Westmoreland son muy familiares y, después de conocer a mis otros parientes, lo único que lamento es no haberlos conocido antes.

Entonces, la miró a ella y durante un segundo Pam le sostuvo la mirada y lo sintió. Había una conexión entre ellos que intentaban soslayar. Bajó la vista al plato para continuar comiendo.

Nadia le hizo una pregunta acerca de sus hermanos y, con la seguridad y relajación de un hombre seguro de sí mismo, comenzó a contarle todo lo que ella quería saber. Sin siquiera intentarlo, Dillon estaba cautivando a todo el mundo… con la excepción de Fletcher.

—¿Cuánto planeas quedarte en la ciudad? —preguntó, cortando con grosería la conversación que mantenían Dillon y las hermanas.

Dillon lo miró.

—Hasta que todas las preguntas que tengo acerca de Raphael Westmoreland reciban respuesta.

—Puede que eso te lleve tiempo —indicó Fletcher.

Dillon sonrió, pero Pam supo que lo hacía en beneficio de Fletcher y que no era una sonrisa genuina.

—Tengo tiempo.

Vio que Fletcher pensaba continuar y se adelantó.

—Dillon, yo debería poder ayudarte con eso. En el desván se encuentran los viejos libros comerciales de mi bisabuelo, al igual que su diario personal. Si quieres pasarte mañana y subir a echar un vistazo, eres bienvenido.

—Gracias —sonrió—. Estaré encantado de aceptar tu oferta.

—Pamela, no quiero que quedes con ese hombre a solas. Invitarlo a venir mañana, mientras tus hermanas se encuentran en la escuela, no ha sido una buena idea. Y mañana yo estaré fuera de la ciudad

visitando mis supermercados de Laramie.

Lo miró mientras lo acompañaba a la puerta. Estaba irritado y lo sabía. De hecho, no le cabía duda de que todos los que habían estado a la mesa también lo sabían, ya que era una persona que no ocultaba bien sus emociones.

—Por lo tanto —continuó Fletcher—, mañana le haré saber que has retirado la invitación.

Esas palabras la frenaron en seco a unos pasos de la puerta del salón. Lo miró, convencida de que en algún punto había pasado por alto una parte vital de la conversación.

—¿Disculpa?

—He dicho que desde que has acordado que no deberías estar a solas con Westmoreland, le haré llegar que has retirado la invitación para mañana.

Pam frunció el ceño.

—Yo no he acordado semejante tontería. La invitación que le hice a Dillon Westmoreland sigue en pie, Fletcher. Te estás comportando de forma controladora y territorial y no hay motivo para ello.

Vio un tic en la mandíbula de él que le indicó que estaba enfadado.

—Eres una mujer atractiva, Pamela. Westmoreland no es ciego. Lo ha notado —afirmó.

—¿Y qué se supone que significa eso? Acepté casarme contigo, pero eso no significa que seas mi dueño. Si tienes alguna duda acerca de este compromiso, entonces…

—Claro que no tengo ninguna duda. Sólo intento velar por ti, eso es todo. Eres demasiado confiada con la gente —la estudió—. Creo que eres tú quien alberga dudas —agregó.

Ella alzó el mentón.

—Claro que las tengo. Acepté casarme contigo como un modo de salvar mi rancho. Agradezco que vengas a rescatarme, pero te mereces algo mejor. Y ésa es la razón por la que pienso ir a ver a Lester Gadling otra vez esta semana. Me cuesta creer que mi padre no arreglara que esa hipoteca quedara saldada en caso de sucederle algo a él.

Fletcher aguardó un momento antes de decir:

—Si tienes unos sentimientos tan intensos al respecto, entonces

estoy de acuerdo en que vayas a ver a Gadling para preguntárselo, ya que era el abogado de tu padre. Pero no te preocupes por lo que yo merezco. Te tendré como esposa y eso me hará feliz.

Pamela no dijo nada. Ninguno de los dos entraba en el matrimonio con falsas expectativas. Él sabía que no lo amaba.

Reflexionó unos momentos en algunas cosas. Se había ido de casa nada más graduarse en el instituto con una beca para asistir a la Escuela de Teatro de la Universidad del Sur de California. Durante el primer año allí había muerto Alma, su madrastra, con quien su padre se había casado cuando ella tenía diez años, y que había sido maravillosa llenando el vacío dejado por la pérdida de su madre.

Había pensado en dejar la universidad y regresar a casa, pero su padre no había querido saber nada del asunto. No cejó en la convicción de que debía acabar la carrera y en afirmar que él podría ocuparse de sus hermanas, aunque por ese entonces Nadia sólo había tenido tres años, la misma edad que ella cuando perdió a su madre.

—¿Pamela?

Parpadeó al escuchar a Fletcher pronunciar su nombre.

—Lo siento, Fletcher. Pensaba en tiempos más felices, cuando papá y Alma estaban vivos.

—Y tendrás tiempos incluso más felices cuando nos casemos, Pamela —le tomó la mano—. Sé que ahora no me amas, pero estoy convencido de que llegarás a hacerlo. Sólo piensa en todas las cosas que puedo darte.

Ella alzó la barbilla.

—No te pido que me des todas esas cosas, Fletcher. Las únicas cosas que te he pedido, y que tú has prometido, son que te asegures de que mis hermanas mantengan la propiedad de nuestro hogar y que les pagues la universidad.

—Te prometo eso. Y te prometo darte más si me lo permites —musitó con tono frustrado.

No repuso nada en largo rato y supo que su silencio debía de estar crispándolo, pero no pudo evitarlo.

—No quiero nada más, Fletcher, así que, por favor, dejémoslo ahí.

Había conocido a Fletcher hacía cuatro años, en uno de los

viajes que realizaba a Gamble para visitar a su familia. A partir de entonces, siempre que iba a la ciudad, él se empeñaba en invitarla a salir.

Después de la muerte de su padre y de que ella se hubiera trasladado definitivamente al rancho, había ido a visitarla de forma habitual, aunque le había explicado que entre ellos sólo iba a existir amistad. Por ese entonces, había dado la impresión de quedar satisfecho.

Pero un día se había presentado Lester Gadling y le había arrojado la bomba que había cambiado su vida para siempre. Aquella noche Fletcher había ido a verla y ella no había podido evitar contarle lo sucedido. La había escuchado con atención antes de presentarle lo que consideraba una solución fácil. Podía casarse con él y sus problemas financieros se habrían acabado.

Al principio había pensado que había perdido un tornillo. Pero cuanto más vueltas le dio al tema, más forma fue cobrando en su mente la sugerencia de él. Lo único que tenía que hacer era casarse y Fletcher se encargaría de que su rancho se salvara y establecería un fideicomiso para sus hermanas, de modo que cuando llegara el momento de que fueran a la universidad, todo estaría arreglado.

Al principio no aceptó la oferta, decidida a manejar el asunto sin la ayuda de Fletcher. Había ido de un banco a otro con la intención de conseguir un préstamo, pero una y otra vez se lo habían denegado. Únicamente había aceptado la proposición de Fletcher al ver que no tenía otra alternativa.

Bajó la vista a su reloj de pulsera y dijo:

—Se hace tarde.

—De acuerdo. No olvides tener cautela con Westmoreland. Hay algo en él que no me inspira confianza.

—Como ya he dicho, Fletcher, estaré bien.

Él asintió antes de inclinarse y darle un beso fugaz en los labios. Como siempre, ella esperó que la sangre se le acelerara y corriera furiosa por sus venas, que el fuego le quemara las entrañas, pero, como siempre también, no sucedió nada. Ni una chispa.

Durante meses había soslayado el hecho de que no se sentía físicamente atraída por el hombre con el que iba a casarse. No le había molestado hasta esa noche, cuando descubrió que se sentía muy atraída físicamente por otro hombre. Dillon Westmoreland.

Dillon se metió en la bañera enorme llena de agua templada. Cerró los ojos y se estiró, pensando que nunca antes había sido capaz de relajarse dándose un baño. Hacía tiempo que no se preocupaba por algún familiar que necesitara su consejo o ayuda.

La familia.

Ya los echaba de menos. No le preocupaba la familia que había dejado en Denver, ya que Ramsey estaba a cargo. Ramsey y él sólo se llevaban siete meses de diferencia y eran más como hermanos que primos. Ramsey era su mejor amigo. Siempre lo había sido y siempre lo sería.

Estaba impaciente por obtener información sobre Raphael. Podría haber contratado a una agencia para que lo hiciera por él, pero era algo que quería realizar en persona. Algo que sentía que le debía a su familia. Si había algo en el pasado de su bisabuelo, sentía que debía ser él quien lo descubriera. Sin importar que fuera bueno o malo.

Movió el cuerpo. Mantuvo los ojos cerrados mientras pensaba que esa noche había conocido a la mujer más hermosa que había visto en la vida. Una mujer que parecía completamente fuera de lugar en Gamble, Wyoming. Una mujer cuya sola voz bastaba para agitar algo en su interior.

Una mujer que ya estaba comprometida.

No podía negar que lo atraía, pero desearla era tabú. Entonces, ¿por qué pensaba en ella incluso en ese momento? ¿Y por qué diablos sentía tantas ganas de volver a verla al día siguiente?

Respiró hondo y se preguntó cómo podía tener tanta suerte Fletcher Mallard. Era fácil ver que el tipo era un imbécil pomposo. Pero Fletcher no le preocupaba, ni el compromiso que tenía con Pamela Novak. Había ido a Gamble sólo por una cosa: averiguar todo lo posible sobre Raphael, y no para entrar en la propiedad de otro hombre.

Y más le valía recordarlo.

Capítulo 3

>Mirando por el cristal, Pam vio el coche de Dillon en el instante en que se detuvo delante de la casa. Bebió un sorbo de su café mientras lo observaba, agradecida por la situación de la ventana, que siempre le daba la visión de la aproximación de cualquiera. Por lo que le habían dicho, su bisabuelo había construido adrede la casa de esa manera, con el fin de disponer de ventaja sobre cualquiera que se presentara sin que él lo supiera.

Ese día aprovechó al máximo esa ventaja.

Después de parar el coche, lo vio bajar. Dillon se dedicó un momento a estudiar su hogar y eso le brindó la oportunidad de estudiarlo a él.

Era alto… ya lo había notado la noche anterior. Pero la noche anterior no había podido contemplarlo plenamente a placer, y en ese momento apreció lo que veía. Buenos hombros. Un abdomen firme. Un pecho musculoso. Muslos duros. Llevaba unos vaqueros y una camisa azul que revelaba unos brazos fuertes; y en la cabeza lucía un sombrero Stetson negro.

Suspiró, pensando que invitarlo a que volviera quizá no hubiera sido una buena idea. Miró la mano que sostenía la taza de café y el anillo de diamante que Fletcher le había puesto allí hacía una semana.

Sí, era una mujer prometida que en unos meses iba a casarse con un hombre agradable. Pero estar prometida, o casada, en realidad, no significaba que no pudiera apreciar a un fino espécimen de hombre cuando lo veía. Además, su mejor amiga de la universidad, Iris Michaels, la censuraría si no lo inspeccionaba bien y luego la llamaba para darle los mejores detalles.

Parpadeó sorprendida y a punto estuvo de quemarse la lengua

con el café cuando Dillon la miró directamente a través de la que siempre había considerado su ventana secreta. ¿Cómo había podido saber de esa vista lateral? Para cualquier otra persona, parecería una pared a la sombra de un enorme roble.

Sólo había un modo de averiguarlo. Apartó la silla de la mesa y se puso de pie. Al dirigirse hacia el salón, decidió que tal vez fuera mejor que él no supiera que había estado sentada observándolo desde que llegó.

Abrió la puerta despacio y disfrutó de la oportunidad de estudiarlo un poco más sin que él la viera, ya que estaba concentrado en mirar una bandada de gansos en vuelo. Se hallaba con las piernas un poco separadas y las manos en los bolsillos. Había algo en esa postura en particular, especialmente en él, que hizo que deseara quedarse ahí mirándolo.

Los cinco años que había vivido en Los Angeles, había estado rodeada de hombres que podían dejar boquiabierta a una mujer por el asombroso atractivo que exhibían. Pero ninguno le llegaba a la suela de los zapatos al hombre que tenía en ese momento en su patio. Exhibía unas facciones bien delineadas, huesos faciales nítidos, mandíbula firme y labios carnosos. Bajo el sombrero, llevaba el pelo bien corto.

Pasó un segundo, quizá dos. Y de pronto él giró la cabeza y miró en su dirección.

La había sorprendido.

Y de inmediato quedó envuelta en ese intenso escrutinio.

Fue incapaz de hacer otra cosa que devolverle la mirada al tiempo que se preguntaba por qué lo hacía. ¿Por qué todos sus sentidos, todos su ser, se concentraban únicamente en él? Pensó que eso no estaba nada bien.

Al menos, eso era lo que le decía la mente, pero el sentido común aún no había llegado a esa fase. Se hallaba cautiva en el campo de los ojos más oscuros que jamás había visto.

En alguna parte de una distancia no muy lejana, oyó el sonido de unos frenos que atravesó el momento. Sólo entonces pudo apartar la vista y dirigirla hacia el patio.

Después de respirar hondo, volvió a mirarlo, pertrechada con los mismos sentidos sobre los que hacía un rato había perdido el control. Sonrió y dijo:

—Buenos días, Dillon.

Supo que durante ese momento fugaz en que sus miradas se encontraron, algo había pasado. Igual que la noche anterior. No sabía bien qué era, pero sí que había pasado. Y supo también que fingiría todo lo contrario.

—Es un día precioso, ¿no te parece? —añadió.

—Sí lo es —giró para caminar hacia ella.

Pamela tragó saliva. El andar de ese hombre era seguro, confiado y masculino. Eran unos pasos muy *sexys*, y lo perturbador era que parecían tan naturales como el sol de la mañana.

Dillon se detuvo ante ella, bajó la vista al suelo y luego volvió a mirarla.

—Aunque luego podría llover.

Ella asintió.

—Sí, podría —supo que intentaban volver a sincronizarse y a reducir la intensidad de lo que había pasado entre ellos.

—Espero no haber llegado demasiado temprano —indicó con voz ronca y profunda.

—No, no, está bien. Tomaba mi primer café del día. ¿Te apetece acompañarme?

Él se encogió los hombros enormes antes de sonreír y quitarse el sombrero.

—Mmm, no sé. Siento que ya absorbo demasiado de tu tiempo.

—No pasa nada. Además, quieres averiguar cosas de Raphael, ¿no?

—Sí. ¿Hay algo que puedas decirme aparte de que fue el socio de tu bisabuelo y que se fugó con tu bisabuela, Portia Novak?

Pam rió entre dientes y lo condujo por la casa hacia la cocina.

—Portia no era mi bisabuela —corrigió—. Unos años después de que se fugara, él conoció a mi bisabuela y se casaron —se sentaron a la mesa y continuó—: Estoy segura de que has oído algunas historias sobre Raphael y Portia —procedió a servirle una taza de café.

—En realidad, no. Siempre di por hecho que mi bisabuela Gemma había sido la única esposa de mi bisabuelo. Sólo después de que aparecieran mis familiares, los Westmoreland de Atlanta, y me explicaran nuestro parentesco, descubrí la existencia de Portia Novak y las demás.

Pam enarcó una ceja.

—¿Hubo otras?

Dillon asintió.

—Sí. Gemma fue su quinta esposa.

Sentía bastante curiosidad acerca de lo que le había sucedido a la esposa de un predicador llamada Lila Elms. Aunque ya estaba legalmente casada con aquél, ¿Raphael y ella habían fingido durante un tiempo encontrarse casados antes de que éste la abandonara por Portia, la esposa de Jay Novak?

Y luego, ¿qué había sido de Clarice, la esposa número tres? ¿Y de Isabelle, la número cuatro? Se rumoreaba que esas cuatro mujeres estaban conectadas de un modo u otro con Raphael. Si lo que habían descubierto hasta el momento era verdad, Raphael se había relacionado con las cuatro antes de cumplir los treinta y dos años, y todas habían estado casadas o prometidas con otro. La fama que tenía de ladrón de esposas era legendaria.

Dillon bebió un sorbo de café y por el momento decidió no informarle de que las otras, como Portia, eran mujeres que pertenecían a otros hombres, oficial o extraoficialmente. Pero aportó el nombre de una sobre la que ella quizá ya había oído hablar.

—Mi objetivo es averiguar qué le sucedió a Lila Elms.

—¿La esposa del predicador? Por lo visto, la conocía.

—Sí —bebió otro sorbo antes de preguntar—: ¿Cómo sabes tanto sobre todas estas cosas?

Ella rió entre dientes y se sentó con él a la mesa después de rellenar su taza.

—Por mi abuela. Siendo pequeña, podíamos pasarnos horas y horas vaciando vainas de guisantes en el porche, y ella me llenaba los oídos con la historia de la familia. Pero la única persona sobre la que no proyectó demasiada luz fue Portia. Por algún motivo, cualquier conversación que girara en torno a ella era tabú. Jay quería que fuera así y mi bisabuela respetó sus deseos.

Dillon asintió, tratando de concentrarse en lo que decía y no en la fluidez con la que sus labios se entreabrían cada vez que bebía café.

Sintió que las entrañas se le contraían y bebió un sorbo del suyo. Cuando antes había estado de pie en el patio y se había vuelto,

sorprendiéndola mientras lo miraba, había intentado no especular con lo que pasaba por la mente de ella. Ni siquiera quería tomar en consideración la posibilidad de que se pareciera a lo que había estado pensando él.

—¿Estás listo para subir al desván?

La pregunta frenó sus pensamientos y la miró, y de inmediato deseó no haberlo hecho. En el acto cada músculo de su cuerpo pareció aflojarse al mismo tiempo que sentía una intensidad que lo hizo respirar hondo. Era hora de reconocerlo por lo que era: química sexual.

Conocía la teoría, pero jamás la había experimentado. Se había sentido atraído por mujeres, pero nunca había ido más allá de eso, simple atracción. Pero lo que empezaba a sentir era un elemento mayor que eso. Había vibraciones primitivas que no sólo emitía él, sino que también recibía de ella. Eso significaba que Pamela Novak estaba sintonizada con lo que sucedía entre ellos, aunque fingiera otra cosa. Entendía la renuencia que tenía a reconocer algo así. Después de todo, era una mujer prometida. Y no parecía alguien que le fuera deliberadamente infiel a su novio.

No obstante…

—Sí, estoy listo —repuso al final—. Pero primero me gustaría aclarar una cosa —vio que los labios le temblaron en un gesto nervioso antes de dejar la taza y mirarlo. Dillon intentó soslayar las sensaciones que lo recorrían cada vez que sus ojos se encontraban.

—¿Aclarar qué?

Tuvo que controlar el impulso de alzar los dedos y pasarlos por esos labios. Carraspeó.

—Sobre anoche y que apareciera sin avisar. Creo que pude haber molestado a tu novio, y lo lamento. No era mi intención causar problema alguno entre vosotros dos.

Ella se encogió de hombros con un gesto femenino.

—No causaste ningún problema. No te preocupes por eso —se puso de pie—. Creo que deberíamos subir al desván y ver lo que encontramos. Hay un viejo baúl que contiene muchos de los cuadernos y registros comerciales de mi bisabuelo.

Dillon asintió. Le había respondido a la pregunta y en la misma frase había cambiado de tema, lo que le indicaba que el tema de la relación que mantenía con Fletcher Mallard no estaba abierto a

discusión.

Apartó la silla y se incorporó.

—Estoy listo; muéstrame el camino.

Lo hizo y a él le fue imposible no apreciar el trasero que se contoneaba mientras la seguía.

Con sus piernas largas, Pamela descubrió que a Dillon no le costó alcanzarla. No es que intentara dejarlo atrás. Pero durante unos momentos había necesitado recuperarse. Ese hombre tenía la habilidad de lograr que no pensara con claridad.

La siguió en silencio por las escaleras y en un momento sintió casi la necesidad de mirar de soslayo para verle el perfil. ¿Qué tenía Dillon que la afectaba como Fletcher nunca había conseguido afectarla? El corazón se le desbocó al notar que subía los escalones con una gracilidad innata que hizo que sus sentidos experimentaran vértigo.

Al llegar a lo alto, él se adelantó levemente a ella, como si supiera adonde iba.

—De no saber que es imposible, juraría que ya habías estado aquí —comentó Pam mientras continuaban hacia el extremo del pasillo que conducía a la escalera que daba al desván.

La miró y sonrió.

—Puede que te suene a locura, pero esta casa se parece mucho a la que tengo yo en Denver. ¿La construyó tu bisabuelo?

—Sí.

—Entonces, eso podría explicar algunas cosas, ya que la casa en la que vivo yo fue construida por Raphael. Pienso que le gustó el diseño y, cuando decidió construir su hogar, lo hizo con ésta en mente.

—Eso explicaría cómo supiste localizar nuestra ventana secreta —lamentó las palabras en cuanto salieron de su boca. Acababa de reconocerle que lo había estado espiando en el momento de llegar.

—Sí, por eso la conozco. Yo también tengo una igual y en el mismo lugar.

—Comprendo —pero, en cierto sentido, no comprendía, lo que hizo que experimentara casi tantos deseos como Dillon por descubrir cosas sobre Raphael.

Cuando llegaron a la puerta que llevaba al desván, la abrió. A juzgar por la expresión que puso él, era como si ya conociera la

vista y eso la reafirmó en averiguar por qué la casa de Dillon era una réplica de la suya.

A diferencia de las demás escaleras en la casa, los escalones del desván eran estrechos y Dillon se apartó para dejar que lo precediera. Pudo sentir el calor de la mirada de él en su espalda. Sintió la tentación de mirar por encima del hombro, pero sabía que no sería la acción más apropiada. De modo que hizo lo que consideró mejor y lo enfrascó en una conversación.

—En la cena mencionaste que eras el mayor de los quince bisnietos de Raphael —miró fugazmente por encima del hombro.

—Sí, y durante unos cuantos años, fui el tutor legal de diez de ellos.

Pamela giró con tanta celeridad que a punto estuvo de perder el equilibrio.

—¿Tutor de diez de ellos? —al verlo asentir, parpadeó asombrada—. ¿Cómo se produjo esa situación? —se hizo a un lado cuando llegó junto a ella, y notó que aún no había mucho espacio entre ambos, pero estaba tan ansiosa de escuchar la respuesta que no hizo movimiento alguno para apartarse.

—Mis padres y mis tíos decidieron irse juntos el fin de semana, a visitar a una de las amigas de mi madre en Louisiana. De regreso a Denver, el avión en el que viajaban tuvo problemas con un motor y cayó. Todos los que iban a bordo murieron.

—Oh, qué terrible.

—Sí, lo fue. Mis padres tenían siete hijos y, mis tíos, ocho. Yo era el mayor con veintiuno. Mi hermano Micah tenía diecinueve y, Jason, dieciocho. Mis otros hermanos, Riley, Stern, Canyon y Brisbane, estaban por debajo de los dieciséis —apoyó una cadera contra la barandilla y continuó—: Mi primo Ramsey tenía veinte y, su hermano Zane, diecinueve, mientras que Derringer tenía dieciocho. El resto de mis primos, Megan, Gemma, los mellizos Adrián y Aiden, y la menor, Bailey, también tenían menos de dieciséis.

También ella se apoyó en la barandilla, mirándolo llena de preguntas.

—¿Y servicios familiares no se opuso a que fueras tutor de tantos menores?

—No, todo el mundo sabía que los Westmoreland querrían

permanecer juntos. Además —rió entre dientes—, nadie de nuestra zona quería ser responsable de Bane.

—¿Bane?

—Sí. Diminutivo de Brisbane. Es mi hermano menor y le cuesta comportarse. Sólo tenía ocho años cuando nuestros padres murieron y no lo encajó nada bien.

—¿Cuántos años tiene ahora?

—Veintidós y sigue con un carácter vehemente en más de un sentido. Desearía que en la actualidad hubiera algo más que retuviera su interés aparte de una mujer en Denver.

Pam asintió. No pudo evitar preguntarse si habría una mujer especial en Denver que también retuviera el interés de Dillon.

—¿Todos vivís tan próximos entre vosotros? —inquirió.

—Sí, el bisabuelo Raphael compró mucha tierra en los años treinta. Cuando cada Westmoreland cumple los veinticinco años, recibe unas cuarenta hectáreas de tierra, razón de nuestra proximidad geográfica. Al ser el primo mayor, heredé el hogar familiar, donde todo el mundo parece reunirse la mayor parte del tiempo. ¿Cuántos años tenías tú cuando murió tu bisabuelo? —le preguntó entonces Dillon.

—También murió antes de que yo naciera. Mi bisabuela vivió hasta que yo tuve dos años, así que tampoco recuerdo mucho de ella. Pero sí recuerdo a los abuelos Stern y Paula. Era el abuelo Stern quien solía contarme historias de Raphael, pero jamás mencionó nada sobre esposas pasadas u otros hermanos. De hecho, afirmaba que Raphael había sido hijo único. Eso hace que me pregunte cuánto sabía de verdad sobre su propio padre —hizo una leve pausa—. Supongo que la mayoría de las familias tienen secretos.

—Sí, como Raphael fugándose con la esposa del predicador —comentó él.

—¿Y piensas que al final terminó por casarse con ella?

—No estoy seguro —respondió—. Como estaba legalmente casada con el predicador, no sé cómo habría podido tener lugar un matrimonio entre ellos. Por eso siento curiosidad por saber qué fue de ellos al marcharse de Georgia.

—¿Pero su nombre, al igual que el de Portia, no aparece como de una esposa anterior en documentos que has encontrado? —

preguntó ella, tratando de obtener una comprensión global de la vida que había llevado el bisabuelo de Dillon.

—Dos de mis primos de Atlanta, Quade y Cole, poseen una empresa de seguridad y realizaron una investigación, remontándose hasta comienzos del siglo XX. Se descubrieron viejas escrituras de tierras a nombre de Raphael y en ellas figuran cuatro mujeres diferentes como sus esposas. Hasta ahora sabemos que dos de ellas, la esposa del predicador y Portia Novak, estaban legalmente casadas. Sólo podemos suponer que Raphael vivió con ellas fingiendo que se hallaban casados —hizo una pausa y miró a su alrededor—. ¿Vienes a menudo aquí?

Su pregunta hizo que se diera cuenta de que llevaban quietos un buen rato y que se encontraban demasiado próximos, de modo que se dirigió hacia la puerta del desván.

—No tanto como antes. Regresé a Gamble el año pasado, cuando mi padre falleció. Como tú, soy la mayor y quería cuidar de mis hermanas. Soy su tutora legal.

Dillon asintió y dio un paso atrás cuando abrió la puerta. La noche anterior, durante la cena, había notado el modo en que había tratado con sus hermanas. Era evidente que tenían una relación estrecha.

—Ése de ahí es el baúl de mi bisabuelo. Tengo entendido que tu bisabuelo y él eran socios en una mantequería y lechería, negocio bastante rentable en su época. Sé que ahí hay guardados muchos registros del negocio, junto con algunas de las pertenencias de Raphael. Al parecer, se fue a toda velocidad cuando se marchó de Gamble.

Dillon la miró.

—¿Tienes algunas de las pertenencias de mi bisabuelo?

—Sí —se dirigió hacia el baúl—. No lo mencioné anoche durante la cena.

Comprendió el motivo por el que no lo había hecho.

Probablemente, su novio habría dicho algo al respecto. Era obvio que ese hombre podía establecer una discusión casi por cualquier tema.

En vez de seguirla de inmediato hasta el baúl, se quedó rezagado un momento y la observó. Lo intrigaba la posibilidad de que algunas de las pertenencias de su bisabuelo pudieran hallarse en el

interior de ese baúl. Pero ella lo intrigaba todavía más.

Llevaba unos vaqueros y una bonita blusa rosa que añadía un toque muy femenino. Los vaqueros perfilaban unas curvas muy seductoras. Subir detrás de ella al desván había sido un infierno. Casi podría jurar que hasta había sudado.

Cuando ella vio que no la había seguido, giró y lo miró.

—¿Te encuentras bien?

No, no lo estaba. Una parte de su cerebro intentaba convencerlo de que, aunque era una mujer prometida, aún no se había casado, de modo que se hallaba disponible. Pero otra parte de él, la que no dejaba de mirar el anillo que llevaba en el dedo, sabía que hacerle cualquier insinuación sería cruzar una línea vedada. Pero no podía negar la tentación que sentía.

—Sí, estoy bien. Sólo abrumado —¡si supiera cuánto y por qué motivo!

—Entiendo cómo te sientes. Lo que dijiste anoche durante la cena también es verdad para mí. Quieres saber todo lo que puedas sobre tu bisabuelo, y lo considero algo admirable.

—¿Y si necesito volver? —preguntó, sabiendo que a ella no se le escapaba adonde quería llegar con la pregunta.

—Eres bienvenido las veces que sean necesarias. Dillon le mantuvo la mirada con intensidad mientras le preguntaba:

—¿Le parecerá bien a Fletcher? Como te dije antes, no quiero causaros ningún problema.

—No habrá ningún problema. Y ahora, ¿no piensas abrir el baúl? A lo largo de los años a mí me ha carcomido el deseo, pero siempre se nos dijo que estaba prohibido —sonrió—. Aunque he de reconocer que una vez desafié las órdenes y le eché un vistazo. En esa ocasión, no vi nada que captara mi interés.

Dillon sonrió y fue hacia ella. Como el de su casa, el desván era enorme. De niño, había sido uno de sus sitios predilectos en el que esconderse cuando quería estar solo. Esa habitación se hallaba repleta de cajas y baúles, pero todos se encontraban ordenados, en absoluto parecido al desván de su casa. Y había una única ventana triangular que permitía la entrada de suficiente luz diurna.

Arrodillándose, tiró de una llave pegada al costado del baúl. Momentos más tarde, alzaba la tapa. Había muchos papeles, cuadernos de contabilidad, un par de camisas de trabajo que habían

envejecido con el tiempo, una botella de vino, una brújula y un diario de aspecto viejo.

Alzó la vista hacia Pam.

—¿Te importa si echo un vistazo?

—No. De hecho, dentro hay una carta.

Enarcó una ceja mientras abría el diario y allí estaba, en la primera página, una carta cuyo sobre se había vuelto amarillo. El nombre escrito seguía siendo legible. Simplemente ponía Westmoreland. Volvió a mirar a Pam.

—Como te he dicho, aunque el baúl estaba prohibido, una vez no pude resistir la tentación de espiar dentro. Así supe de la existencia de la carta.

Dillon sonrió mientras abría la carta. Ponía:

Quienquiera que venga a recoger las pertenencias de Raphael, sólo necesita saber que fue un hombre bueno y decente y que no lo culpo por marcharse y llevarse a Portia con él.

Estaba firmada por el bisabuelo de Pam, Jay. Volvió a guardar la carta en el sobre y la miró.

—Esto es muy confuso. ¿Crees que podrías aclararme algo?

Ella movió la cabeza.

—No, lo siento. Resulta extraño que un hombre no guarde animosidad alguna hacia el hombre que le robó a la esposa. Si mi bisabuelo no quería estar casado con ella, quizá Raphael le hizo un favor a Jay. Pero esa teoría parece forzada. La esposa de un hombre es su esposa, y Portia había sido la de Jay.

—¿Y qué me dices de Lila Elms?

Se encogió de hombros.

—No puedo decirte nada sobre ella, aparte de que debieron de separarse entre Atlanta y aquí, porque por todo lo que he oído, cuando Raphael llegó a Gamble lo hizo como un hombre soltero —miró su reloj—. He de hacer algunas llamadas de teléfono, así que voy a dejarte un rato. Quédate aquí el tiempo que te haga falta y, si me necesitas por alguna razón, estaré abajo, en la cocina.

—De acuerdo —la vio ir hacia la puerta del desván—. ¿Pamela?

Se dio la vuelta.

—¿Sí?

Le sonrió.

—Gracias.

Pam le devolvió la sonrisa.

—De nada.

En cuanto ella se marchó y cerró la puerta a su espalda, Dillon suspiró. Pamela Novak era una tentación que más le valía ignorar. Todo el tiempo que había estado en el desván, había tratado de que la conversación no decayera. Cualquier cosa con tal de suprimir el deseo que, desbocado, le recorría el cuerpo.

¿Qué tenía esa mujer que le sacudía los sentidos cada vez que se encontraba a tres metros de distancia? Le había resultado endemoniadamente duro mantener la compostura y el control en su proximidad.

Quizá su dilema surgiera de la comprensión de Pamela de la necesidad que tenía de indagar en la historia de su familia, en su deseo de conocer todo lo que pudiera acerca de Raphael Westmoreland. Hasta algunos de sus hermanos y primos no entendían qué lo impulsaba, aunque sí lo apoyaban. Era algo que les agradecía, pero el apoyo y la comprensión eran dos cosas diferentes.

Sin embargo, tenía el palpito de que Pamela sí entendía. Y que también estaba dispuesta a ayudarlo en lo que pudiera… aunque con ello despertara la ira de su novio.

Acercó una silla de un rincón y la situó delante del baúl. Sacó el diario de Jay Novak y comenzó a leer.

Capítulo 4

Pam miró el reloj de pared de la cocina. Dillon llevaba más de una hora en el desván y se preguntó cómo le irían las cosas. En más de una ocasión pensó en subir para averiguarlo, pero se había contenido. En cambio, decidió concentrarse en los guiones de las nuevas obras que le habían entregado sus alumnos.

El teléfono interrumpió sus pensamientos y sin necesidad de mirar el reconocimiento de llamada tuvo la sensación de que sabía de quién se trataba. Suspiró y alzó el auricular.

—¿Hola?

—¿Cómo estás, Pamela? Soy Fletcher.

—Estoy bien. ¿Cómo va todo por Laramie?

—Perfecto, pero he recibido una llamada y me veré obligado a trasladarme a Montana a comprobar una de mis tiendas de allí. Una tormenta de nieve ha causado un fallo eléctrico que ha durado un par de días y gran parte de nuestros artículos refrigerados han quedado destruidos.

—Siento oír eso.

—Yo también. Significa que volaré a Montana a entrevistarme con el representante de la compañía de seguros. Puede que tarde unos días y quizá no regrese hasta el fin de semana.

No podía mentir y decir que lamentaba oírlo, pues no era así. Había considerado que ambos necesitaban espacio y ésa era la manera de conseguirlo. Desde que aceptó casarse con él, Fletcher prácticamente había estado viéndola a diario.

—Podrías hacerme feliz y venir a pasar unos días aquí conmigo —dijo él. Aún no se habían acostado juntos, aunque él había insinuado el tema en varias ocasiones, y ella lo había evitado.

—Gracias por la invitación, pero tengo mucho que hacer aquí.

Además, he de quedarme por mis hermanas.

No necesitaba verlo para saber que probablemente tuviera la mandíbula tensa. Desde que se prometieron, no era la primera vez que había intentado convencerla de salir fuera de la ciudad con él.

Fletcher guardó silencio unos momentos y, cuando volvió a hablar, a Pam no le sorprendió el cambio de tema.

—¿Y dónde está Westmoreland? ¿Ha aparecido hoy?

No había ningún motivo para mentir.

—Sí. De hecho, sigue arriba, en el desván, repasando algunas cosas.

—¿Y por qué no pudo llevarse las cosas para repasarlas en el hotel?

Tanto el tono de Fletcher como sus palabras la irritaron.

—No vi ningún motivo para que lo hiciera. Lamento que, evidentemente, a ti eso te cause problemas.

—Sólo velo por ti, Pamela —comentó tras una breve pausa—. Sigo considerando que no lo conoces lo suficiente como para estar sola con él.

—Entonces, imagino que tendrás que achacarlo a juicio erróneo por mi parte. Adiós, Fletcher.

Sin esperar la posibilidad de que dijera algo, colgó. Echaría chispas durante unas horas y luego volvería a llamarla para disculparse en cuanto comprendiera lo controlador que se había mostrado.

Se sentó a la mesa y alzó otra vez los papeles, decidida a desterrar a Fletcher y su actitud hasta más tarde.

Había aceptado casarse con él y lo haría, ya que el futuro de sus hermanas y no perder el hogar de la familia lo eran todo para ella.

Dillon cerró el diario y se levantó para estirar las piernas. Esa mañana había llamado a Ted Boston, su director de negocios, para ver cómo iban las cosas en la empresa y no le sorprendió que Ted le confirmara que todo estaba bajo control. Había convertido su firma en un negocio multimillonario con trabajo duro y la contratación de la gente adecuada.

Miró su reloj de pulsera y le costó creer que ya hubieran pasado dos horas. Observó el diario. Al menos, parte de su curiosidad había quedado satisfecha en lo referente a lo que le había sucedido a Lila, la esposa del predicador de Georgia.

De acuerdo con lo que Raphael había compartido con Jay, el viejo predicador había estado abusando de su joven esposa. Los miembros de la iglesia habían hecho la vista gorda en la creencia de que lo que sucedía detrás de las puertas cerradas de un matrimonio era asunto de ellos, en especial cuando de por medio había un predicador.

Era evidente que Raphael no lo había considerado de esa manera. Había trazado un plan para arrebatar a Lila de las garras abusivas del otro… un plan que su familia no había apoyado. Después de llevársela a Texas, Raphael la había ayudado a establecerse en el pequeño pueblo texano de Copperhead, a las afueras de Austin. Raphael había sido un protector, nunca un amante, y antes de continuar con su vida, había comprado una pequeña parcela de tierra y se la había regalado para que pudiera iniciar una vida nueva.

Sonrió, pensando que al menos en el caso de Lila, había salvado a una esposa en vez de robarla. Dada la situación de la mujer, supuso que él habría hecho lo mismo. Había descubierto que, cuando se trataba del sexo opuesto, los hombres Westmoreland exhibían un sentido de la protección innato. Sólo lamentaba que Raphael hubiera cortado los lazos con la familia.

En ese momento, sintió que el estómago le rugía, recordándole que llevaba sin comer desde primera hora de la mañana y que ya había llegado la tarde. Una señal clara de que necesitaba regresar al hotel.

Pam había estado absorta en leer algunos de los guiones de sus alumnos cuando sintió un aleteo extraño en el estómago y que la piel de los antebrazos se le ponía de gallina.

Alzó la vista y se encontró con los ojos de Dillon cuando éste entraba en la cocina. Se preguntó cómo su cuerpo había reconocido esa presencia masculina antes que su propia mente. Y por qué incluso en ese momento la sensación de hormigueo en el estómago se intensificaba. Decidió hablar antes de que él tuviera la oportunidad de hacerlo, insegura de lo que podría causarle esa voz profunda y perturbadoramente *sexy* unida a las sensaciones que ya le había provocado.

—¿Cómo han ido las cosas? ¿Has descubierto algo de tu bisabuelo que no supieras antes? —esperó que no percibiera la

tensión en su voz.

Él sonrió, y el efecto de esa sonrisa fue casi tan inquietante como si hubiera hablado.

Tenía hoyuelos y dientes muy blancos.

—Sí. Al menos, gracias al diario de tu bisabuelo, pude solucionar el misterio de Lila, la mujer número uno.

—¿Terminaron por casarse? —preguntó ella con curiosidad.

—Por lo que he leído, no. El marido de Lila era un hombre que abusaba de ella y ésta buscó la ayuda de Raphael para escapar de esa situación. Él la llevó hasta Copperhead, Texas, la acompañó mientras se establecía con una nueva identidad y salía adelante y luego continuó su camino.

Pam asintió.

—Eso explica por qué no estaba casado cuando vino a Gamble.

—Sí, pero no explica por qué huyó con la esposa de tu bisabuelo. Y hasta ahora, nada de lo que he leído lo explica, aunque no he terminado con el diario. Ni siquiera he llegado a la mitad. Jay a veces se va por las ramas y se pone a hablar del negocio de la lechería, pero por lo que he podido captar hasta ahora, Raphael y él eran amigos, lo que no explica cómo mi bisabuelo pudo traicionarlo de esa manera.

Pam guardó silencio unos momentos y luego preguntó:

—Entonces, ¿vas a tomarte un descanso antes de continuar con la lectura?

—No, se hace tarde y no será una buena idea estar aquí esta noche cuando llegue tu novio. Además, hoy ya he abusado de tu hospitalidad y te agradezco que me dieras la oportunidad de leer el diario.

—De nada —y antes de pensar en lo que decía, añadió—: Y me gustaría invitarte a que te quedaras a cenar. Estoy segura de que a mis hermanas les encantará oír lo que has descubierto hoy. Ayer despertaste su interés y ven esto como una especie de misterio familiar que debe resolverse. En un momento u otro, todo el mundo ha oído hablar de Raphael Westmoreland y cómo huyó con la primera esposa de mi bisabuelo.

Dillon se apoyó contra el armario de la cocina.

—Me sorprende que nadie en tu familia tuviera la suficiente curiosidad de averiguar lo que de verdad sucedió.

Pam se encogió de hombros.

—Supongo que tienes que entender cómo piensan algunas mujeres, y me refiero a mi bisabuela. Estoy segura de que no le importó en absoluto por qué su predecesora se largó con otro hombre, y cuanto menos hablara la familia sobre Portia, mejor —ladeó la cabeza y lo miró—. Bueno, ¿aceptas mi invitación para quedarte a cenar?

Las miradas de ambos se sostuvieron unos momentos.

—¿Y qué me dices de Fletcher? ¿Cómo va a llevar el hecho de tenerme dos noches seguidas sentado a tu mesa?

Ella se mordió el labio inferior con gesto nervioso Y luego alzó el mentón.

—No tiene nada de malo que invite a cenar a alguien a quien considero un amigo de la familia. Además, Fletcher estará unos días fuera de la ciudad.

Él asintió y decidió no leer nada entre líneas. Era una invitación a cenar, nada más. Mientras recordara que se trataba de una mujer prometida, todo estaría bien.

El único problema radicaba en que, cuanto más la veía, más atraído se sentía por ella. Y cuanto más atraído se sentía, más podía reconocer, sin importar que fuera algo honorable o no, que la deseaba.

Tragó saliva y adrede miró por la ventana, necesitado de un descanso del contacto visual que habían mantenido. Lo que acababa de admitir para sus adentros no estaba bien, pero era sincero consigo mismo. Eso significaba que, en cuanto pudiera encontrar todas las respuestas acerca de Raphael, y esperaba que fuera en un par de días, regresaría a casa.

Volvió a mirarla, sintió la atracción y, aunque ella tal vez jamás se lo reconociera a nadie, ni siquiera a sí misma, Dillon sabía que era algo mutuo. Sabía que debería preguntarle si podía llevarse el diario al hotel y dedicar los siguientes días a leerlo allí, lejos de tanta proximidad y de esa inusual química sexual que sentía siempre que estaban cerca.

Pero, por algún motivo, no pudo.

—Si estás segura de que no pasa nada, entonces me encantaría cenar contigo y con tus hermanas.

—¿Y estás segura de que va a volver a cenar esta noche, Pammie?

—preguntó Nadia entusiasmada mientras ayudaba a su hermana mayor a poner la mesa.

Pam enarcó una ceja. No recordaba la última vez que Nadia o Paige se entusiasmaran tanto porque alguien fuera a cenar, y menos un hombre. La primera vez que invitó a Fletcher, casi sabotearon la cena hasta que tuvo que mostrarse severa y recordarles que debían mostrar la cortesía y los buenos modales de los Novak.

—Sí, dijo que iba a su hotel a cambiarse y que volvería.

—¿Y no crees que es muy atractivo, Pam? —inquirió Paige.

Después de dejar el último plato en la mesa, se volvió para mirar a sus tres hermanas. Aunque Jill no había manifestado alegría, Pam sabía que estaba ahí… se veía claramente en su cara. Lo único que no quería que pensaran sus hermanas era que la presencia de Dillon tenía algo que ver con su compromiso con Fletcher. Sabía lo que intentaban hacer, y era hora de que se cerciorara de que entendieran que no funcionaría.

—Sí, es atractivo, Paige, pero también lo es Fletcher. Sin embargo, yo no me caso con un hombre por su aspecto. No soy tan superficial y espero que tampoco lo seáis vosotras tres; y para dejarlo bien claro y que sepáis que lo que hacéis no funciona, me voy a casar con Fletcher.

Jill sonrió.

—No tenemos ni idea de qué hablas, Pam.

Esta puso los ojos en blanco y el sonido del timbre le cortó la réplica.

—De acuerdo, ése es nuestro invitado, así que quiero que os portéis bien y que recordéis que mi prometido es Fletcher.

Jill hizo una mueca y dijo:

—Por favor, no nos lo recuerdes.

—Nos alegra que hoy encontraras algo sobre tu bisabuelo, Dillon —Nadia sonrió.

Este no pudo evitar devolverle la sonrisa, pensando que le recordaba mucho a su prima Bailey a la edad de Nadia. Proyectaba una gran inocencia, pero, si se miraba el tiempo suficiente en esos ojos grandes, también se veía una travesura jovial. Lo mismo podía decirse sobre Paige, aunque Jill era otra historia.

Algo en ella y en sus bromas esa noche le recordaban a Bane. La idea de que pudiera haber una Bane mujer lo asustó. Los ojos de

ella brillaron cuando lo animó a hablar de la familia. Se preguntó si de verdad estaba interesada o si su curiosidad era un ardid. Lo que sí comprendía era que todo se reducía a lo mismo de la noche anterior. Por algún motivo, las hermanas de Pam no estaban contentas con el hombre que ésta había elegido para casarse. No hacía falta ser ingeniero para verlo.

—¿Te apetece algo más, Dillon?

Observó a Pam. Sus miradas se encontraron a través de la mesa y le sonrió al tiempo que luchaba contra el puño que le atenazaba las entrañas. Nunca había sido un hombre al que una cara bonita lo distrajera con facilidad, pero en las últimas cuarenta y ocho horas había conocido la verdadera experiencia de sentir las rodillas flojas y de que el corazón le palpitara desbocado en el pecho.

—No, y te agradezco la invitación a cenar.

—Cuéntanos más sobre Bane. Suena como alguien al que me gustaría llegar a conocer algún día —pidió Jill.

—No, no lo es —respondieron simultáneamente Dillon y Pam.

Se miraron y rieron. En ese punto estaban de acuerdo.

Pam se disculpó para ir a buscar el postre, una tarta de chocolate que ella misma había preparado. Dillon le sonrió a las tres jovencitas que lo miraron y, en cuanto Pam abandonó la habitación, lo acribillaron a preguntas que no se habrían atrevido a formular con su hermana mayor allí presente.

Nadia fue la primera. Sus ojos oscuros, tan hermosos como los de Pam, lo estudiaron.

—¿Crees que Pammie es bonita?

Dillon sonrió. Esa era fácil y contestó con sinceridad.

—Sí, lo es.

—¿Tienes novia? —fue el turno de Paige.

Rió entre dientes.

—No, no tengo novia.

—¿Estarías interesado en Pam si no estuviera prometida?

La pregunta de Jill lo habría dejado atónito de no haberse acostumbrado ya a la táctica que empleaba. Iba directa al grano y tenía la intención de responderle de igual manera.

—Pero la clave es que vuestra hermana está prometida, de modo que carece de importancia que pueda llegar a interesarme, ¿verdad? No obstante, y para contestarte, mi respuesta sería sí, estaría

interesado.

—¿Interesado en qué? —preguntó Pam al regresar con una bandeja en la que había una tarta enorme.

—En nada —dijeron al unísono tres voces.

Pam enarcó una ceja al mirar a sus tres hermanas. Luego miró a Dillon y éste no pudo evitar sonreír y encogerse de hombros.

Compartir la cena con Pam y sus hermanas hacía que se sintiera como en casa y no supo si eso era algo positivo.

—Creo que necesito disculparme por cualquier cosa que mis hermanas hayan podido decir que te haya puesto nervioso esta noche —expuso Pam al acompañarlo al coche. Se había convencido de que ésa sería la única manera en que podría intercambiar unas palabras en privado con Dillon sin que sus hermanas estuvieran atentas a cada sílaba.

Él rió entre dientes.

—No estuvo tan mal. Disfruté de su compañía. Y de la tuya también. Y la cena fue maravillosa.

—Gracias —no dijeron nada durante unos momentos, luego ella preguntó—: ¿Volverás mañana? Para seguir leyendo el diario de Jay.

Al llegar al coche, Dillon se apoyó en él para mirarla.

—Sólo si a ti te parece bien. No quiero abusar de tu hospitalidad.

—No lo harás —rió—. Además, descubrir más sobre Raphael y Portia es como un puzzle a la espera de que se encajen sus piezas —supo que lo mejor sería sugerirle que se llevara el diario, de ese modo no tendría que molestarse en regresar al día siguiente, pero, por algún motivo, le fue imposible hacerlo—. Bueno, será mejor que te deje marchar. Nos vemos mañana —retrocedió, estableciendo cierta distancia apropiada entre ambos.

—Buenas noches —dijo Dillon.

Se sentó ante el volante, pero esperó hasta que Pam entró en la casa y cerró a su espalda. Vio que tres cortinas volvían a enderezarse en la planta de arriba y no pudo evitar reír ante la idea de que los hubieran estado espiando. Aunque no le sorprendió.

Al marcharse, movió la cabeza al recordar la reacción de sus propios hermanos y primos la primera vez que llevó a Tammi a casa, un año antes de casarse. Aunque sus padres y sus tíos habían

intentado que el clan de los Westmoreland se comportara, había sido bastante obvio que Tammi no había sido muy bien recibida. Pero eso no lo había detenido de casarse con ella al año siguiente y de llevarla a casa como su esposa. En ese momento deseó que lo hubiera hecho.

Se ladeó y sacó el teléfono móvil del bolsillo de los vaqueros, con la esperanza de que esa noche pudiera captar una señal. Sonrió al cumplirse su deseo y de inmediato llamó a casa.

Ramsey contestó a la segunda vez que sonó.

—Residencia de los Westmoreland.

—Eh, Ram, soy Dillon. ¿Cómo van las cosas?

—Tan bien como cabría esperar. Bane se ha estado portando bien, así que es positivo.

«Sí, eso es positivo», pensó.

—Subí a la casa grande y recogí todo tu correo —dijo Ramsey.

—Gracias.

—¿Has encontrado algo sobre Raphael? —preguntó el otro.

—Sí —dedicó la siguiente media hora a poner a su primo al día acerca de lo que había leído en el diario de Jay.

—¿Y la bisnieta de Jay Novak de verdad se está mostrando agradable contigo? ¿Después de que Raphael se largara con la esposa de su bisabuelo?

Dillon rió entre dientes.

—Sí, funciona con la premisa de causa y efecto. Si Portia no hubiera abandonado a Jay, éste jamás habría conocido ni se habría casado con su bisabuela. No es necesario decir que a Pam no le causa ningún problema que Raphael huyera con la mujer.

—¿Pam?

Captó la curiosidad en la voz de Ramsey y supo la causa. Su primo era quien mejor sabía lo duro que le había sido lograr que la empresa inmobiliaria heredada de su padre y de su tío se convirtiera en una corporación multimillonaria, cuidando de los bienes de los Westmoreland y ocupándose de aquellos que aún eran dependientes mientras estaban en la universidad.

—Sí, se llama Pam, y antes de que lo preguntes, la respuesta vuelve a ser afirmativa, es hermosa. La mujer más hermosa que he visto —y sin darle tiempo a que pudiera decir algo, añadió—: Y está prometida.

—Mmm, ¿has conocido al novio? —quiso saber su primo.

—Sí, y es un imbécil.

Ramsey rió.

—¿Y cómo una mujer hermosa se ha prometido a un imbécil?

—No lo entiendo, pero no es asunto mío.

—Ésa es la diferencia entre tú y yo, primo. Yo lo haría asunto mío, en especial si fuera la mujer más hermosa que jamás haya visto. Además, ya sabes lo que dicen… no es fruto prohibido hasta que se celebre la boda.

—Ése no es mi estilo, Ram.

—Tampoco el mío, ya que soy un solitario, pero he aprendido que con algunas cosas debes saber cuándo y cómo adaptar las ideas, ser flexible y reestructurar el proceso de pensamiento. En particular si se trata de una mujer a la que deseas.

Dillon parpadeó.

—¿Qué te hace pensar que la deseo?

—Lo capto en tú voz. ¿Es que lo niegas?

Fue a abrir la boca para hacer exactamente eso, pero la cerró. No podía negarlo, porque su primo lo conocía tan bien que acababa de decir la verdad. Y la pregunta del millón era si pensaba hacer algo al respecto.

Capítulo 5

Pam se afanaba en convencerse de que el único motivo por el que estaba sentada a la mesa de la cocina mirando por la ventana era porque estudiaba las escrofularias que aún florecían tan entrado el año.

Pero no conseguía creérselo.

Como tampoco lograba convencerse de que el único motivo por el que había ido a acostarse con pensamientos de Dillon revoloteándole en la cabeza, en vez de tenerlos con el hombre con el que iba a casarse, era porque aquél había ido a cenar las últimas dos noches, ya que Fletcher había ido a cenar a su casa muchas noches y ninguna se había acostado pensando en él. Ni siquiera era capaz de recordar qué había llevado puesto la última vez que lo había visto.

Entonces, ¿por qué Dillon Westmoreland causaba tanto revuelo en su vida cuando debería estar concentrándose en establecer la mejor fecha para la boda? Lo que más la había perturbado desde que lo conoció era que podía despertar en ella sentimientos y sensaciones que Fletcher no podía. Se preguntó si era algo que debería preocuparla.

Decidió que no importaba, ya que Fletcher era el único que podía sacarla de la situación desesperada en la que se encontraba. El matrimonio, aparte de no tener amor, al parecer tampoco iba a tener pasión. Pero se las arreglaría. En realidad, no tenía elección.

El teléfono le cortó el hilo de los pensamientos. Se levantó de la mesa y cruzó la cocina para ir a contestar, aunque se volvió para seguir disfrutando de una buena vista desde la ventana.

—Hola.

—Llamo para comprobar si has recobrado la cordura y has

cancelado tu compromiso.

Pam sólo pudo mover la cabeza y sonreír. No sabía quién era peor, si sus hermanas o su mejor amiga de la universidad, Iris Michaels. Desde el primer encuentro que había tenido con Fletcher, éste había entrado en la vida de Iris con el pie izquierdo y ella aún no lo había superado.

—No, lo siento, la boda sigue adelante, así que espero que no hayas olvidado tu promesa de ser mi dama de honor.

Pudo imaginarse a Iris sentada detrás de su escritorio en la empresa de Relaciones Públicas que tenía en Los Angeles, con una hermosa vista del Pacífico. Mientras martilleaba con un bolígrafo sobre la mesa, intentaría pensar en un modo de librarse de la promesa que le había hecho en el segundo año de universidad. Sus años allí habían sido duros. El dinero había escaseado, por lo que se habían arreglado compartiendo prácticamente todo y en el proceso se habían convertido en amigas de por vida.

Justo al terminar la universidad, Iris había conocido a Garlan Knight, de quien se había enamorado y con quien había terminado por casarse. Garlan, que trabajaba como especialista en el cine, había muerto mientras trabajaba en una gran producción cuando aún no habían cumplido el primer aniversario de boda. Eso había sido hacía cuatro años y, aunque Iris salía con alguien de vez en cuando, hacía tiempo que había proclamado que nunca volvería a entregarle su corazón a un hombre, porque el dolor de perder a la persona amada no lo compensaba.

—Intento olvidar que hice esa promesa. Bueno, ¿cómo te ha ido últimamente?

Al principio no supo si debería mencionarle a Dillon, pero luego no entendió por qué no. Lo más probable era que Iris fuera a visitarla y sus hermanas terminarían por contárselo, y entonces su amiga la acusaría de tener secretos.

—Bueno, hay algo sobre lo que necesito hablarte. Tuve una visita esta semana.

Mientras no dejaba de mirar de vez en cuando por la ventana, le contó sobre la aparición de Dillon. La sorprendió que Iris no formulara demasiadas preguntas; que sólo escuchara con atención.

—Bueno, pues ahí lo tienes —dijo Pam al final, contenta de habérselo quitado de encima. Pero cuando trató de cambiar de

tema, su amiga la detuvo.

—Eh, no tan deprisa, Pam. ¿Qué no me estás contando?

Pam puso los ojos en blanco.

—Te he contado todo.

—Entonces, ¿por qué has omitido adrede los detalles sobre el aspecto que tiene ese chico? Sabes que soy una persona visual.

Respiró hondo.

—Es atractivo.

—¿Cuánto?

—Mucho, Iris —respondió, esperando que ahí se acabara todo.

—En una escala del uno al diez, siendo diez lo más *sexy*, ¿cómo lo puntuarías? —insistió Iris.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Tú contesta, por favor —demandó su amiga. Al obtener silencio durante mucho rato, añadió—: Estoy esperando.

Pam puso los ojos en blanco.

—De acuerdo, un diez.

—¿Un diez?

—Sí, Iris, un diez. Es tan condenadamente agradable a la vista que es una vergüenza —confesó.

—¿Y qué me dices de su personalidad?

Pensó en la cena de la noche anterior y en lo agradable que había sido para sus hermanas sentirse incluidas en la charla. Dillon había mantenido el interés de ellas porque les había prestado atención, como si lo que tuvieran que decir fuera importante, no trivial, como a veces hacía Fletcher. Sí, debía manifestar que tenía una personalidad agradable.

—Es agradable, Iris, y su personalidad lo acompaña.

—¿Sería alguien que te interesaría si no estuvieras prometida a Fletcher?

Pam frunció el ceño.

—¿Por qué me preguntas eso cuando estoy prometida a Fletcher?

—Corta el drama, Pam, y responde.

Conocía la respuesta sin tener que meditar mucho en ella.

—Sí, me interesaría. Sin titubeos —y entonces, porque tenía que contárselo a alguien e Iris, siendo su mejor amiga, era la mejor candidata, agregó—: Me siento atraída por él. ¿No es terrible?

—¿Por qué? Las dos sabemos por qué te vas a casar con Fletcher, lo que aún considero un error. Me niego a creer que no haya un banco en alguna parte que te preste el dinero que necesitas para pagar la segunda hipoteca.

—Hablamos de un millón de dólares, Iris. Recuerda los obstáculos que te pusieron los bancos cuando les pediste la mitad de esa cantidad para iniciar tu negocio. Yo tengo muy pocos ahorros y lo que hay lo va a necesitar Jill para ir el año próximo a la universidad. Y Paige y Nadia necesitan un hogar. No puedo esperar que se vayan del único hogar que han conocido y que ha estado en manos de los Novak durante más de cien años —suspiró frustrada —. Todavía no puedo creer que papá no tomara todo eso en consideración cuando solicitó la segunda hipoteca.

—Si Fletcher fuera de verdad un hombre agradable, te avalaría el préstamo sin ninguna atadura —afirmó Iris—. Si quieres conocer mi opinión, me parece muy bajo que ponga la cláusula de que te cases con él.

No dijo nada, ya que Iris le había manifestado lo mismo en varias ocasiones. Cuando su amiga terminó, Pam aseveró:

—Casarme con Fletcher no va a estar tan mal, Iris.

—Lo estará si te sentencias a una vida sin amor y pasión, y las dos sabemos que es así. Yo amaba a Garlan y la pasión que compartimos fue maravillosa. No puedo imaginarme casada con un hombre al que no amara o que no me dijera nada sexualmente.

Pam guardó silencio unos momentos y luego musitó:

—Bueno, yo sí. No tengo elección, Iris.

Durante otro rato también Iris guardó silencio.

—Entonces, quizá éste sea el momento de disfrutar de la pasión mientras puedas.

Pam parpadeó.

—¿Qué estás sugiriendo?

—Acabas de admitir que te sientes atraída por Dillon Westmoreland, así que aprovecha esa atracción y, para variar, piensa en ti misma, no en la casa, en la tierra o en tus hermanas. Piensa en Pamela.

—No puedo hacer eso.

—Claro que sí. ¿Vas a negar que por la noche no has estado pensando en Dillon Westmoreland?

Casi soltó el teléfono.

—¿Cómo lo has sabido?

Iris rió.

—Me acabas de decir que le das diez puntos. Los hombres diez siempre encuentran un camino hacia los sueños nocturnos de una mujer, sin importar que esté soltera, prometida o casada. Sucede. Mi consejo es que lo saques de tus sueños y lo incorpores a tu realidad. Vas a estar casada con Fletcher hasta que la muerte os separe. ¿Quieres pasar los siguientes cincuenta, sesenta o setenta años sin volver a sentir ninguna pasión?

—Ya te he contado mis experiencias con la pasión, Iris —expuso, recordando el par de veces que se había acostado con chicos y la decepción que había sentido luego. No había oído ninguna fanfarria ni sentido terremotos como su amiga había afirmado que sucedería.

—Por eso te debes a ti misma probar una vez más. Apuesto que Mister Diez cumplirá.

En ese momento Pam vio que el coche de Dillon entraba en su patio. Momentos más tarde lo observó bajar del vehículo. Ese día llevaba unos pantalones de color caqui y una camisa de un verde oscuro. E, igual que el día anterior, estaba increíblemente atractivo y *sexy*.

Como si supiera que lo miraba por la ventana, alzó la vista directamente hacia ella. De inmediato, Pam sintió que la recorría una oleada de calor al tiempo que la sangre se le desbocaba por las venas. No albergó ninguna duda de que, si le diera la oportunidad, Dillon cumpliría.

—¿Pam?

—¿Sí?

—¿Cuándo volverás a verlo?

Se humedeció los labios y siguió mirándolo. Él no se había movido. Seguía en el mismo sitio mirando hacia la ventana. No podía verla, pero ella sí. Sin embargo, era como si supiera que se encontraba allí y que atrapaba su atención.

—¿Pam?

—Lo veo ahora, Iris. A través de la ventana de la cocina. Acaba de llegar y se ha bajado del coche.

—Entonces, la pelota se encuentra ahora en tu parte de la pista, Pam. Y te debes a ti misma jugarla.

Dillon se apoyó en el coche mientras miraba hacia lo que sabía que era la ventana secreta de Pam. De algún modo, supo que estaba allí, mirándolo con la misma intensidad que lo hacía él.

Las palabras de la noche anterior de Ramsey resonaban en sus oídos, y pensar en que la deseaba le aceleró la respiración y le atenazó las entrañas. Si Pam lo supiera, probablemente no dejaría que se acercara a ella y, decididamente, no le permitiría entrar en su casa.

La noche anterior se había ido a la cama pensando en ella. Esa mañana se había despertado pensando en ella. Una mujer que era de otro hombre.

Aunque, como le había señalado Ramsey por teléfono, todavía no.

Estaría fuera de lugar una insinuación, por lo tanto, no la haría. Pero pensaba hacer todo lo que estuviera a su alcance para que ella se le insinuara… si estaba interesada. Si no lo estaba, entonces sabría que debería controlar sus impulsos. Pero si lo estaba, les daría rienda suelta.

Existía la posibilidad de que estuviera leyendo demasiado en las miradas que habían intercambiado la noche anterior a través de la mesa durante la cena, o en el calor que había experimentado. Sin embargo, sólo había una manera de averiguarlo.

Como no podía quedarse el resto del día en el patio mirando hacia la ventana, respiró hondo y se tomó su tiempo para ir a la puerta de entrada. Cuando alzó la mano para llamar, ella abrió.

Sintió que las entrañas se le atenazaban más al bajar la mano al costado. Se la veía tan hermosa como de costumbre, aunque ese día llevaba el cabello de forma distinta. Parecía con más cuerpo y ondulaba sobre sus hombros como si hubiera utilizado un rizador.

La miró a los ojos y vio que lo observaba con la misma intensidad que lo hacía él. Luego posó la vista en su labio inferior. Eran los mismos labios con los que había soñado la noche anterior. Muchas veces.

Después bajó un instante la mirada y notó cómo los pechos se erguían en formación perfecta contra la blusa.

—Te estaba esperando —le dijo, y sus ojos se encontraron.

—Lo sé —respondió con una voz que sonó demasiado ronca a sus propios oídos. No creyó necesario tener que explicar nada. Por

algún motivo, percibió que ella lo entendía—. ¿Se me permite entrar hoy? —preguntó con una leve sonrisa.

Ella aún no se había movido de la puerta.

Pam parpadeó como si acabara de percatarse de ese hecho.

—Oh. Lo siento. Sí, entra, por favor —dijo antes de apartarse.

Al pasar a su lado, captó el aroma de su perfume y sintió que todo el cuerpo le respondía. Al instante. Se preguntó por qué la química sexual entre ambos era más poderosa ese día que el anterior. Parecían hallarse dominados por el instinto, incapaces de controlarlo.

Al cerrar la puerta tras de sí y apoyarse contra la madera, lo observó con cautela. Él no dijo nada durante un rato.

—¿Cómo te va hoy, Pam?

—Bien —respondió con voz algo tensa—. ¿Y a ti?

—Bien —confirmó. No era necesario que le contara la noche inquieta que había pasado en la que no había dejado de soñar con ella y con todas las cosas que no le importaría hacerle.

—Supongo que estás ansioso por reanudar la lectura del diario.

Dillon rió entre dientes. Estaba ansioso, sí, pero no por ponerle las manos encima al diario.

—Más o menos.

Una vez más, no tuvo ninguna certeza sobre lo que había entre ambos, sobre lo que había sucedido desde el día anterior para cargarlos sexualmente tanto que hasta el mismo aire entre ellos casi crepitaba. Respiró hondo.

—Subiré al desván —le dijo en voz baja—. Probablemente tengas muchas cosas que hacer, así que olvida que estoy aquí.

Pam sonrió de un modo que le aceleró la sangre que fluía por sus venas.

—Dudo que pudiera conseguirlo.

—¿Conseguir qué? —le preguntó él. Le mantuvo la mirada.

—Olvidar que estás aquí.

Quiso preguntarle la causa, pero decidió no hacerlo. Si se iba a cruzar algún límite, era ella quien debía dar el primer paso.

—Puedes intentarlo —sugirió.

—¿Y si no lo logro? —inquirió con un tono de voz algo trémulo.

La atmósfera se hallaba tan cargada, que Dillon sintió que la parte inferior comenzaba a endurecérsele. A palpitar. Incluso notó

que se le formaba una leve capa de sudor en la frente.

—Entonces, ya sabes dónde estoy.

Sin decir nada más, giró y subió lentamente las escaleras hasta el desván.

Pam se apoyó contra la puerta y lo observó desaparecer escaleras arriba antes de soltar el aliento que había estado conteniendo. Se hallaba demasiado alterada para pensar con lógica y demasiado tentada de seguirlo como para atreverse a separarse de la puerta.

Miró el anillo que Fletcher le había puesto en el dedo. En vez de sentirse culpable, experimentó desesperación al recordar las palabras de Iris: «La pelota se encuentra ahora en tu parte de la pista, Pam. Y te debes a ti misma jugarla».

Si Iris supiera cuánto deseaba jugarla… Quizá su mejor amiga lo sabía y por eso se lo había dicho. Iris conocía el amor y entendía la pasión. Había sido feliz con Garlan y, cuando le había sido arrebatado de esa manera, había estado a punto de desmoronarse.

Ella había estado al lado de su amiga para animarla a continuar con la vida, y en ese momento Iris la animaba a hacer algo por sí misma antes de que fuera demasiado tarde. Antes de que legalmente se convirtiera en la mujer de Fletcher Mallard.

Pero aún necesitaba serenarse y se preguntó por qué llegaba a tomar en consideración la posibilidad de seguir sus impulsos con un hombre al que apenas conocía desde hacía tres días. ¿Qué tenía Dillon que la atraía y hacía que sintiera cosas que nunca antes había experimentado ni deseado?

«Algo que probaste dos veces y te dejó decepcionada», pensó.

¿Por qué creía que con él podría ser diferente? ¿Por qué una parte en ella creía que lo sería? Quizá por el modo en que la miraba, por la intensidad encendida que sentía en esa mirada, el deseo que veía allí sin necesidad de que él dijera una sola palabra.

Todas esas cosas la empujaron a separarse de la puerta y a subir las escaleras.

Dillon miraba las palabras escritas en el diario, pero no las comprendía. Había leído la misma frase tres veces, pero su mente no se hallaba en lo que Jay Novak había plasmado hacía casi un siglo. Sólo pensaba en la mujer que había dejado abajo.

¿Por qué algunas cosas tenían que ser tan complicadas? ¿Por qué

deseaba a una mujer que ya había aceptado a otro hombre?

Cerró el diario y se pasó la mano por la cara. Fletcher Mallard era un hombre de negocios de éxito y probablemente un excelente partido para cualquier mujer de la zona. Era evidente que Pam había encontrado algo de su agrado en él.

Y también algo que no la satisfacía.

Sin importar cómo aparecieran las cosas y que sólo la conocía desde hacía tres días, se negaba a creer, incluso a considerar la posibilidad, de que Pamela Novak fuese la clase de mujer que podía amar a un hombre y tontear con otro. De modo que la única conclusión válida era que no amaba a Fletcher. Se preguntó por qué, entonces, se casaba con él.

¿Riqueza? ¿Prestigio? ¿Seguridad?

No le había costado descubrir que Tammi sólo había estado interesada en él porque la idea de casarse con un jugador de baloncesto profesional le había gustado. Cuando dejó todo eso para ocuparse del negocio de su familia, había sabido que ella había dado por hecho que sólo sería durante un tiempo corto, aunque Dillon siempre le había dicho lo contrario. Y al no poder convencerlo de abandonar sus obligaciones familiares, lo había dejado.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido suave de unas pisadas al acercarse. De inmediato sintió un nudo en el estómago. Todo su ser se tensó expectante, sabiendo que sólo podía tratarse de una persona. Se puso de pie y dejó el diario a un lado en el momento en que Pam atravesó el umbral.

El corazón le latió con fuerza y automáticamente el cuerpo se le puso duro al verla allí de pie. Había ido a él. No había estado seguro de que eso llegara a suceder, pero lo había hecho.

Estudió su cuerpo. La blusa blanca y la falda negra que llevaba le sentaban muy bien. Era la primera vez que veía sus piernas y, decididamente, eran hermosas.

—Da la impresión de que va a llover —comentó Pam. Fue hacia la ventana. Mientras miraba el exterior, sabía que él la miraba a ella.

Dillon no veía cómo podía llover, si fuera hacía sol. En todo caso, tal vez nevara. Como Denver, Gamble tenía días soleados y noches frías, en particular en esa época del año. Pero en ese

momento le importaba un bledo cualquiera de esas posibilidades.

Ella lo miró por encima del hombro y él comprendió que no le había contestado.

—Sí, puede que llueva —musitó.

Pam asintió y volvió a centrarse en la ventana. A Dillon comenzó a resecársele la garganta, al tiempo que un fuego líquido corría por sus venas. En ese momento decidió que ella había dado el primer paso y que había llegado su turno.

Con una urgencia que sentía hasta los mismos pies, cruzó despacio la estancia, acercándose a la mujer que deseaba. Cuando se detuvo detrás de ella, Pamela se volvió y lo miró.

Su expresión le pareció insegura e indecisa.

—Tú das. Yo tomo. Sin remordimientos —dijo Dillon con voz ronca.

Esperó que lo entendiera, porque era sincero hasta la última palabra. Pam bajó la vista al anillo de compromiso y, mientras él observaba, se lo quitó y lo dejó sobre el alféizar de la ventana.

Luego volvió a mirarlo y con voz apenas audible repitió las palabras exactas que él acababa de decir.

—Tú das. Yo tomo. Sin remordimientos.

Esas palabras tocaron un resorte interior en Dillon, hicieron que el deseo vibrara por todo su cuerpo a un ritmo que lo obligó a respirar hondo.

Dio otro paso hacia ella y oyó un gruñido salir de su propia garganta al mismo tiempo que la tomaba en brazos. Y con un apetito que sintió hasta las propias plantas de los pies, bajó la cara mientras ella entreabría los labios. La conexión fue explosiva y las sensaciones lo sacudieron mientras le tomaba la boca con codicia, invadido por un deseo que terminó por asentarse justo debajo de su cinturón.

Cuando ella comenzó a temblar, cerró las manos en torno a su cintura y Pam le devolvió el beso de un modo que hizo que todo en él, hasta la última molécula, se sintiera revitalizado y con una energía nueva. No pudo recordar la última vez que se había dado semejante festín con la boca de una mujer.

No quería detenerse para respirar. Sólo quería seguir besándola y pegarse contra ella para hacerle sentir la prueba dura y sólida de todo lo que le provocaba, de la respuesta que inspiraba en él.

El beso continuó. Pareció interminable hasta que en el bolsillo de los pantalones de Dillon sonó su teléfono móvil. Maldijo para sus adentros y, durante un momento, se negó a liberar la boca de Pamela, aunque cada incursión de la lengua en el interior de esa boca hacía que sus músculos se contrajeran de un modo en que nunca antes lo habían hecho.

Esperó que el teléfono parara, pero cuando no lo hizo, se separó a regañadientes, dándole un último lametón a esos labios ya húmedos.

El teléfono había cesado cuando consiguió sacarlo del bolsillo y vio que la llamada perdida se había convertido en un mensaje de texto de Ramsey. Lo leyó y sólo ponía una palabra: *Bane*. Dillon apretó los dientes y se preguntó en qué diablos se había metido en esa ocasión su hermano menor.

Miró a Pam y en ese instante pensó que no le importaba, ya que el mensaje de Ramsey había interrumpido el beso más ardiente de toda su vida. Nunca un beso lo había dejado tan fuera de control y sentía el cuerpo como si fuera una antorcha gigante.

Sabía que Pam se había visto igual de afectada que él y parecía que trataba de recobrarse.

La observó alejarse despacio y regresar al lado de la ventana. No pudo evitar preguntarse si estaría renegando del momento y experimentando remordimientos. Se puso tenso y se negó a dejar que escapara con tanta facilidad.

—Pam, ven a la habitación de mi hotel esta noche.

Ella giró en redondo y lo miró, pero antes de que pudiera abrir la boca para decir una palabra, Dillon volvió a tomarla en brazos y una vez más se apoderó de su boca.

La última vez la había besado con necesidad. En ese instante lo hizo con desesperación. Se negaba a permitir que se acusara a sí misma de alguna manera, y si besarla era el modo de evitar que sucediera, que así fuera. Se quedaría allí y no dejaría de besarla en ningún momento. Un rato después, cuando al fin le liberó la boca, la vio ligeramente aturdida. Alzó la mano y le apartó el cabello del rostro, tentado más allá de toda razón a reanudar el beso. Ese simple pensamiento hizo que la mano le temblara. Esperó que ella supiera que no se trataba del fin. Sólo del comienzo.

Y para cerciorarse, repitió lo que acababa de decirle:

—Pam, ven a la habitación de mi hotel esta noche.

Otra vez ella lo miró. Sus pestañas aletearon un momento antes de responder:

—No.

Pero antes de que el corazón de Dillon se hundiera, ella agregó:

—El señor Davis, el propietario del hotel, me conoce, de modo que no es una buena idea. Sin embargo, mi escuela de arte dramático está apenas a unas calles de Durand Street. ¿Irías allí?

Él asintió con celeridad.

—¿A qué hora?

—A las ocho —casi susurró—. Esta tarde tengo una clase y a esa hora ya todos se habrán ido.

Entre ambos vibró un momento de silencio y luego ella indagó en sus ojos.

—Y bien, ¿vendrás?

Él sonrió y luego le acarició la mejilla con el dorso de la mano. Acercándose más, le susurró:

—Cariño, nada salvo la muerte podría mantenerle alejado de ti esta noche.

Capítulo 6

Pam observó las caras entusiasmadas de sus alumnos. El ensayo de *Cuento de Navidad*, de Charles Dickens, que iban a representar el mes siguiente en la Dream Makers Drama Academy, había ido a la perfección, sin que nadie olvidara su diálogo. No le cabía ninguna duda de que Shaunna Barnes, de nueve años, tenía una carrera artística en su futuro.

—¿Quieres que me quede y te ayude a ordenarlo todo? —le preguntó Cindy Ruffin un rato más tarde, cuando los alumnos se marchaban.

No había llovido como ella había predicho, pero sí caía una nieve ligera.

—No, está todo controlado —sonrió.

Cindy le había caído como un regalo del cielo. Su marido, Todd, había sido compañero de estudios de Pam y, como ella, se había marchado de Gamble para ir a la universidad.

Había jugado al fútbol profesional hasta que una lesión acabó con su carrera. Unos años atrás, después del huracán Katrina, Todd había decidido trasladar a su familia de Nueva Orleans a su pueblo natal. Todo el mundo se alegró con el regreso y al año lo habían convencido de que se presentara para alcalde.

—¿Echas de menos todo el brillo y el *glamour* de Hollywood? —le preguntó Cindy con una sonrisa.

Pam reflexionó en la cuestión. Una parte de ella sí lo echaba de menos, pero como aún no se había convertido en «parte de Hollywood», no había tenido que abandonar mucho. Había conseguido papeles en películas de bajo presupuesto y casi todas sus citas estaban planeadas por su agente con un fin publicitario. Pero la mayor parte de su tiempo libre lo había dedicado a estudiar los

guiones para las audiciones.

—No, en realidad no lo echo de menos —respondió con sinceridad—. Al menos, no como llegué a pensarlo. Hay muchas cosas que me compensan aquí.

—Sí, puedo verlo —Cindy posó la vista en el anillo compromiso de Pam—. No has dado un anuncio oficial, pero apuesto que pronto habrá una boda. ¿Habéis fijado ya una fecha?

Pam tragó saliva al tiempo que se miraba la mano. Había vuelto a ponerse el anillo después de que Dillon se marchara. Siempre que pensaba en aquel beso que habían compartido, sentía que se sonrojaba. Nunca antes la habían besado de esa manera. Nunca.

Carraspeó y dijo:

—Todavía no.

Tras unos minutos de conversación Cindy se fue, dejándola sola en la amplia residencia que en ese momento albergaba la escuela de teatro. Varios de los dormitorios de la planta baja se habían convertido en oficinas y aulas, y a toda la planta alta se le habían quitado las paredes con el fin de transformarla en un estudio espacioso y diáfano.

El sótano enorme se había convertido en un pequeño set de cine donde se podían filmar diversas escenas. Había sido allí, en la Dream Makers, donde había protagonizado su primera película de bajo presupuesto para el grupo de teatro de Gamble. Jamás renegaría de sus comienzos humildes.

Miró su reloj de pulsera. Eran las siete pasadas. Pensó que dispondría de la oportunidad de estar un rato a solas antes de que Dillon llegara.

Dillon.

No podía pensar en él sin recordar el beso compartido antes. Y cada vez que eso sucedía, las sensaciones que le invadían el cuerpo eran demasiado numerosas, aunque siempre le provocaban un escalofrío acompañado de un hormigueo.

Se había marchado poco después, aduciendo que sería lo mejor, ya que no se sentía muy seguro de poder controlarse. Y ella lo había contemplado irse con el diario de Jay bajo el brazo mientras el deseo aleteaba en su estómago.

Fletcher la había llamado antes de salir de casa para informarle de que había llegado bien a Montana, pero que no volvería a

Gamble el fin de semana, según lo planeado. La compañía de seguros se lo estaba poniendo difícil, por lo que no podría emprender la vuelta hasta comienzos de la semana siguiente.

Había preguntado por Dillon, si aún andaba por la ciudad, y Pam había sido directa. Le había expuesto que lo había vuelto a invitar a cenar para que terminara de repasar las cosas del desván. El tono de Fletcher le había indicado que eso no le había gustado nada.

Antes de ir a la academia había pasado por el despacho de Lester Gadling para rogarle que volviera a comprobar los papeles de su padre con el fin de asegurarse de que no habían pasado algo por alto la primera vez. El abogado había parecido agitado por su visita, y le había dicho que haría lo que le pedía, aunque no esperaba que nada cambiara.

Después de llamar a sus hermanas y cerciorarse de que todo estaba bien y de que habían hecho los deberes, comenzó a recorrer las habitaciones, ordenando algo aquí o allá. Al acercarse las ocho, comenzó a sentir el nerviosismo que bullía en su interior. Y la misma oleada de deseo que la había dominado antes subió desde sus pies hasta el centro de su cuerpo.

No tuvo ninguna duda de que esa noche Dillon y ella harían algo más que besarse. Supo que compartirían la pasión más intensa. Los dos darían y los dos tomarían, y esperó que ninguno sintiera remordimientos. Una vez analizado todo y cómoda con la decisión alcanzada, reconocía que esa noche lo necesitaba. Lo deseaba y pretendía tenerlo.

Después de entrar en el aparcamiento vacío, Dillon apagó el motor y miró la hora. Como aún no eran las ocho, decidió quedarse un rato en el vehículo.

Adaptó el asiento para su estatura y, suspirando, estiró las piernas. Era como si el tiempo se hubiera arrastrado desde que había visto antes a Pam. Había estado a punto de volverse loco por la espera, por lo que había tratado de leer un poco más del diario. Hasta el momento, todo lo que Jay Novak había escrito era información sobre el negocio de la lechería y lo bien que trabajaban juntos Raphael y él. Al parecer, Jay no había sospechado nada sobre la relación entre Portia y su bisabuelo.

Volvió a pensar en Pam. Nada más verla, había llegado a él

como nunca lo había conseguido otra mujer, y eso incluía a Tammi.

Miró otra vez la hora y con cada minuto que pasaba, aumentaba su deseo de estar otra vez con ella, abrazarla de nuevo. Quería acariciarle todo el cuerpo y probarla con los labios y la lengua. Se movió en el asiento porque empezaba a excitarse. A pesar del frío en el exterior, la temperatura del interior del coche subía.

Intentó concentrarse en otra cosa durante la espera. Pensó en el mensaje que unas horas atrás le había enviado Ramsey. Este había recibido una llamada airada de Carl Newsome. Al parecer, Bane frecuentaba otra vez a la hija del hombre, lo que hacía a éste tan infeliz como para amenazar al joven Westmoreland con causarle daño físico si no dejaba en paz a Crystal Newsome.

Dillon movió la cabeza. Hasta donde era capaz de recordar, Crystal Newsome había sido un picor que su hermano menor tenía que rascarse. Si Bane no se daba por aludido y dejaba a Crystal en paz, ese escozor podía meterlo en aguas turbias.

Miró otra vez el reloj, suspiró y bajó del coche. No recordaba cuándo había sido la última vez que había visto a una mujer de esa manera furtiva, pero al dirigirse a la entrada de la Dream Maker Drama Academy tuvo la impresión de que esa noche valdría la pena.

Pam oyó la llamada a la puerta justo al bajar de la escalera. Sin perder tiempo, fue a abrir. Eran las ocho en punto.

Al acercarse al cristal, pudo ver a Dillon al otro lado.

La miraba con una expresión intensa que le provocó un hormigueo por todo el cuerpo y un escalofrío. Se humedeció los labios con gesto nervioso y abrió la puerta.

Se apartó con rapidez cuando Dillon entró. Después de que él cerrara, le dedicó esa sonrisa con hoyuelos que le subió aún más la temperatura interior. Se había cambiado y en ese momento llevaba unos pantalones oscuros y una camisa azul. En vez del abrigo, lucía una cazadora negra de piel.

Se sintió ridículamente feliz de verlo y, a falta de mejores palabras, dijo:

—Hoy no llovió como pensé que sucedería.

—No, no llovió —dijo, y miró alrededor.

—Ven —lo invitó Pam al percibir la curiosidad de él—, deja que te muestre la academia —fue a tomarle la mano, pero en el último

instante se lo pensó mejor. Como lo tocara en ese momento, perdería el poco control que todavía tenía. Los siguientes cinco minutos los dedicó a enseñarle el lugar y vio que él quedaba impresionado con lo que veía.

—¿Y la mujer que vivía aquí fue maestra tuya?

—Sí. Louise Shelton fue mi profesora de teatro y desempeñó un papel importante para que me dieran una beca y pudiera asistir a la universidad en California. Murió a los pocos meses de que yo volviera a casa después del fallecimiento de mi padre. Al morir, me dejó este lugar a mí, con unas condiciones.

—¿Qué clase de condiciones? —enarcó una ceja.

—Que nunca podría venderla y que se emplearía para lo que se había creado, una academia de artes dramáticas. Yo no tengo que permanecer aquí y dirigir la escuela, pero sí asegurarme de que se lleve como sé que Louise lo hubiera querido.

Él asintió y continuó caminando a su lado.

Una parte de ella era consciente de que estaban perdiendo el tiempo, cuando ambos sabían exactamente qué querían hacer y por qué habían quedado allí a las ocho.

Al llegar a las escaleras del sótano, Dillon aminoró la marcha para dejarla pasar primero y ella volvió a sentir la intensidad de su mirada.

Le costó pisar cada escalón con cuidado de no resbalar. Al llegar abajo, se volvió para esperarlo.

Y que la besara.

Experimentó la sensación de que él lo sabía. Y no importaba qué la había delatado. Lo que importaba era que Dillon era lo bastante intuitivo como para captar lo que ella quería y necesitaba y, en cuanto estuvo a su lado, posó las manos en su cintura y la pegó a él. Antes de que Pam pudiera volver a respirar, Dillon inclinó la cabeza y pegó la boca a sus labios.

Sabía que no se cansaría de beber de ella toda la noche.

Sumergirse en su boca, probarla de esa manera, con tanta intensidad, codicia y hambre, hacía que le palpitara todo el cuerpo. Un deseo denso comenzó a extenderse por él a un ritmo que apenas podía controlar.

Movió el cuerpo, necesitado de hacer que sintiera lo excitado que estaba, lo que se equiparaba con lo mucho que la deseaba. Y lo

mucho que ella lo deseaba.

Supo que había comenzado a hacerse una idea correcta cuando le rodeó el cuello y también movió el cuerpo, adaptándolo al suyo para que la erección descansara entre la unión de los muslos. En ese momento sintió que era el único lugar idóneo para él.

No del todo.

El verdadero lugar para él era estar dentro de Pam. Diablos, era un hombre y, además, un Westmoreland. Conocía a los hermanos y los primos con los que había crecido y había conocido a los primos varones de Atlanta. Y si algo tenían en común estaba en los instintos básicos y primitivos. A todos los encantaba hacerle el amor a las mujeres.

Quería poseerla en cada sala y en cada posición que se le ocurriera, y más. Sabía que no le faltaría creatividad. Pero primero, empezaría por la boca, besándola con un anhelo que hizo que se preguntara dónde demonios había una cama cuando era necesaria.

Como si ella percibiera su agitación y lo que la causaba, apartó la boca, lo tomó de la mano y lo condujo por una zona que parecía el decorado de una comedia de enredo.

Con un suspiro, Pam se detuvo junto a una cama y Dillon buceó en sus ojos. Supo que iba a verse dominada por los nervios y decidió pronunciar las palabras que había dicho ese mismo día. Palabras que ella parecía entender y aceptar.

—Tú das, yo tomo. Sin remordimientos.

Lo miró un momento y luego sonrió relajada. Esa noche continuarían con los planes. No se harían preguntas ni sería necesario discutir nada. Lo que Dillon tenía en mente era estar dentro de ella, sentir esa humedad a su alrededor, atenazándolo y exprimiéndolo, y eso lo llevó a decidir que sí había un tema que tratar. La protección.

—He traído preservativos —anunció. No había necesidad de informarle de la cantidad, ya que podría asustarla.

—Y yo tomo la píldora —se mordió el labio inferior y añadió—: No me acuesto con Fletcher. Nunca me he acostado con él, por si te lo preguntas por cuestiones de sanidad.

Fletcher.

Sólo entonces recordó al otro hombre; eso hizo que le mirara la mano. Había vuelto a quitarse el anillo. Se preguntó por qué nunca

había tenido intimidad con su novio.

Realmente creía que no podía ser una mujer que amara a un hombre y se acostara con otro. Lo que significaba que había algo oculto en su compromiso con Mallard. Tarde o temprano pretendía obtener algunas respuestas. Pero no en ese momento.

Lo único que quería en ese momento era parte de ella.

Durante mucho tiempo después de la partida de Tammi, había mantenido la guardia en alto con otras mujeres, y sólo había tenido citas cuando surgía la necesidad física del sexo como un modo de relajación, aliviar el estrés y mantener a raya su abundancia de hormonas masculinas. Pero había algo diferente en Pam, algo que había captado nada más verla.

Le daba vida a algo dentro de él y sabía que hacer el amor con ella sería algo más que desahogarse. Más que sexo fantástico. Tenía que ver con una conexión que jamás había sentido con otra mujer. Una conexión a un nivel tan elevado que hacía que le palpitaran las entrañas.

Le alzó el mentón, dominado por la necesidad de volver a sumergirse en esa boca, de intensificar la conexión que ya sentía. Y cuando automáticamente ella se pegó a su cuerpo, ahondó el beso y la rodeó con los brazos como si nunca quisiera dejar que se marchara.

Se concentró plenamente en la boca tal como había hecho antes, ese mismo día. Y con minuciosa precisión y magistral meticulosidad, se tomó su tiempo con la lengua. La penetró en zonas que la hicieron gemir y luego la movió de maneras que parecieron sacudirle los sentidos… si servían de indicio los sonidos que emitía. Disfrutó besándola, pero momentos más tarde quiso más. Se apartó un paso y se quitó la chaqueta.

Después de arrojarla sobre una silla, susurró:

—Desnúdame y luego yo haré lo mismo contigo —pretendía dejarla para el final… como se hacía con lo mejor. Unos ojos inseguros lo miraron de un modo que lo impulsó a preguntar—: Lo has hecho antes, ¿verdad?

Vio que tragaba saliva antes de decir con voz tensa:

—¿Qué parte?

Dillon enarcó una ceja curiosa.

—Cualquiera. Todas.

Ella se encogió de hombros.

—He tenido sexo antes, si es lo que quieres saber. En la universidad. Dos veces. Pero no fue bueno. Las dos veces acabó antes de empezar. Y jamás he desnudado a un hombre —bajó la vista un segundo antes de mirarlo otra vez ruborizada—. He dicho demasiado, ¿verdad? —musitó—. ¿He dado demasiada información?

Dillon no la consideró demasiada información. Lo que le acababa de decir era algo que necesitaba conocer. En ese momento era consciente de lo que Pam necesitaba y de cómo lo necesitaba. Haría que esa noche fuera una noche que ella no olvidara con facilidad. De hecho, planeaba ir despacio y se cercioraría de que cada aspecto de la noche permaneciera para siempre en el recuerdo de ella.

—No, me has dicho lo que necesitaba saber —repuso. De hecho, no le cabía duda de que debía haber más, como por qué el hombre con el que planeaba casarse no había cumplido con su deber. Pero ya llegaría el momento de hablar de Fletcher.

—Haré que desnudarme te resulte una gran experiencia —le sonrió, imaginando las manos de ella sobre todo su cuerpo—. Adelante, cariño, hazlo.

Ella le dedicó una sonrisa insegura antes de alargar las manos, y en cuanto sus dedos comenzaron a ocuparse de los botones de la camisa, Dillon sintió que el estómago se le contraía y le costó recordar que se suponía que debía ir a un ritmo pausado. Esa primera ronda sería de ella y quería que fuera especial, aunque el proceso lo matara.

Pam deslizó la camisa de Dillon por sus hombros y se maravilló de lo anchos que eran. No pudo resistir la tentación de tocarlos, asombrada por la fortaleza que sentía en ellos. Luego bajó las manos por el vello oscuro del torso y contempló ese abdomen duro y liso. Pensó que tenía un cuerpo hermosamente poderoso.

Decidiendo que deseaba comprobar más zonas de ese cuerpo, hizo que las yemas de sus dedos bajaran más. Y entonces oyó cómo él contenía el aliento y lo miró. Los ojos que la contemplaban estaban oscuros, brumosos y sensuales.

Sabiendo que no disponían de toda la noche, le soltó la hebilla del cinturón y se lo quitó para arrojarlo con la chaqueta y la camisa

sobre la silla. Volvió a mirarlo.

—Necesito quitarte las botas y los calcetines antes de proseguir —musitó.

Él sonrió antes de sentarse en la cama para que pudiera hacerlo. Terminado eso, Pam retrocedió y Dillon volvió a incorporarse. Instintivamente, ella posó las manos en su cintura y le bajó la cremallera. Quitarle el pantalón no fue tan fácil como había pensado, principalmente por el tamaño de su erección. Costaba creer que la deseara tanto.

—¿Necesitas ayuda?

Alzó la vista.

—Todo irá bien en cuanto pueda conseguir que la cremallera pase de aquí.

Él rió entre dientes.

—¿De dónde?

Ella también rió antes de responder:

—Ya lo sabes. ¿Y por qué tienes que ser tan grande? —al oírse, no pudo creer que hubiera dicho esas palabras.

Después de debatirse unos momentos con la cremallera, al final ésta cooperó y pudo bajarle los pantalones y quitárselos. Satisfecha, dio un paso atrás. Sólo quedaba una prenda, los calzoncillos. Frunció el ceño, preguntándose por qué no había pensado en arrastrarlos con los pantalones.

—No es tan serio —comentó él con voz ronca.

—Puede que para ti no, pero sí para mí —le hizo un mohín juguetón—. Es mi primera vez y he de hacerlo bien.

Él sonrió.

—No. Puedes hacerlo mal y yo seguiré haciéndote el amor esta noche.

Sus palabras, al igual que su expresión decidida, le hicieron algo: la llevaron a anhelar eliminar esa última prenda. Sentía curiosidad por mostrar esa parte de él que más dificultades le había causado. Por el modo en que se ceñían los calzoncillos, se hizo una idea de lo bien dotado que estaba.

Introdujo los dedos en la banda elástica y con suavidad los bajó por sus caderas; descubrió que no le resultaba más fácil que con los pantalones. Pero lo que se reveló al quitárselos valió todo el esfuerzo. Ese hombre tenía un cuerpo perfecto vestido, pero

desnudo resultaba aún más placentero a la vista. En realidad, nunca había visto a nadie tan grande y duro.

—¿Hay algún problema?

Alzó la vista y lo miró a los ojos, sintiéndose de pronto tímida e incómoda, insegura.

—Espero que no —musitó.

—No lo hay —aseveró él—. Continúa, tantea tu camino. Tócala —y con voz baja—: Conócela.

¿Conócela?

Nunca antes había acariciado el sexo de un hombre, pero, haciendo lo que le sugería, pasó primero los dedos por la punta y le fascinó su suavidad. Luego trazó un sendero por los costados con las yemas de los dedos y la maravillaron las venas hinchadas. Y cuando al fin sacó valor para cerrar la mano en torno a él, Dillon gimió.

Con rapidez, abrió los dedos.

—Lo siento, no era mi intención hacerte daño.

—No me lo has hecho. En realidad, todo lo contrario. Tu tacto es estupendo.

Sonrió al oírlo.

—¿De verdad?

—Sí.

—Mmm, en ese caso… —comenzó a subir y bajar la mano por la extensión de la gruesa erección. No apartó la vista de la cara de él y vio cómo los ojos se le ponían vidriosos y los labios le temblaban. Sonrió, satisfecha con sus esfuerzos y con lo que éstos le provocaban a Dillon—. No está mal para una aficionada, ¿no crees? —sonrió encantada y se sintió como si hubiera conseguido algo monumental y orgullosa consigo misma por lograrlo. Le dedicó unas caricias más atrevidas al tiempo que contemplaba cómo la erección alcanzaba un nivel superior de dureza y engordaba en sus manos.

—No tengo ninguna queja —comentó con lo que sonó como un gemido atormentado. Vio que estaba maravillada con la reacción física de él—. Cuando termines de divertirte, será mi turno —afirmó en algo parecido a un ronroneo.

Lo espió a través de las pestañas y vio que tenía los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. Las venas se veían abultadas y tensas. Casi listas para estallar.

—Sólo hago lo que se me pidió. Me dijiste que la conociera —se

defendió, aunque no pudo ocultar una sonrisa.

Después de llegar a la conclusión de que lo conocía bien, lo soltó, retrocedió y lo observó recobrar el control.

Entonces, él la miró y musitó:

—Ahora es mi turno de desnudarte.

Mirándola y pensando cómo estaría sin los vaqueros y el jersey, pensó que desnudarla sólo sería lo primero. Se la veía muy *sexy* con el cabello azabache derramándose sobre sus hombros y algunos mechones sueltos sobre la cara. Estar allí de pie, desnudo, sabiendo que muy pronto se encontraría dentro de Pam, hizo que todo el cuerpo le palpitara con intensidad.

—Ven aquí, Pam —murmuró y ella obedeció sin titubeos.

Cuando la tuvo a su alcance, la acercó tomándola por la cintura, y sin ninguna duda supo que podía sentir su dureza y su calor a través de los vaqueros.

Pero quería más. Quería darle más. Que sintiera más. Y con ese pensamiento en mente, le levantó el jersey y se lo sacó por la cabeza. Momentos más tarde lo arrojó sobre la silla. El sujetador negro de encaje era *sexy*, pero también debía desaparecer, y se concentró en quitárselo. Siguió la misma trayectoria que el resto de la ropa hasta aterrizar sobre la silla.

—Buena puntería —susurró ella con aliento cálido sobre su cuello.

—Gracias —respondió con voz ronca, clavando la vista en los pechos.

Eran unos montes plenos y simétricos sostenidos por unos hombros delicados y femeninos. Como si de imanes se tratara, centró los ojos en los pezones e, incapaz de resistir la tentación, le acarició las cumbres duras con la yema de los pulgares.

Pero quería hacer más que mirar y tocar. Quería probarlos, por lo que se inclinó y acercó la boca a una cima trémula de aspecto delicioso.

—Dillon.

En cuanto pronunció su nombre, él sacó la lengua y le lamió un pezón antes de introducírselo en la boca y succionarlo con intensidad. Ni siquiera trató de cambiar de postura cuando Pamela alzó la mano para sostenerle la nuca con el fin de retenerla donde estaba y que continuara con lo que hacía. Aunque en ningún

momento él había pensado en parar. El sabor de los pechos lo estaba excitando y, con un movimiento fluido, pasó la boca al otro pezón para dedicarle la misma y codiciosa atención.

Cuando alzó la cabeza y se encontró con la mirada de ella, apenas pudo evitar que le temblara el cuerpo. Lo recorrió una necesidad tan imperiosa de hacerle el amor que tuvo que arrodillarse para quitarle los zapatos y los calcetines. Con el fin de retener el equilibrio, Pam apoyó una mano en su hombro y el contacto hizo que sus músculos ondularan por el bramido de las sensaciones que lo recorrieron. Apretó los dientes.

Cuando terminó, se puso de pie y, sin decir una sola palabra, alargó las manos hacia la cintura de sus vaqueros. De algún modo, logró mantener la compostura hasta que la tuvo delante sólo con unas braguitas *sexys*, negras y de corte alto. Le estaba costando no arrancárselas de un tirón.

Volvió a ponerse de rodillas y empezó a bajarle las braguitas por esas piernas largas y hermosas y respiró hondo cuando su fragancia lo envolvió. Alzó la cabeza y captó la expresión de deseo encendido en los ojos de ella.

Necesitó toda su fuerza para ponerse de pie, y sin perder más tiempo la alzó en vilo con gentileza, fue hacia la cama y juntos cayeron sobre el edredón.

Capítulo 7

Pam experimentó un cosquilleo en el estómago al mirar a Dillon a los ojos. Había terminado boca arriba entre sus muslos firmes y el torso poderoso sobre ella. En ese mismo instante sintió varias cosas. Se sintió capturada. Atrapada. Suya.

Desterró eso último de sus pensamientos. ¿Cómo podía estar prometida a un hombre y ser poseída por otro? En ese instante no quería verse confundida por nada, y desde luego no quería pensar en Fletcher. Era su momento, su interludio sensual, su hora para no dejar escapar algo que tal vez nunca más tuviera.

«Tú das. Yo tomo. Sin remordimientos».

Y por los ojos que la taladraban y los brazos que la encerraban por ambos lados, tuvo la impresión de que Dillon Westmoreland estaba más que dispuesto a tomar lo que tuviera que darle. Y no habría tiempo para remordimientos.

Él comenzó a bajar la cabeza y ella la alzó a su encuentro. En cuanto se tocaron, empezó a devorarla con un hambre y una necesidad que sintió hasta la misma punta de los dedos de los pies. Era un apetito distinto, que rayaba en la insaciabilidad. Como si no importara la cantidad de veces que la besara, jamás sería capaz de tener suficiente. Pero eso no significaba que no fuera a intentarlo. Y en ese caso, intentarlo significaba emplear la lengua para darle placer de un modo que había desconocido hasta encontrarse con él. Ningún hombre había dedicado tanto tiempo ni se había concentrado tanto en el detalle durante un beso. Era una práctica que Dillon había perfeccionado y Pam estaba satisfecha con la receta.

Lo daba todo y no retenía nada. Provocándola, tentándola, casi exigiéndole que lo correspondiera. Eso hizo y le devolvió el beso

con la misma voracidad. Le rodeó el cuello con los brazos mientras le saqueaba con mayor profundidad la boca. En ese instante todo el sentido común de Pam voló al infierno.

Él quebró el beso al mismo tiempo que con las manos le recorría el cuerpo y la observaba. Desde el cuello comenzó un camino lento hacia el pecho. Al llegar a los senos y acariciarle los pezones enhiestos, a Pam la sacudió un placer intenso y casi olvidó respirar. Y cuando Dillon se inclinó para sustituir los dedos con la boca, sintió que el calor circulaba entre sus piernas.

Y cuando hizo que su lengua participara en el festín, jadeó.

De pronto se sintió llena, como si necesitara gritar y no pudiera. Lo más que podía hacer era acopio de energía suficiente para gemir. La boca de él le soltó los pechos y con la lengua empezó un sendero encendido hasta su ombligo. Pareció fascinado con el ombligo y con la lengua lo circundó en remolinos húmedos. Una y otra vez Pamela se sacudió y se relajó al ritmo que imponía su estómago.

Y cuando pensó que iba a regresar a su boca, él movió el cuerpo, le alzó las caderas y bajó la cabeza. En cuanto la punta ardiente de la lengua de Dillon entró en su núcleo femenino, ella emitió un gemido sonoro y él soltó un gruñido de satisfacción masculina. Por el modo en que empleaba la lengua en su interior, era evidente que disfrutaba con ese tipo de acto sexual. Le ofreció una entrega tan ardiente que se encontró al borde de las lágrimas. Estaba inmovilizada entre la lengua de Dillon y el colchón. Y comprendió que no pensaba soltarla hasta haberse saciado.

Y no iba a dejar que le metiera prisa.

Era meticuloso, empujándola una y otra vez hasta el borde del precipicio. No pudo contener la reacción y gimió sin ningún recato, aferrándose a los hombros poderosos.

E incluso unos momentos más tarde, cuando soltó un grito en el instante en que una marea de placer rompía sobre ella, la boca permaneció anclada en su núcleo, como decidida a saborear todo lo que tuviera que ofrecerle.

Sólo después, sintiéndose débil como el agua y jadeando en busca de aliento, levantó la boca y se retiró de ella. Se puso en cuclillas, se lamió los labios y le dedicó una sonrisa que casi le provocó otro orgasmo.

Mientras estudiaba las facciones de Pamela, Dillon pensó que no

había nada más hermoso que ver a una mujer en el paroxismo del éxtasis. Y saber que él había sido el causante hizo que lo recorriera un torrente de deseo que le puso el cuerpo aún más duro.

Bajó de la cama en busca de sus pantalones. De un bolsillo sacó varios preservativos y dejó todos menos uno en la mesilla de noche. Luego se centró en ponérselo, consciente de que Pam seguía cada uno de sus movimientos.

Era un hombre que jamás había tenido problemas con su desnudez y la idea de que estuviera siendo inspeccionado de la cabeza a los pies no lo perturbó en lo más mínimo. Lo único que tenía en la mente era hacerle el amor a la mujer acostada en la cama. Y qué imagen ofrecía. *Sexy*. Desnuda. Expuesta. Daba la impresión de que tampoco ella tenía problemas con la desnudez, y eso lo alegró.

Regresó a la cama y la acercó a él. Necesitaba abrazarla, tocarla, besarla. Las bocas se encontraron y bajó la mano a los muslos separados. Introduciendo un dedo dentro de ella, le capturó el jadeo con un beso.

Incluso se tragó su gemido cuando comenzó a mover el dedo despacio dentro de ella, con caricias decididas y bien definidas, regocijándose en su humedad, aspirando su fragancia excitada.

Y mientras las bocas y las lenguas se devoraban con codicia, la necesidad se concentró en su erección palpitante.

Inseguro de que pudiera aguantar mucho más tiempo, se retiró un poco para reclinarla otra vez sobre el colchón mientras se situaba en posición, al tiempo que le abría los muslos y le aferraba las manos por encima de la cabeza.

Modificó otra vez la posición para alinear la parte inferior de su cuerpo en perfecta formación con el de Pam, con el extremo de su erección justo ante la entrada. Y entonces, mientras ella lo miraba, comenzó a bajar el cuerpo y a entrar. En cuanto su sexo estableció contacto con ese calor, quiso embestirla, pero sintió que era algo que debía saborear, aunque lo matara.

Y con cada centímetro que la penetraba, sentía como si literalmente muriera. Pamela era estrecha y los músculos de su cuerpo lo atenazaron. En respuesta a eso, le soltó las manos y la agarró por las caderas, dispuesto a entrar hasta donde pudiera.

Un mundo de placer absoluto comenzó a cerrarse en torno a él,

envolviéndolo en la necesidad de moverse. La acercó por el trasero con el fin de penetrarla aún más, y con embates lentos y firmes, comenzó a reclamarla. Cada vez que entraba y salía de ella, sentía que perdía parte de su cordura al tiempo que el gozo se incrementaba.

Funcionó. Pamela comenzó a moverse con él, se unió a él. Enterrado en ella, comenzó a flexionar la parte inferior del cuerpo de un modo que le permitiera estar lo más cerca posible y empezó a embestirla con rapidez. Y cuando ella gritó su nombre, Dillon echó la cabeza atrás cuando el mismo placer que la desgarraba hizo lo mismo con él.

Y el nombre que gimió Dillon fue el de ella. El cuerpo en el que estallaba era el de ella. Y los labios que sabía que debía probar en ese mismo instante eran los de ella.

Todo era sobre ella, al igual que su capacidad de hacerle sentir cosas que ninguna otra mujer podría lograr de ese modo tan diestro y satisfactorio. Unas emociones que no pudo definir, y no sólo en el ámbito físico, activaron sus músculos y potenciaron el apetito que sentía por ella. Hacerle el amor no sólo era bueno, sino brutalmente estupendo. Tanto, que notaba los sentidos destrozados y a medida que las sensaciones seguían recorriéndola y se traspasaban a él, experimentó una satisfacción que supo que únicamente encontraría con Pamela.

Pam se preguntó si alguna vez volvería a tener la capacidad de moverse, aunque ni siquiera supo si quería hacerlo. En los brazos de Dillon, con las piernas y los brazos entrelazados y los cuerpos todavía conectados íntimamente, se sentía exhausta, deliciosamente saciada de una manera que hizo que casi ronroneara.

Tal como se hallaban, no tenía que mover la cabeza para mirarlo a los ojos, ya que él la miraba con el mismo asombro y satisfacción sexual que sentía ella. Eso era lo que Iris había querido que experimentara al menos una vez en la vida, y en ese instante se alegró de haberlo hecho.

Había usado músculos que nunca antes había empleado. Sólo podía permanecer atónita mientras su corazón intentaba calmarse.

Se sentía atesorada, protegida y deseada. No sólo por el modo en que la miraba, sino por la suave caricia de su mano al moverse por el muslo de ella, como si todavía tuviera que tocarla de alguna

manera, incluso después de haber compartido un éxtasis sexual.

Movió los labios para decir algo, pero de ellos no salió ninguna palabra. No le importó, porque él se inclinó y volvió a capturarle la boca. Ella apoyó la mano en la mejilla de Dillon porque necesitaba tocarlo.

Cuando él quebró el beso, Pam se sintió perfectamente satisfecha y en el momento en que la soltó y salió de su interior para ir al cuarto de baño, experimentó una profunda sensación de pérdida. Esperó que regresara, y cuando apareció desnudo en el umbral de la puerta, las piernas largas y musculosas separadas, pensó que esa postura exhibía una atracción sexual tan masculina que estuvo a punto de babear. Le recorrió el cuerpo con la vista y lo principal que no pudo evitar notar fue que otra vez se hallaba plenamente excitado.

Verlo en ese estado provocó que se sintiera viva, promiscua, deseada. La mirada de él la quemó. Y cuando la fijó en la unión de sus muslos, experimentó un calor intenso en su núcleo femenino. Suspiró cuando avanzó despacio hacia ella.

Se detuvo junto a la cama y le ofreció su sonrisa masculina mientras se dedicaba a ponerse otro preservativo. Ella observó todo el proceso en el pesado silencio que reinaba en la habitación.

Y entonces se sentó en la cama y le abrió los brazos. Él apoyó una rodilla en el colchón, aceptó que lo recibiera y le plantó un beso en la boca. Y mientras la tumbaba, el pensamiento que no paraba de rebotar por la mente de Pam era que ésa sería su única noche juntos. Anheló con desesperación que pudiera durar.

Unas pocas horas después se encontraban completamente vestidos en el recibidor de la academia. Era poco más de medianoche y había llegado el momento de que se separaran. Juntos habían cambiado las sábanas de la cama. Luego ella había preparado chocolate caliente y se habían sentado a beberlo a la mesa de la cocina. Hablaron poco, ya que no quedaba nada por decir. Ambos se hallaban enfrascados en sus pensamientos.

Dillon tenía el diario de Jay Novak en el hotel, de modo que no podía emplear esa excusa para visitar su casa con el fin de leerlo. Pero quería volver a verla. Estar otra vez con ella. De hecho, pretendía formar parte de su vida.

Mentalmente trató de darle un sentido a esa decisión y, cuando

al fin lo logró, suspiró. Ella había tocado una parte de él a la que no podía darle la espalda. Quizá Pam hubiera pensado que se trataba de una aventura de una noche pero, en lo que a él concernía, no era así.

No albergaba culpa alguna por no ser mejor que Raphael al irrumpir en el territorio de otro hombre. En todo caso, e incluso antes de besarla aquella noche, ya había descubierto que no era de Fletcher; al menos no del modo que tenía que serlo una mujer con el hombre que iba a casarse: en corazón, cuerpo y alma. Total y completamente.

Aún no era el momento de sacar el tema, pero por lo que había visto, Fletcher Mallard no era el hombre que Pam necesitaba.

Era él.

Algunos podrían considerar esa forma de pensar arrogante, quizá incluso egoísta, y probablemente tuvieran razón. Pero esa noche había pasado algo en aquella cama, algo que no podía descartar. Cada vez que la había penetrado había sentido más que placer sexual. Había experimentado una conexión que no podía explicar y una profunda y persistente necesidad de reclamarla.

No sentía que le estuviera quitando algo a Mallard, porque resultaba obvio que ese hombre no tenía ningún derecho sobre ella. Lo único que tenía era el anillo que Pam había vuelto a ponerse en el dedo. Y, aunque no le gustaba mucho verlo ahí, por el momento podía tolerarlo.

La observó. Ella tenía la vista clavada en la noche. Era hora de marcharse, pero ninguno se movía. Por algún motivo, Pamela había decidido casarse con Mallard. Le daría tiempo para que tomara otras decisiones… a su favor. Y, si no lo hacía, entonces intervendría. Era él quien la había introducido a la pasión y sería él quien continuara con las lecciones.

Mientras tanto, averiguaría qué influencia ostentaba Mallard sobre ella como para conseguir que aceptara entrar en un matrimonio sin amor ni pasión.

En ese momento sus ojos se encontraron y Dillon supo, sin importar que Pam lo comprendiera o no, que ya era suya. Esa conclusión le sacudió el sistema nervioso y le proporcionó una renovada determinación. Necesitaba tiempo para pensar, aunque por el momento aceptaría las cosas tal como estaban.

En silencio, alargó las manos y comenzó a abotonarle el abrigo. Ella le sonrió sorprendida mientras lo estudiaba.

—Gracias. Cuidas mucho de mí.

Él le devolvió la sonrisa y no le contó la verdadera causa… a saber, que ya era suya.

—Has estado demasiado excitada como para pasar frío de repente.

Ella rió y le rodeó el cuello con los brazos.

—Sí, esta noche he estado excitada y todo gracias a ti. Eres especial, Dillon. Te conozco desde hace muy poco, pero es como si te conociera de toda la vida.

Él sentía exactamente lo mismo. Con Pam todo era diferente, y sin saber cómo, simplemente aceptaba que lo era.

También sonrió al preguntar:

—Jamás he creído en todas esas cosas paranormales, pero, ¿piensas que hemos estado juntos en otra vida?

—No —respondió—. Nada habría borrado de mi mente la clase de pasión que sentí esta noche si ya la hubiera compartido contigo una sola vez —repuso con una sonrisa—. Lo que he compartido contigo hoy es algo que nunca había vivido con otro hombre. Así que tiene que haber otro motivo para explicar por qué me siento tan libre y descontrolada contigo.

Él sentía lo mismo. Tenía que haber un motivo. Pero si ella consideraba lo compartido esa noche como una aventura casual, él no podía. Si Pam pensaba que iba a regresar a Denver sin mirar atrás, se equivocaba. Y mucho.

Y para demostrárselo, le acarició la mejilla y dijo:

—Esta noche ha sido muy especial para mí, Pam. Nunca he conocido a una mujer como tú.

La expresión de ella le reveló que no sabía cómo tomar sus palabras. No le importó, porque pronto lo descubriría. Bajó la cabeza y le capturó los labios con un beso lento pero codicioso. La sintió temblar bajo su boca y, cuando ella le abrazó el cuello con más fuerza, profundizó el beso.

En ese momento supo que había cometido un error al pensar que Tammi era la mujer de su vida. Pero tuvo la certeza de que con Pam no existiría un error igual. Podía ser un misterio para algunos que sintiera semejante certeza tan pronto, pero no para él.

Despacio y a regañadientes se retiró de su boca, pero durante un momento se negó a soltarla.

—Te acompañaré al coche y luego te seguiré a casa para asegurarme de que llegas a salvo —le susurró al oído.

Pam se apartó y lo miró con cautela en los ojos.

—No tienes que hacer eso.

—Claro que sí —«por motivos que ni puedes empezar a imaginar», pensó—. ¿Lista?

—Sí, pero… —estudió su cara—. Esta noche…

No continuó y con gesto nervioso se humedeció los labios, sin darse cuenta de que reavivaba el deseo en Dillon.

—¿Qué pasa con esta noche?

—Esta noche ha sido esta noche. Mañana todo seguirá igual. Estoy prometida a Fletcher.

La miró y silenció la respuesta que realmente quería darle, una que le dejara bien claro que resultaba evidente que su compromiso era algo nominal, y que sin importar todo lo demás, ella era suya y sólo suya. Sintió un nudo en el estómago al pensar en el sexo que acababan de gozar.

La expresión de ella indicaba que esperaba que él entendiera y aceptara sus palabras. No tenía sentido contarle que tampoco pensaba hacer eso. Lo primero era averiguar por qué se había prometido con un hombre como Mallard.

Así que, para ganar tiempo, le apartó un mechón de pelo de la cara.

—Lo sé —dijo. Esas dos palabras eran las únicas que se sentía capaz de ofrecerle en ese instante—. Deja que te acompañe al coche.

Ella se negó a moverse mientras analizaba un momento su expresión.

—Mañana no necesitas ir a mi casa, ¿verdad?

Él tragó saliva. Pamela intentaba cortar los lazos esa misma noche. No albergaba remordimiento alguno sobre lo sucedido, pero sabía que no podía continuar.

—No, me tomaré los dos próximos días para quedarme en el hotel, relajándome y leyendo el diario. Si me necesitas para cualquier cosa, sabes dónde localizarme.

Ella asintió y entonces fue hacia la puerta. Él caminó a su lado.

Le daría dos días y, si no iba a él, prometida o no, pensaba ir tras ella.

Capítulo 8

—No lo entendemos, Pammie. ¿Por qué Dillon ha dejado de venir a cenar?

Pam miró a Nadia desde otro lado de la mesa del comedor, sabiendo muy bien cómo funcionaba su hermana menor. La machacaría con la misma pregunta hasta obtener lo que considerara una respuesta satisfactoria. Pero no sabía si la respuesta que iba a darle sería satisfactoria, aunque a juzgar por los tres pares de ojos clavados en ella, Nadia no era la única que quería oír lo que tenía que decir.

Podría facilitarse las cosas y echarle la culpa a las tres, afirmando que eran las que lo habían espantado y que Dillon había sido bien consciente de sus pequeñas tramas para emparejarlos, prefiriendo no tomar parte en ellas.

Pero no sería la verdad.

En más de una ocasión Dillon había afirmado que disfrutaba de la compañía de sus hermanas y que le recordaban a las primas que tenía en Denver. Y los trucos de ellas no parecían haberle molestado nada.

—¿Pammie?

La voz suave de Nadia la devolvió al momento. Antes de que pudiera abrir la boca para contestar, Paige habló con tono desanimado.

—No le caemos bien, ¿verdad? Igual que a Fletcher.

La suposición de su hermana la dejó atónita.

—Eso no es verdad. A Dillon le caéis muy bien las tres y le encanta cenar con nosotras, pero tiene el diario de nuestro bisabuelo y en los últimos dos días se ha dedicado en exclusiva a leerlo. No debéis olvidar el motivo por el que vino a la ciudad —

respiró hondo antes de continuar—. Y en cuanto a Fletcher, os equivocáis con él. Le caéis bien.

—Entonces, ¿por qué planea mandarnos lejos una vez que os hayáis casado? —demandó Nadia con expresión beligerante.

A Pam le sorprendió la pregunta de su hermana.

—¿De dónde diablos has sacado una idea tan absurda? Fletcher no planea nada semejante para después de casarnos.

Nadia frunció el ceño y mostró una cara preocupada.

—Sí que lo planea. Se lo dijo al padre de Gwyneth Robards, y el padre se lo contó a su madre, y Gwyneth los oyó hablar y nos lo contó a nosotras.

Pam frunció el ceño. Gwyneth Robards era la mejor amiga de Nadia. Su padre, Warren Robards, era el propietario de una cadena de tiendas deportivas diseminadas por todo el estado. Fletcher y él eran buenos amigos. Pam no era dada a prestarle atención a los cotilleos. Deseó que tampoco su hermana lo hiciera.

—Nadia, es imposible que Fletcher pueda hacer algo así.

—¿Estás diciendo que el padre de Gwyneth mintió?

Pam volvió a fruncir el ceño.

—Lo que digo es que Gwyneth debe de haber malinterpretado lo que oyó en la conversación de sus padres. Repito, es imposible que Fletcher pudiera decir algo así.

Lo que no agregó fue que Fletcher sabía por qué se casaba con él: para salvar el hogar de la familia, para asegurar el futuro de sus hermanas y para mantener junta a la familia. Aunque fueran a perder la casa, sus hermanas regresarían a California con ella o todas se quedarían en Gamble y saldrían adelante.

—Volviendo a Dillon, Pam —intervino Jill—. No me importa todo lo que tenga que leer, a veces tendrá que parar para comer. ¿Lo has invitado a cenar alguna de las últimas tres noches?

Nerviosa, se mordió el labio inferior. La primera noche no lo había invitado a cenar porque habían planeado el encuentro secreto en la academia. Y no lo había invitado ninguna de las dos últimas noches porque había necesitado estar a solas para recobrarse de la noche de pasión que habían compartido.

—No —respondió al final—. Como he dicho, Dillon tiene mucho que leer. Él mismo lo dijo la última vez que estuvo aquí.

—Entonces, ¿volverás a invitarlo?

Sintió un nudo en el estómago. Otra vez tres pares de ojos estaban centrados en ella.

—Sí, lo invitaré, pero dependerá de él venir. El motivo de que se presentara en Gamble es averiguar cosas de su bisabuelo y no entretenernos a nosotras.

Como si la respuesta las hubiera dejado satisfechas, sus hermanas siguieron cenando y la conversación giró en torno al día en la escuela. Le alegró que el interés general hubiera pasado a otra cosa, aunque el suyo permaneció en Dillon.

Cada vez que pensaba en aquella noche y en todas las cosas que habían hecho y compartido, la recorría un cosquilleo interior y su cuerpo anhelaba una repetición. No albergaba ninguna duda de que, si viera a Dillon en ese momento, su cuerpo flaquearía. Y como intentara besarla, o incluso sólo sugerir que deseaba volver a llevarla a la cama, no sería capaz de negarse.

No lo había visto o hablado con él desde aquella noche. El día anterior Dillon le había dejado un mensaje en el contestador en el que le indicaba que había decidido cambiar de hotel y que se había ido a uno en Rosebud. A diferencia de Gamble, la ciudad vecina de Rosebud tenía repetidores para los teléfonos móviles y siempre había señal. Entendía que Dillon quisiera mantenerse conectado con el mundo exterior, ya que era un hombre de negocios.

Le había dejado el nombre del hotel, que apenas se encontraba a quince kilómetros de Gamble. Había pensado en llamarlo para comunicarle que había recibido el mensaje, pero al final se había convencido de no hacerlo. Sabía que volvería a verlo, porque tarde o temprano tendría que devolverle el diario. Esperaba que para entonces no pensara tanto en sus besos ni en la sensación que le causaban sus labios, o en lo agradable que le había resultado que la penetrara. Tensó los muslos ante el poder del recuerdo.

Se humedeció los labios y luego bebió un sorbo de su té frío por la necesidad súbita de aliviar la garganta, que de repente le ardía. Se obligó a concentrarse en lo que Gwyneth había creído oír acerca de los planes de Fletcher de enviar lejos a sus hermanas. Le preguntaría a éste acerca de la veracidad del rumor cuando la llamara esa noche. Supuso que la llamaría antes de que se marchara a dar su clase en la academia.

A mitad de la cena sonó el teléfono; apartó la silla de la mesa y

cruzó la habitación para ir a contestar.

—¿Sí?

—¿Cómo van las cosas, Pamela?

Una parte de ella deseó poder sentir excitación, alguna agitación interior ante el sonido de la voz de Fletcher, pero nunca sucedía. El corazón le latió dolorosamente al comprender esa realidad.

—Todo va bien, Fletcher. ¿Cómo estás tú? ¿Has podido corregir el problema en Bozeman?

—Sí. De hecho, tengo buenas noticias. Puede que regrese a Gamble este fin de semana en vez del jueves.

Tragó saliva e intentó proyectar una voz jovial.

—Es una noticia estupenda.

—¿Y sabes lo que me haría muy feliz, Pamela?

No se atrevió a adivinarlo.

—No, ¿qué?

—Que ya hubieras establecido una fecha de boda cuando llegue. Sé que prefieres esperar hasta febrero, pero yo quiero casarme este año, así que me gustaría una ceremonia navideña.

De pronto sintió que un puño le atenazaba el estómago. Faltaba un mes para la Navidad.

—Es imposible que tenga todo preparado para entonces.

—¿Qué necesitas aparte de aparecer en la iglesia? Además, odio sacar el tema, pero me gustaría liquidar la hipoteca que hay sobre tu casa cuanto antes. Es uno de mis regalos de boda.

Pam entrecerró los ojos. A su propia manera pasivo-agresiva, Fletcher le recordaba el motivo por el que había aceptado casarse con él.

—Estoy seguro de que quieres que esa cuestión se solucione lo más pronto posible, ¿no? —añadió él.

—Sí, desde luego.

—Entonces, ¿tendrás una fecha para mí cuando llegue a Gamble? —inquirió.

Miró hacia el comedor, donde sus hermanas seguían charlando. Mostraban expresiones felices y ella estaba decidida a que siguiera siendo así. Las tres eran inteligentes y Pamela se había hecho una promesa en el funeral de su padre de realizar lo que fuera necesario para asegurarse de que recibieran lo mejor que tuviera que ofrecer la vida.

—¿Pamela?

Respiró hondo.

—Sí. Tendré una fecha para ti, pero no te prometo que sea este año.

Él no dijo nada durante un momento y luego ella captó la frustración en su voz.

—Empecemos con la fecha y esperemos que sea una que los dos aceptemos.

Sabiendo que probablemente fuera a preguntarle algo sobre Dillon, se anticipó con celeridad.

—A Nadia le preocupa algo, Fletcher, y estoy segura de que se trata de un malentendido, pero he pensado que lo mejor era mencionártelo.

—¿Qué?

—Cree que las vas a enviar lejos cuando nos casemos. Le aseguré que no era el caso y…

—Es algo que se me ha pasado por la cabeza.

Pamela dejó de hablar en mitad de la frase. Apretó el teléfono con fuerza.

—¿Disculpa?

Él debió de percibir el tono de furia en su voz.

—Cálmate, Pamela. No es lo que piensas. Tienes unas hermanas inteligentes y creo que no reciben la educación que merecen en esa escuela pública de Gamble. Como sabes, yo fui a una escuela privada y recibí una educación superior. La mejor. Y sé que quieres que Nadia y Paige sean aceptadas en una buena universidad. Ir a un instituto privado no sólo les garantizará una buena educación, sino la entrada en las mejores universidades. Es lo que quieres, ¿no?

—Sí, pero…

—Y piensa que se relacionarán con gente que a la larga las beneficiará.

—Sí, pero no pienso enviarlas lejos de casa —susurró para que la voz no llegara hasta el comedor. Acababa de prometérselo a Nadia.

—Lo sé, por eso estoy buscando escuelas en Cheyenne. Eso no esta tan lejos —dijo, como si a ella fuera a alegrarle la noticia.

Pamela se apartó de la cocina y se acercó al salón, lo que le brindaría más privacidad.

—Por lo que a mí respecta, si no está en Gamble, está demasiado lejos.

—Pero velaremos por sus futuros. Allí hay una escuela privada maravillosa con excelentes alojamientos y gran seguridad.

Pam intentó mantener a raya su furia.

—Deberías haberme consultado primero, Fletcher.

—Iba a ser otro de mis regalos de boda. Sé lo mucho que significa para ti el futuro de tus hermanas.

Pam cerró los ojos.

—Podremos tratar más detenidamente el tema cuando vuelvas.

—No entiendo por qué estás molesta. Pensé que era lo que querías. Al menos, creo que fue lo que me dijiste que querías el día que aceptaste mi proposición de matrimonio.

No pudo decir nada. ¿Era justo enfadarse con él cuando ella había dicho todas esas cosas?

—Si no es lo que quieres, Pamela, entonces, no pasa nada. Yo quiero hacer lo que a ti te haga feliz —dijo con voz ronca.

Sin saberlo, sólo sirvió para frustrarla más.

—Lo sé, Fletcher, y agradezco todo lo que estás haciendo, pero deberemos hablar del tema cuando vuelvas.

—De acuerdo, cariño. Que tengas una buena noche. A propósito, ¿Dillon Westmoreland sigue en la ciudad?

Percibió la frialdad en su voz.

—No, de hecho, se ha ido de la ciudad —repuso. En realidad, no era una mentira, porque Dillon ya no se hallaba en Gamble. Fletcher no tenía por qué saber que sólo se había trasladado a un hotel en la vecina Rosebud.

—Supongo que consiguió aquello por lo que había venido y decidió continuar. Eso está bien. Puede que no lo veamos en bastante tiempo —indicó con arrogancia.

No le gustó la actitud de Fletcher.

—Sospecho que regresará en algún momento, porque aún tiene el diario de mi bisabuelo —pensó que lo mejor era prepararlo para que no le diera un ataque cuando volviera a ver a Dillon.

—Para lo que me importa, puede quedárselo. Ese hombre no me gusta.

Pam echó chispas para sus adentros. Él no era nadie para decidir si Dillon podía quedarse con el diario.

—Adiós, Fletcher.

—Adiós, Pamela, y espero verte el domingo.

Dillon sonrió al oír todas las voces de fondo durante la conversación telefónica con su hermano Micah. Graduado en la Facultad de Medicina de Harvard y sólo un par de años más joven que él, era un epidemiólogo que trabajaba para el gobierno federal. Todo el mundo a menudo bromeaba con que Micah era el científico loco de la familia.

—¿Vas a quedarte en casa mucho tiempo o sólo estarás el tiempo suficiente para asistir al baile benéfico del fin de semana? —le preguntó Dillon. El trabajo que realizaba para el gobierno lo llevaba a viajar por todo el mundo.

La gala benéfica a la que se refería era la que organizaba todos los años la familia para recaudar dinero para la Fundación Westmoreland, creada con el fin de ayudar en diversas causas comunitarias.

—Estoy por el baile y vendré al menos a pasar el Año Nuevo. Luego me iré a Australia durante unos meses.

—Me alegra oírlo. Mi plan es estar allí para la gala —indicó Dillon, pero una parte de él no se hallaba preparada para poner distancia con Pam, aunque fuera por poco tiempo.

—He oído que el *sheriff* Harper te ha convencido de que lleves a su hermana Belinda como pareja —comentó Micah con tono burlón.

Dillon puso los ojos en blanco.

—Tenía esa opción o que Bane pasara una noche en una celda por entrar en la propiedad de los Newsome en plena noche.

—Dime, ¿cómo marcha la investigación sobre el pasado de Raphael?

—Cada día descubro más información sobre nuestro bisabuelo —repuso.

Micah rió entre dientes.

—Mientras no sea nada que pueda importunarme con el Departamento de Estado… Apenas puedo controlar que se haya fugado con las esposas de esos otros hombres.

Dillon sonrió.

—Ya te conté la verdad de Raphael y Lila. Lo hizo para protegerla.

—Sí, pero seguimos sin saber qué hubo entre él y la segunda,

Portia Novak. Será una discusión animada el Día de Acción de Gracias y también será la primera vez que todo el mundo estará en casa.

Después de unos minutos más de conversación, Micah le pasó el teléfono al resto de sus hermanos y primos. Todo el mundo quería saber qué información había descubierto sobre el bisabuelo. No les contó todo, pero consideró que por el momento les había revelado bastante.

Eran casi las seis de la tarde cuando se despidió de todos y colgó. Observó el diario que llevaba estudiando dos días. Le sorprendía que nadie en la familia Novak se hubiera tomado jamás el tiempo de leerlo. De haberlo hecho, habrían averiguado por qué Raphael se había llevado a Portia y por qué Jay le había dado su bendición.

Se acercó a la ventana de su nueva habitación. Fuera hacía frío, pero en nada parecido a la noche en que había quedado con Pam en la escuela de arte dramático. Respiró hondo al recordar esa noche y cómo había cambiado su vida. Esperaba que ella hubiera recibido el mensaje que le había dejado acerca del cambio de hotel. El de Gamble estaba más cerca de la casa de Pamela, pero ése apenas se hallaba a quince kilómetros.

No le había devuelto la llamada, por lo que se preguntaba si habría roto la regla de no tener remordimientos. ¿Habría regresado Fletcher a la ciudad? No tenía respuestas a esas preguntas, pero lo que sí sabía con certeza era que, si no recibía noticias de ella esa noche, iría a Gamble a verla. Todavía tenía el diario y el día siguiente sería un buen momento para devolvérselo.

De regreso a casa de la academia esa noche, Pam se afanaba en no recordar la conversación que había mantenido antes con Fletcher. Incluso trataba de darle algo de margen y creer que quería lo mejor para sus hermanas al tomar la decisión de que deberían continuar estudiando en Cheyenne y no en Gamble. Pero que no lo hubiera hablado con ella resultaba inaceptable.

Sabía muy bien lo unida que estaba a ellas. ¿Acaso pensaba realmente que podría dejar que se fueran a un internado privado y dejaran atrás a la familia y a los amigos? Para ella no había nada malo en las escuelas públicas. Ella misma había asistido a una y le había ido muy bien.

Subió un poco la calefacción. Hacía frío, aunque no tanto como la última noche que había regresado de la academia. Había sido la noche en que había pasado tres horas en los brazos de Dillon. No pudo evitar sonreír al recordarlo.

Había hablado con Iris, pero no le había contado nada a su mejor amiga. No había sido necesario. Según Iris, había algo en el tono de su voz. Sonaba relajada. Como si se hubiera tomado un tranquilizante. Rió entre dientes al recordar la conversación.

Pasó una señal en la carretera que indicaba el desvío hacia Rosebud. De inmediato sintió que algo se agitaba en la parte inferior de su cuerpo. No era algo gentil, sino una sacudida voraz. Trató de mantener la determinación de ir directamente a casa. Entonces comenzó a experimentar aleteos en el estómago y los pezones contra la camisa se le sensibilizaron.

Las reacciones físicas por las que pasaba su cuerpo sólo por saber que había una salida hacia Rosebud le provocaron un gemido. El hotel en el que estaba Dillon se hallaba a menos de diez kilómetros.

Le había dado el número de su habitación al dejarle el mensaje en el contestador, pero había hecho que pareciera que sólo lo hacía por motivos de información. Como si quisiera asegurarle que el diario estaba a salvo y en buenas manos.

En ese instante no pudo evitar preguntarse si habría tenido otro motivo. ¿Esperaba volver a verla, a pesar de que ella le había dejado claro que lo compartido aquella vez había sido algo de una noche?

Pero la pregunta más importante era por qué ella contemplaba la idea de tomar la siguiente salida. Y supo la respuesta sin necesidad de reflexionar demasiado. Lo pensaba porque necesitaba verlo.

Necesitaba estar con él.

Suspiró hondo al girar en la salida a Rosebud y se negó a seguir cuestionando su cordura. Simplemente, se permitía un capricho que le estaría prohibido para siempre en cuanto se casara con Fletcher.

Dillon se hallaba a oscuras en la habitación. Había dormitado un poco después de cenar lo que le subieron del servicio de habitaciones y tomado un baño. La televisión estaba encendida, pero no la miraba. Sus pensamientos se concentraban en la mujer

que deseaba.

Se preguntó qué estaría haciendo ¿Pensaría en la noche que habían estado juntos tan a menudo como él o la habría desterrado de su mente? Acababa de cambiar de posición en la cama cuando oyó que llamaban a la puerta. Dando por hecho que era la camarera que se presentaba para cerciorarse de que no necesitaba nada antes de cerrar el turno, se levantó y se puso unos vaqueros.

Abrió un poco la puerta para asegurarse de quién era y el corazón le dio un vuelco. De inmediato, abrió por completo.

Se negó a preguntarle a Pam qué hacía allí. Durante un segundo, dudó incluso de poder llegar a pronunciar alguna palabra, de modo que permanecieron en silencio largo rato, mirándose. Sí bajó la vista al dedo de ella. Había vuelto a quitarse el anillo.

Entonces ella rompió el silencio y sonrió.

—¿Vas a invitarme a pasar?

—Cariño, pienso hacer mucho más que eso —musitó con voz ronca.

Dio un paso atrás y Pamela entró en la habitación. Cerró la puerta detrás de ella.

—Supongo que te preguntas qué hago aquí —comentó con voz serena.

Él movió la cabeza.

—Hablaremos de las razones más tarde. Ahora mismo sólo quiero abrazarte. Hacerte el amor. Te he echado de menos.

—Y yo también a ti —repuso con sinceridad, preguntándose cómo podía ser después de sólo dos días, cuando no había extrañado a Fletcher para nada en el doble de tiempo que llevaba ausente.

Sabiendo que esa noche no disponían de mucho tiempo, observó su torso desnudo y musculoso y los vaqueros de cintura baja. Estaban abiertos y la cremallera apenas un poco subida, lo que significaba que se los había puesto con rapidez. Esperaba que se hallara listo para quitárselos con igual presteza.

Sintiendo el corazón casi fuera de control, Pamela miró la habitación. Vio el diario de su bisabuelo en el centro de un sillón orejero.

Volvió a mirarlo y supo que la había estado observando y a la espera de que diera un paso. Decidió hacerlo. Se apartó de la

puerta, cruzó la habitación y, en cuanto quedó frente a él, en el acto Dillon la rodeó con los brazos.

—Espero no interrumpir nada —dijo, pasándole los brazos en torno al cuello.

Él le dedicó esa sonrisa con hoyuelos y Pam sintió que se le aflojaban las rodillas.

—Nada en absoluto. De hecho, estaba pensando en ti.

—¿Sí?

—Sí.

Y como si quisiera demostrárselo, la pegó a él y ella sintió la erección que no intentaba ocultar. La magnitud de ese tamaño cobijado en la unión de sus muslos fue dura y ardiente.

—¿Y en qué pensabas?

—En esto —la alzó en vilo y con un beso veloz le arrancó un jadeo.

Le tomó la boca con una codicia que la derritió al depositarla sobre la cama enorme. Y siguió besándola, con esa capacidad que poseía de lograr que lo olvidara todo menos a él y cómo hacía que se sintiera. Los muslos de ambos estaban pegados y, aunque se hallaban vestidos, Pam podía sentir cada centímetro duro y sólido de Dillon.

Despacio, se separó de sus labios y pudo verse reflejada en los ojos de él. Lo que vio fue a una mujer intensamente atraída por el hombre con el que se hallaba y que pensaba que no quería encontrarse en ninguna otra parte.

—Quiero mostrarte cuánto te he echado de menos —dijo con voz ronca, arrodillándose ante ella mientras le acariciaba la mejilla con la yema de un dedo.

Los músculos internos de Pamela se contrajeron ante la idea de lo que volvería a hacerle.

—Entonces, enséñamelo —pidió con osadía.

—Será un placer —susurró cerca de sus labios antes de iniciar una unión lenta y sensual.

Eso hizo que Pamela experimentara un palpitar gentil entre los muslos. Experimentaba todo lo que había sentido la primera noche, pero también algo diferente. Estaba en el modo en que introducía la lengua en su boca. La besaba con un sentido de la posesión que hacía que cada célula de su cuerpo se tornara hipersensible. Y

cuando le liberó los labios, sólo pudo mirarlo, carente de palabras. Los ojos de Dillon exponían con claridad que la reclamaba allí mismo.

Unas campanas de advertencia sonaron en su cabeza. Sabía cuál debía ser su futuro. Él no. Tenía que casarse con Fletcher… carecía de elección en el tema. Era algo que él no entendería, pero que no podría evitar. No importaban los sacrificios que ella misma supiera que estaba haciendo. Lo principal eran sus hermanas.

Esperó que las vibraciones que empezaba recibir de él estuvieran equivocadas y que no considerara que iba a haber algo más que lo compartido esa semana. Quizá había cometido un error al presentarse allí esa noche. ¿Quitarse el anillo de compromiso le habría hecho pensar que se hallaba dispuesta a dejar de lado su futuro con Fletcher? Debía cerciorarse de que comprendiera que ése no era el caso.

—¿Dillon?

Alargó la mano y posó un dedo sobre sus labios, y como si comprendiera lo que pasaba por su mente, musitó con voz ronca:

—Aunque no poseo todos los datos, entiendo, cariño, más que lo que piensas, y creo que es hora de que tú también entiendas una cosa: sin importar con quién puedas estar prometida para casarte, eres mía.

Antes de que Pam pudiera asimilar esas palabras, bajó la cabeza y le dio un beso tan potente como una droga embriagadora. E igual de efectivo. Su cuerpo y su mente se fundieron en un espejismo de sensaciones tan poderosas que abandonó todo deseo de tratar de convencerlo de lo contrario.

Sólo recordó fragmentos de cómo le quitaba la ropa. Pero lo que recordó con suma claridad fueron los besos que le dio por todo el cuerpo desnudo una vez acabada esa tarea. Y grabó en la memoria la visión de Dillon desnudándose, poniéndose un preservativo, una tarea complicada dado el tamaño de su erección, antes de que regresara junto a ella.

En cuanto se alzó sobre ella y le poseyó la boca con otro beso, la consumió un deseo concentrado. Momentos más tarde, se apartó para emplear esa misma boca para bajar hasta sus pezones, succionarlos con gentileza y dejarla sin aliento.

Y entonces lo tuvo cerca de la cara, alzándole las caderas,

abriéndole los muslos, levantándole las piernas para apoyarlas sobre sus hombros y penetrarla con una embestida fluida que hizo que gimiera el nombre de él. Pero no paró ahí. Continuó, y con cada embestida parecía transmitirle palabras que aún no había hablado, palabras que Pam sentía cada vez que sus ojos oscuros la observaban y respiraban al unísono, como una sola persona.

Unas lágrimas repentinas brotaron en sus ojos al darse cuenta de la profundidad, intensidad e inutilidad del amor que sentía por él. Sí, se había enamorado de Dillon. Y la idea de que ese hombre fuera suyo casi la abrumó y la conmovió hasta lo más hondo del alma.

Él vio las lágrimas caer por sus mejillas y se inclinó para secarlas con besos, como si poseyera la capacidad de arreglar todo lo que iba mal en su vida. Deseó que fuera tan simple, pero sabía que no lo era.

Le rodeó el cuello con los brazos cuando volvió a besarla en la boca y luego ella misma lo besó de todas las maneras con que había soñado besarlo en las dos últimas noches.

Él cedió y le entregó la iniciativa.

Cuando Pamela vivió la explosión que le sacudió el cuerpo y rebotó al de él, no fue capaz de contener el grito de placer. Y cuando lo sintió hundirse aún más hondo en ella, lo pegó con más fuerza a su cuerpo y le rodeó la espalda con las piernas, sabiendo que, sin importar lo que él pensara ni que ella ya sabía que lo amaba, eso era lo único que iban a tener juntos.

Capítulo 9

—Quiero saber por qué vas a casarte con un hombre al que no amas —le susurró al oído.

Estaban uno en brazos del otro, los cuerpos entrelazados, empapados en sudor por la intensidad del acto sexual. El placer posterior era tan profundo que aún intentaban recuperar el latido normal de los corazones mientras saboreaban lo que había sido una pasión explosiva.

Vio cómo abría mucho los ojos ante una pregunta tan deliberada y atrevida, y ansioso esperó la respuesta. Cuando la vio humedecerse los labios con gesto nervioso, se sintió tentado de hacerle lo mismo, pero sabía que debía contenerse y escuchar lo que tenía que decirle. Esa noche quería respuestas y no quedaría satisfecho hasta obtenerlas.

Y entonces, como cabía esperar, Dillon vio cómo el fuego se asomaba a los ojos de ella. Pamela alzó levemente la barbilla antes de decir:

—No tienes derecho a preguntarme eso —soltó.

Él sonrió. Le gustaba que lo desafiara cuando era necesario.

—Tengo todo el derecho, Pam. Soy un Westmoreland, ¿recuerdas? El bisnieto de Raphael. Tomo lo que considero que es mío sin importar a quién pueda pertenecer en su momento. Y tú eres mía. Ya te lo dije. Si albergas alguna duda al respecto, analiza la posición en la que te encuentras. Sigo dentro de ti porque es donde quiero estar, donde sé que tú me quieres tener.

Ella frunció el ceño.

—¿Es que mi anillo de compromiso no significa nada?

Tuvo ganas de reír ante la pregunta.

—No, ni siquiera cuando lo llevas puesto. Y he notado que no

titubeas en quitártelo cuando te conviene —expuso, sabiendo que sus palabras avivarían la furia de ella.

En ese momento no le importaba. Se había enamorado de ella. Si antes no había estado seguro, lo tuvo claro en cuanto Pamela tomó la iniciativa. Mientras lo besaba, lo habían inundado unas emociones que lo habían consumido y que jamás había experimentado.

—¿Recuerdas lo que dije? ¿Yo doy, tú tomas y sin remordimientos? Quizá olvidara mencionar que en raras ocasiones yo reclamo. Esta es una de esas situaciones.

Ella frunció el ceño y dijo:

—Es complicado, de modo que no tiene sentido que te cuente nada.

—Compláceme. Dímelo de todos modos.

Apartó la vista de él.

—¿Qué te lleva a pensar que hay algo que contar? —quiso saber Pamela.

—Porque estás en esta cama conmigo, y por propia confesión tuya hace unas noches, nunca te has acostado con Mallard, el hombre con el que estás prometida para casarte —le alzó el mentón e hizo que lo mirara—. Y no eres una mujer que pueda estar enamorada de un hombre y acostarse con otro.

—Eso no lo sabes —espetó.

Siguió mirándola mientras le tomaba la mano, se la llevaba a los labios y le besaba los nudillos.

—Sí lo sé.

No, no era una mujer que pudiera amar a un hombre y acostarse con otro. En realidad, él era el hombre al que amaba, pero en ese momento haría falta más que amor para ayudarla.

—¿Pam?

Respiró hondo y dijo:

—Debo casarme con Fletcher.

—¿Por qué? —inquirió con curiosidad.

Ella titubeó sólo un momento.

—Mi padre murió y dejó una segunda hipoteca sobre nuestra casa. Aunque por el momento hemos establecido realizar un pago mensual, del que se ocupa el abogado de mi padre, el banco de Laramie quiere que el préstamo se liquide en su totalidad en

noventa días. Intenté solicitar un crédito en un banco de Gamble, pero no me lo concedieron. Fletcher se ofreció a casarse conmigo para ocuparse de ello. Y ha prometido asegurarse de que haya dinero cuando mis hermanas lo necesiten para ir a la universidad.

Dillon la miró fijamente. Al principio no estuvo seguro de haberla oído bien. Luego, para asegurarse, preguntó con incredulidad:

—¿Vas a llevar a cabo un matrimonio de conveniencia?

Ella se mordió el labio inferior con gesto nervioso.

—No, no del todo. Él quiere tener hijos algún día, de modo que no será sólo un matrimonio nominal.

—Si Mallard quiere impresionarte con su amabilidad y generosidad, ¿por qué, simplemente, no pagó el crédito en tu nombre? —espetó con los dientes apretados.

Se mostró sorprendida de que pudiera sugerir algo así.

—No podía pedirle que hiciera eso. Hablo de una deuda que supera el millón de dólares. Mi padre compró una tierra colindante con la intención de reabrir la lechería.

—Aunque Mallard no pudiera prestarte el dinero podría haberte avalado para que te lo dieran a ti —afirmó, sin aceptar que lo excusara. Un montón de veces su firma había figurado en documentos de ese tipo para miembros de su familia—. Y la mayoría de los bancos requiere que un préstamo de esa cantidad se asegure en caso de que el beneficiario fallezca —añadió—. ¿Qué banco tiene la hipoteca?

—El Banco de Gloversville, en Laramie. Supongo que, de algún modo, mi padre logró evitarlo, algo que aún me resulta extraño, ya que lo he hablado con su abogado, quien en más de una ocasión ha repasado los documentos de mi padre. Papá no poseía la clase de seguro que pudiera satisfacer el préstamo. El señor Gadling se ha mostrado muy solícito, trabajando con el banco en mi nombre y estableciendo los pagos mensuales que yo le envío para que él pague al banco.

Dillon oyó lo que decía, pero carecía de sentido. En su profesión, no conocía ningún banco que prestara tanto dinero sin requerir que se estableciera algún tipo de seguro de vida que lo cubriera.

—Ya está —concluyó Pam.

Lo dijo como si eso lo arreglara todo, pero no lo hacía. Observó

sus facciones. Una parte de él veía más allá de las palabras, de lo que ella creía que necesitaba. Daba por hecho que necesitaba a Fletcher Mallard. Pero, en lo que a Dillon concernía, lo necesitaba a él. Y a diferencia de Mallard, él la apoyaría sin ninguna atadura. Sólo de esa manera, una vez que se hubiera zanjado el asunto de Mallard, podría pedirle que se casara con él por los motivos adecuados por los que dos personas debían casarse.

Y aun así, algo en la manera en que se había llevado a cabo el préstamo de su padre no encajaba; el lunes pensaba comprobar algunas cosas en persona. Llegando a la conclusión de que era mejor no contarle nada de lo que planeaba hacer, bajó la cabeza y probó sus labios, agitando los rescoldos hasta que volvieron a arder con fuerza.

Y momentos más tarde, cuando volvió a estar dentro de su cuerpo, supo que se hallaba en casa.

—¿De dónde sacas esa energía? —susurró Pam mientras lo miraba levantarse de la cama e ir al cuarto de baño.

La contempló por encima del hombro y le sonrió.

—Tú me la das, Pamela Novak.

Cerrando los ojos y arrebujándose bajo la sábana, pensó que también Dillon le daba fuerzas. Inhaló la fragancia masculina que él había dejado en las sábanas y en ese instante supo que, a pesar de que podía parecer una locura y algo improbable, cada vez que hacían el amor se enamoraba más de él.

En ese momento ya conocía toda la historia de su relación con Fletcher, y aunque percibía que a él no le gustaba, al menos esperaba que entendiera por qué debía casarse. Se sentó en la cama y vio el diario en el sillón en el momento en que Dillon regresaba del cuarto de baño.

—¿Descubriste algo más sobre por qué la esposa de mi bisabuelo se fugó con tu bisabuelo? —le preguntó, tratando de mantener la concentración en el tema y no en su cuerpo desnudo.

—Sí —fue al sillón, recogió el diario y se acercó a la cama para dárselo—. Marqué el punto con un papel. Algunos miembros de tu familia debían de haber sabido toda la historia, pero imagino que se trataba de un secreto de familia.

Pam enarcó una ceja antes de abrir el diario y ponerse a leer. Unos minutos más tarde, lo miró asombrada.

—¿Sorprendió a Portia en la cama? ¿Con otra mujer?

Dillon asintió despacio.

—Sí. Y para protegerla del escándalo que habría causado, el marido de la otra mujer y tu bisabuelo decidieron que sería mejor que el asunto quedara entre ellos. Pero también se decidió que, con el tiempo, ambos hombres se divorciarían de ellas, lo que en la época habría representado un escándalo en sí mismo.

Pam asintió.

—De modo que, como Raphael iba a marcharse de Gamble de todas formas, Jay y él urdieron el plan de llevarse lejos a Portia para que pudiera iniciar una vida nueva en otra parte. ¿Crees que la otra mujer se reunió con ella más adelante?

Dillon se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Hablamos de la década de mil novecientos treinta. Es imposible saber cómo resultaron las cosas para Portia. Pero tu bisabuelo se divorció legalmente de ella por abandono antes de casarse con tu bisabuela. Me alegra saber al fin por qué Raphael huyó por segunda vez con la esposa de otro hombre.

Pam cerró el diario. Solucionado el misterio, Dillon se iría de Gamble. No tenía motivos para quedarse.

—En ambas ocasiones Raphael fue al rescate de dos mujeres que necesitaban su ayuda. Parece un hombre cabal, un verdadero protector de mujeres —comentó ella.

Él sonrió.

—Sí, pero también lo era Jay. Podría haberle dificultado las cosas a Portia, pero estuvo dispuesto a dar un paso atrás y ofrecerle la oportunidad de llevar su vida tal como quería vivirla. Marcharse con Raphael seguía siendo un escándalo, pero habría resultado mucho peor si se hubiera desvelado la verdad.

Le quitó el diario de las manos y lo depositó en la mesilla antes de volver a tumbarse en la cama con ella.

—Mañana tomaré un avión para volver a casa a ocuparme de unos asuntos familiares, pero regresaré a finales de semana —le expuso.

El rostro de ella mostró confusión.

—Pero, ¿por qué vas a volver? Ya has conseguido lo que venías a buscar. Conoces la razón por la que Raphael huyó con Portia. Jay y él sólo protegieron la reputación de ésta.

—Sí —confirmó con voz ronca al tiempo que se ponía de rodillas delante de ella y avanzaba como un depredador hacia su presa—. Esa fue la razón inicial de que viniera, pero tú eres la razón de que vuelva.

—Pe-pero no ha cambiado nada. Todavía tengo que casarme con Fletcher.

Él sonrió.

—No, no tienes que hacerlo. Soy un hombre conocido por hacer que las cosas sucedan en vez de aprovecharme de una situación como creo que está haciendo Mallard, así que planeo ofrecerte una alternativa.

Ella enarcó una ceja.

—¿Una alternativa?

—Sí. No puedo dejar que te cases con otro hombre cuando sé que yo soy el hombre idóneo para ti.

Pam negó con la cabeza y suspiró resignada. Había creído que él lo entendía, pero no era así.

—Dillon, por favor, escúchame. Yo…

—No, te pido que confíes en mí —la miró a los ojos con una profunda sinceridad—. Sé que es pedir mucho cuando nos conocemos desde hace tan poco, pero creo que tiene que haber otra solución. Una en la que no te sientas forzada u obligada a casarte con Mallard o con cualquier otro hombre. Quiero que confíes en mí y me des tiempo para encontrar esa solución. Haz por mí lo que Jay hizo por Raphael. Confía en mí para mejorar la situación.

Lo miró largo rato y luego musitó:

—Fletcher espera que ponga una fecha para nuestra boda cuando vuelva.

Dillon asintió.

—¿Cuándo regresará?

—En algún momento de este fin de semana, probablemente el domingo.

—Entonces, dale largas. Necesito algo de tiempo para comprobar unas cosas —indicó—. Di que confiarás en mí.

Ella siguió mirándolo, estudiando su cara en busca de alguna señal que le indicara que no debía hacerlo, y supo que no vería ninguna.

—Confiaré en ti.

Dillon esbozó una sonrisa satisfecha. Alzó las manos, le tomó el mentón y se inclinó para que sus bocas, al igual que sus cuerpos, volvieran a unirse.

Capítulo 10

—Pamela, creía que habíamos acordado fijar una fecha para la boda en cuanto yo llegara —dijo Fletcher, sentándose a cenar con ella y sus hermanas.

—Fletch, es posible que haya decidido no casarse contigo, después de todo —Jill le sonrió dulcemente, pero lo miraba con enfado.

—Ya basta, Jillian —le dijo Pam. Jill no sabía lo certeras que eran sus palabras—. He estado ocupada, Fletcher.

Este frunció el ceño.

—¿Demasiado ocupada como para planificar una boda que los dos sabemos que debe celebrarse?

También ella frunció el ceño, ya que no deseaba discutir semejantes asuntos delante de sus hermanas.

—Podemos hablar de esto luego, Fletcher —tuvo la convicción de que, por diferentes motivos, a ninguno le ellos le gustaba postergar el tema.

Gracias a sus hermanas, la cena no había sido agradable. Prácticamente habían ignorado a Fletcher. Y éste, después de una ausencia de casi una semana, había querido ser el centro de atención y no le había gustado que lo soslayaran. Al final de la cena, Pam sentía los nervios tan a flor de piel que tenía ganas de que sus hermanas se fueran a acostar y de que él se marchara.

—Oh, casi lo olvidaba —dijo Fletcher mientras ella lo acompañaba a la puerta—. Mi avión privado hizo una parada para repostar en Denver y cuando fui a comprar una revista, vi el *Denver Post* de hoy. Tu amigo sale en la portada con una mujer muy hermosa pegada a su costado cuando asistieron a una gala benéfica el fin de semana. Según el diario, existe la posibilidad de una boda

—sonrió feliz—. Supuse que querrías verlo, así que te he guardado el artículo.

Confusa, ella enarcó una ceja.

—¿De qué estás hablando?

—De esto —sacó el artículo doblado de un bolsillo interior de la chaqueta y se lo entregó.

Ella lo desplegó y le costó contener un jadeo audible. Ante sus ojos estaba el hombre del que se había enamorado, elegante con un esmoquin y una mujer muy hermosa al lado. Los dos sonreían para la cámara. Aunque no había ningún artículo asociado con la foto, el pie de página ponía: *¿Romance a la vista para ellos?*

Tragó saliva y miró a Fletcher, quien la observaba con intensidad.

—Pareces molesta por la foto, Pamela. ¿Hay algún motivo para ello?

Alzó el mentón.

—Te equivocas —mintió—. No me molesta —pero era todo lo contrario. Hacía unas noches Dillon y ella habían pasado unas horas juntos. Le había dicho que tenía que volver a Denver. En ese momento supo el porqué.

Fletcher sonrió.

—Creo que ha llegado la hora de acelerar los planes nupciales —dijo, tomándola por la cintura y pegándola contra él.

Eso la sorprendió, porque nunca antes había sido tan directo con ella. Encontrarse tan próxima a él no la ayudaba ni la estimulaba. No surtía el mismo efecto sobre ella que conseguía Dillon. Porque a éste lo amaba, y la idea de no significar nada para él, de que sus palabras hubieran sido una gran mentira, era demasiado.

—¿Acelerar? —logró preguntar.

—He intentado ser paciente, pero, por encima de todo, te quiero como mi esposa, Pamela. Soy consciente de que no me amas, pero creo que, con el tiempo, llegaras a hacerlo. Te ofrecí matrimonio para ayudarte a salvar una situación mala, pero es evidente que ya no lo consideras de esa manera. Y tal vez la idea de perder tu hogar y asegurar el futuro de tus hermanas no cuenta tanto como antes.

—No es verdad.

—Entonces, demuéstralo. Ya no quiero una fecha para la boda. Ahora quiero una boda real. Esta semana. Algo muy íntimo. Aquí, el

viernes. Haz que suceda o el sábado nuestro compromiso quedará roto.

Ella entrecerró los ojos.

—¿Me estás forzando a casarme?

La sonrisa de él se amplió.

—No, cariño, es tu elección. Buenas noches, Pamela —abrió la puerta y se marchó.

Pam se quedó donde estaba y miró la fotografía que tenía en la mano. Ladeó la cabeza para estudiarla. Dillon sonreía. La mujer sonreía. Se preguntó si habrían estado sonriendo únicamente a la cámara o el uno al otro.

Y pensándolo bien, se dijo que en ningún momento había salido el tema de si había una mujer especial en la vida de Dillon. Ella jamás se lo había preguntado y él nunca le había ofrecido información alguna. Lo único que sabía era que estaba divorciado, nada más.

Pero le había pedido que confiara en él mientras comprobaba algunas cosas. Mientras se le ocurría una alternativa.

Cerró los ojos un momento y se apoyó contra la puerta cerrada. ¿Había leído más que lo que debería en esa petición?

Decidiendo que el único que podía contestar a eso era el propio Dillon, se dirigió al teléfono, pero entonces se dio cuenta de que no tenía su número. Jamás se lo había dado. ¿Había tenido alguna razón para ello?

Miró su reloj de pulsera. Aún no eran las nueve, y Roy Davis, del River's Edge Hotel, probablemente dispondría de esa información de Dillon gracias a la ficha que éste debió rellenar al alojarse allí. Tendría que ofrecerle un buen motivo para que se lo diera.

Suspiró cuando el señor Davis contestó.

—River's Edge Hotel.

—Señor Davis, soy Pamela Novak. ¿Cómo está?

—Bien, Pamela, ¿y tú?

—Bien también. Me preguntaba si podría ayudarme.

—Desde luego. ¿Qué necesitas?

—El teléfono de la casa de Dillon Westmoreland. Sé que la semana pasada se alojó unos días en su hotel y necesito hablar con él. Se dejó algo aquí cuando vino a vernos —explicó.

—Un momento. Deja que compruebe las fichas.

Regresó al poco tiempo y le dio un número de teléfono.

—Gracias, señor Davis.

—De nada, Pamela.

En cuanto cortó, marcó con rapidez el número de Dillon. Contestaron a la tercera llamada.

—¿Hola?

Contuvo el aliento y las manos le temblaron al cortar. Había respondido una mujer.

—Y ahora, ¿cuándo te irás a casa? —le preguntó Dillon a la mujer sentada en el suelo que miraba una película en la televisión.

Había salido hacía unos momentos de la ducha y la había encontrado allí. Ramsey le había advertido de que lamentaría el día en que le había dado una llave de su casa a Megan. Su prima de veintiséis años era anestesista en uno de los hospitales locales. Era agradable tenerla hasta que se presentaba de improviso. Como en ese momento.

—¿Y por qué no estás en tu propia casa mirando tu televisor? —atravesó el salón de camino a la cocina.

—Es una peli de miedo y no me gusta verlas sola.

Él puso los ojos en blanco.

—¿Sonó el teléfono hace unos momentos?

—Sí, supongo que se equivocarían —repuso sin apartar los ojos de la pantalla—. ¿Te importa si duermo aquí esta noche?

—No. Además, es probable que ya me haya ido para cuando tú te levantes —repuso, abriendo la nevera.

Eso captó la atención de Megan, quien giró la cabeza para mirarlo por encima de la barra del mostrador del desayuno.

—Pero si acabas de volver.

—Y volveré a irme. Esta vez a Laramie. He de ocuparme de unos asuntos allí.

Bebió un trago de zumo de naranja del bote de tetrabrik mientras le daba vueltas a lo que iba a hacer en Laramie. No podía evitar pensar en Pam. La echaba mucho de menos. Se había sentido tentado de llamarla, pero como seguro que Fletcher había regresado, decidió contenerse. Todavía no quería agitar el oleaje. Esperaba que ella confiara lo suficiente en él como para decirle a Mallard que no pensaba casarse con él. Le había prometido una alternativa. Una opción por la cual no se sintiera obligada a casarse

si no era por amor. Deseaba no haberse ido de Gamble o, mejor aún, haberle pedido que asistiera a la gala con él. Pero le había prometido al *sheriff* que llevaría a su hermana y se había sentido obligado a mantener la promesa. Pero en todo momento había extrañado a Pam.

Y luego se había sentido indignado al ver su foto en la primera página del periódico del día siguiente con una nota al pie que sugería que había algo entre ellos. Lo último que necesitaba era que Belinda se hiciera una idea equivocada, y menos cuando amaba a Pam. Por eso estaba tan decidido a poder ofrecerle una alternativa a la proposición de matrimonio de Mallard, para poder centrarse en capturarle el corazón tal como ella se había adueñado del suyo.

A la mañana siguiente Pam se levantó temprano y, antes de darse tiempo a pensárselo mejor, otra vez marcó el número de Dillon. E igual que la noche anterior, respondió una mujer. En esa ocasión con voz somnolienta.

Y otra vez colgó.

Sintió que el corazón se le estrujaba y supo que ya no podría depender de Dillon para que le aportara una alternativa. Había vuelto a casa y a los brazos de una mujer que, sin duda, significaba algo para él. Debía recordar que no le había prometido nada. Él daba. Ella tomaba. Sin remordimientos. Pero eso no impedía que sintiera el corazón hecho añicos.

Al menos había llegado a probar una pasión intensa y deliciosa que saborearía en el recuerdo en los años venideros.

Respiró hondo. Había tomado una decisión. Alzó el auricular del teléfono para establecer otra llamada. Esa a Fletcher. La voz de él, también somnolienta, la saludó pasados unos momentos.

—Hola.

—Fletcher, soy Pamela. Me cercioraré de que todo esté listo para nuestra boda el viernes por la tarde.

Dillon había tomado un avión a Laramie el lunes por la mañana y desde el aeropuerto había ido directamente al Banco de Gloversville. Allí lo recibió el presidente.

—Señor Westmoreland, reconocí su nombre de inmediato —dijo el hombre con una amplia sonrisa—. ¿Está analizando la posibilidad de hacer negocios en Gloversville? —preguntó, ofreciéndole un

asiento en cuanto entraron en su despacho.

Dillon se alegró de haber reconocido a Roland Byers como alguien con quien había hecho negocios hacía unos años, cuando el hombre había trabajado en un banco en Denver.

—No, pero me gustaría que me proporcionara algo de información sobre uno de sus clientes.

Byers alzó una ceja mientras se sentaba detrás de su escritorio.

—¿Quién?

—Sam Novak. Falleció el año pasado y estoy ayudando a su hija a arreglar todos los asuntos del padre. Nos preguntábamos por qué su hipoteca no se canceló al morir él. El saldo era superior a un millón de dólares.

La cara del hombre reflejó confusión.

—Mmm, no veo cómo eso puede ser posible. Exigimos un seguro de vida sobre todos los préstamos por esas cantidades. Aguarde un momento mientras lo compruebo. No puedo darle ningún detalle del préstamo debido a las leyes de privacidad, pero sí puedo decirle si sigue activo.

Dillon lo vio llamar a su secretaria por el interfono y ofrecerle la información que necesitaba para buscar los documentos. En menos de cinco minutos, la mujer entró en la oficina con una carpeta que le entregó a Byers.

Éste tardó menos de un minuto en ojear los papeles, mirar a Dillon y decir:

—Tiene que haber algún error, porque nuestros registros muestran que el préstamo está pagado en su totalidad. Esa información, junto con los documentos pertinentes, le fueron entregados al abogado del señor Novak, Lester Gadling, hace casi un año.

—No puedo creer que de verdad pienses seguir adelante y casarte con ese tipo —dijo Iris con voz decepcionada—. ¿Qué pasa con Dillon?

Oír su nombre provocó las lágrimas de Pamela.

—No hay nada con Dillon. Fue una aventura, nada más.

—Pero pensé que él había dicho…

—No quiero hablar de ello, Iris. Y ahora, ¿podrás estar aquí el viernes?

—Por supuesto que podré, aunque preferiría no tener que ir.

Pero si estás decidida a cometer ese gran error, lo menos que puedo hacer es ser testigo de que lo cometes.

En cuanto Dillon salió del banco y estuvo sentado en su coche de alquiler, sonó su teléfono móvil. Respondió de inmediato.

—¿Hola?

—Bane está en problemas. Te necesitamos en casa.

Respiró hondo, soltó el aire y movió la cabeza mientras se ponía el cinturón de seguridad.

—De acuerdo, Ramsey. ¿Qué ha hecho ahora?

—Fugarse.

—¡Qué diablos! —estalló—. Por favor, hagas lo que hagas, no me digas que se largó con Crystal Newsome.

—De acuerdo, no lo haré. Pero te diré que Carl Newsome esta vez va a asegurarse de que vaya a la cárcel.

No había nada como una amenaza de muerte para unir a los Westmoreland bajo un techo para otra cosa que no fuera una comida o una fiesta. Dillon miró a su hermano menor en el otro extremo de la sala y se preguntó si Bane iba a superar alguna vez esa mentalidad de chico malo. No se podía evitar quererlo aunque se deseara meterle a golpes algo de sentido común en la cabeza.

Por suerte, lo habían encontrado antes que Carl, aunque les había llevado casi dos días enteros y viajar a cinco estados diferentes. Había quedado claro que ni Crystal ni él habían querido que los encontraran, y también que se habían estado divirtiendo tanto que no se habían tomado tiempo para pasar por Las Vegas para celebrar una boda rápida.

Eso había alegrado un poco a Carl Newsome. Algo había sucedido años atrás que había situado a los Westmoreland y a los Newsome en distintos bandos… algo acerca de una disputa por la propiedad de una tierra. Como resultado de ello, Newsome jamás permitiría que su hija se casara con un Westmoreland.

En ese momento se encontraban todos en la comisaría, donde Bane había sido acusado de secuestro, aunque Carl sabía muy bien que Crystal había ido por voluntad propia. Ella misma lo había reconocido. Incluso había ido tan lejos como para reconocer que había sido quien lo había planeado todo. Creía que estaba enamorada de Bane, pero con diecisiete años, sus padres

consideraban que desconocía lo que era el amor. También Bane creía estar enamorado de Crystal.

—El juez ha tomado una decisión —anunció el *sheriff* Parker al regresar a la sala de conferencias—. Carl Newsome está dispuesto a retirar los cargos siempre y cuando Bane acepte no ver nunca más a Crystal.

Bane, que había estado apoyado contra una pared, se irguió y gritó airado:

—¡No voy a aceptar nada!

Dillon puso los ojos en blanco, negó con la cabeza y le preguntó al *sheriff*:

—¿Qué pasa si no acepta?

—Entonces tendré que encerrarlo y, como ya violó la orden de alejamiento en la que prometía no pisar la propiedad de Carl, lo trasladaremos a la granja durante un año.

Dillon asintió y miró a su hermano pequeño, sostuvo la mirada de Bane un momento y luego le dijo al *sheriff*:

—Aceptará.

—¡Dil!

—No, Bane, ahora escúchame —cortó Dillon con voz firme que captó la atención de todos los presentes. Había retrasado su regreso a Gamble y eso no lo tenía muy contento, y menos después de averiguar que el abogado del padre de Pam le había mentido—. Crystal es joven. Tú eres joven. Los dos necesitáis crecer. Además, Carl ha mencionado que planea enviar a Crystal a vivir con una tía. Usa ese tiempo en terminar la universidad y en conseguir un trabajo en Blue Ridge. Y en tres o cuatro años, ella será lo bastante mayor y madura como para tomar sus propias decisiones. Esperemos que entonces ambos hayáis acabado los estudios y podáis elegir qué queréis hacer.

Vio la consternación en las facciones de su hermano.

—Pero la amo, Dil.

Sintió el dolor de Bane porque gracias a Pamela Novak, él conocía la intensidad del amor.

—Lo sé, Bane. Todos lo sabemos. Diablos, hasta el *sheriff* lo sabe, razón por la que hemos pasado por alto muchas de vuestras travesuras a lo largo de los años.

No hacía falta ser científico para saber que Crystal y Bane eran

sexualmente activos. No quería recordar todas las veces que había regresado a casa y había descubierto que no habían ido al colegio o las llamadas que había recibido del *sheriff* después de encontrarlos a ambos aparcados en un lugar alejado cuando ni Dillon ni Carl habían sabido que no estaban en casa.

—Pero es hora de que finalmente crezcas y aceptes la responsabilidad de tus actos. Ve a la universidad, lábrate un futuro y luego reclama a tu chica.

Durante un momento, Bane no dijo nada y clavó la vista en el suelo. Todos guardaban silencio. Y entonces, miró al *sheriff*.

—¿Puedo verla primero?

El *sheriff* Harper movió la cabeza con pesar.

—Me temo que no. Carl, Crystal y su madre se han marchado hace un rato. Tengo entendido que la llevan al aeropuerto para subirla al siguiente avión con rumbo a algún lugar del sur, donde vive su tía.

Con los hombros encorvados por la derrota, Bane no dijo nada durante un rato aún más prolongado; después dio media vuelta y salió de la sala.

Ramsey se apoyó en la puerta con una taza de café en la mano y observó a Dillon preparar la maleta.

—¿Te marchas otra vez?

Asintió mientras seguía guardando cosas.

—Sí, hace tiempo que debería haber estado en Gamble, y no he podido hablar con Pamela para explicarle mi demora.

Eso lo había molestado. En más de una ocasión había tratado de llamarla, pero o bien estaba fuera o bien no contestaba las llamadas, algo que no era capaz de entender. Estaba ansioso por reunirse con el abogado de su padre para averiguar por qué le había mentido a Pam, haciéndole creer que todavía quedaba un saldo importante que liquidar. Por alguna razón que no podía desterrar de la cabeza, tenía la impresión de que Mallard se hallaba detrás de los problemas económicos ficticios de Pam.

—Entonces, buena suerte. Espero que tu vuelo salga a tiempo. Se avecina una tormenta de nieve.

—Eso he oído —cerró la cremallera de la maleta—. Por eso quiero irme ahora. Espero que el avión despegue antes de que llegue la tormenta.

Ramsey bebió un sorbo de café.

—Supongo que vas en serio con Pamela Novak.

Dillon sonrió mientras recogía su abrigo.

—Sí, y pretendo casarme con ella.

Permaneció inmovilizado en el aeropuerto de Denver debido a la tormenta, y no llegó a Gamble hasta el mediodía del día siguiente. Lo irritaba no haber podido contactar todavía con Pamela. No hablaba con ella desde hacía justo una semana.

En cuanto aterrizó en la ciudad, fue directamente al despacho de Lester Gadling, decidiendo que primero le daría al hombre la oportunidad de explicarse antes de comunicarle a Pamela lo que había averiguado. Al llegar descubrió que el abogado había salido a almorzar, de modo que lo esperó.

Eran casi las tres cuando Gadling regresó. En el momento en que la secretaria le informó de que Dillon llevaba un rato esperándolo, lo miró nervioso antes de preguntarle si tenía una cita.

—No, pero necesito hablar con usted acerca de Sam Novak.

—¿Qué pasa con Sam Novak?

A Dillon no le gustó que la secretaria se encontrara presente y fuera toda oídos.

—Prefiero que tratemos el tema en privado —indicó.

Gadling pareció titubear un momento antes de preguntar:

—¿Y qué relación tiene usted con la familia Novak?

—Soy un amigo.

Momentos más tarde, lo siguió a su despacho y, en cuanto la puerta se cerró detrás de ellos, el abogado preguntó aún más nervioso:

—¿Y qué es lo que quiere saber?

Dillon no vaciló.

—Por qué ha hecho creer a Pam que debe parte de la hipoteca. Sé que no es así, de modo que más le vale darme una buena respuesta, señor Gadling. Y quiero saber qué ha pasado con esos pagos que ella le ha estado haciendo a usted cada mes.

—No tengo que contarle nada —aseveró el hombre.

Dillon le dedicó una sonrisa que todos los miembros de su familia reconocían y respetaban.

—No, no tiene que contarme nada. Pero siempre puedo llamar a la oficina del fiscal del distrito para denunciar un fraude legal.

Eso cambió la actitud de Gadling. Rodeó su escritorio y, para sorpresa de Dillon, sacó una botella de *whisky*, llenó una copa y se la bebió de un trago.

—Yo no quería mentir. Fue idea de Fletcher Mallard. Me está chantajeando.

Dillon lo miró largo rato y luego se sentó en el sillón que había ante el escritorio.

—Creo que necesita empezar por el principio.

El hombre comenzó a hablar. De vez en cuando Dillon cerraba las manos con fuerza al oír cómo Mallard había manipulado tanto a Gadling como a Pam para obtener lo que quería. Pam creía que Fletcher Mallard había acudido a su rescate, cuando en realidad había orquestado toda la situación y ella lo desconocía.

—Ahí lo tiene. Mallard estaba tan obsesionado con casarse con Pamela Novak que habría hecho cualquier cosa para tenerla a su merced.

Dillon apretó la mandíbula.

—Iré a la casa de los Novak a traer a Pam. Quiero que le cuente todo lo que me acaba de contar a mí.

El hombre pareció sorprendido por la petición.

—Eso puede resultar complicado.

Dillon adelantó el torso. Se negaba a aceptar una excusa de ese hombre.

—¿Y por qué va a resultar complicado, señor Gadling?

—Porque Mallard y ella van a casarse hoy. De hecho, probablemente la boda se esté celebrando mientras usted y yo hablamos.

Capítulo 11

—Por favor, Pammie, no tienes que casarte con él —dijo Paige con lágrimas en los ojos.

—¿Y por qué no quisiste hablar con Dillon cuando llamó esta semana? —preguntó Nadia—. ¿Por qué no podíamos contestar cuando veíamos en la pantalla que era su número?

Pam cerró los ojos y luego miró a Jill, quien no había dicho nada, pero la miraba con ojos entornados. Luego miró a Iris, quien parecía igual de inquieta.

—Escuchadme, éste es mi día —luego se centró en Paige—. Y tengo que casarme con él. Ahora no lo entiendes, pero algún día lo harás. Y el motivo por el que esta semana no quise hablar con Dillon resulta algo complicado, pero tengo mis razones —le respondió a Nadia.

No hizo caso del bufido de Jill.

—Vamos, el reverendo Atwater ha llegado y debemos acabar con esto —miró a Iris, feliz de que su amiga hubiera mantenido por una vez la boca cerrada—. Bueno, ¿cómo estoy? —dio una vuelta en medio de la sala con el vestido que se había comprado esa semana.

—Demasiado guapa para ese imbécil —musitó Iris; sin embargo, las hermanas de Pam oyeron el comentario.

Ésta frunció el ceño al ver que sus hermanas luchaban por contener unas risitas.

—Muy bien, señoritas, vámonos —les dijo a todas—. El reverendo nos espera.

A Dillon le importaba un bledo rebasar el límite de velocidad mientras iba hacia la casa de los Novak, y le parecía un milagro que

no lo estuviera persiguiendo el *sheriff*.

Había intentado llamar a Pam antes de abandonar el bufete de Gadling, pero era evidente que alguien había descolgado el condenado teléfono.

Al llegar y ver tres coches aparcados ante la casa, suspiró. Reconoció el de Mallard, pero no los otros dos.

Apagó el motor, abrió la puerta y bajó casi a la carrera. En ese momento le importaba aún menos llegar tarde y que ya se hubiera casado con Mallard. Porque entonces se convertiría en una novia secuestrada, proeza para la que los Westmoreland estaban bien capacitados.

Las palabras del reverendo flotaron sobre ella, pero sus pensamientos estaban en Paige. Aquella mañana, había encontrado a su hermana pequeña sentada en un lado de la casa llorando. Se sentía desdichada porque ese día iba a casarse con Fletcher Mallard. Y Pam sabía que sus otras dos hermanas experimentaban lo mismo.

La muerte de su padre las había dejado a las tres a su cargo y en ese mismo instante se dio cuenta de que la felicidad de ellas era lo que más le importaba. Y si casarse con Fletcher les estaba causando esa angustia, entonces bajo ningún concepto podía seguir adelante con la boda.

Las palabras del reverendo Atwater resonaron en la sala.

—Si alguien puede presentar una razón por la que estas dos personas no deban casarse legalmente, que hable ahora o calle para siempre.

Pam abrió la boca para poner fin a la ceremonia, sabiendo que no podía dejar que prosiguiera, pero la voz de un hombre atronó desde el umbral de su casa, alta y clara:

—¡Yo puedo presentarla!

Pam giró en redondo y el corazón estuvo a punto de salírsele del pecho al ver la cara ceñuda de Dillon. Avanzaba deprisa hacia ella.

—¿Qué hace aquí? —preguntó Fletcher con los dientes apretados.

—Parece que viene en busca de Pammie —dijo Paige con una enorme sonrisa al tiempo que aplaudía encantada.

Pam se hallaba demasiado conmocionada para moverse o hablar y sólo pudo mirar a Dillon fijamente.

—¿Qué diablos crees que estás haciendo aquí? —inquirió

Fletcher, situándose delante de Pam y bloqueando el camino de Dillon.

Éste esbozó una sonrisa al mirar al otro con desdén.

—¿Tú qué crees? Estoy deteniendo la boda. Así que apártate, necesito hablar con Pam.

—No voy a moverme —espetó Fletcher.

La sonrisa de Dillon se acentuó.

—No tengo ningún problema en moverte yo, créeme.

—Caballeros, por favor —dijo el reverendo.

Fue entonces cuando Pam recuperó la voz. Rodeó a Fletcher y se detuvo ante Dillon, a quien miró a los ojos.

—Dillon, ¿qué haces aquí?

—Te pedí que confiaras en mí para encontrar una alternativa.

Ella entrecerró los ojos.

—Lo hice hasta que te llamé el domingo por la noche y ella contestó.

—Ella, ¿quién? —enarcó una ceja en gesto de confusión.

—Dímelo tú.

—Mira, Westmoreland, no sé por qué estás aquí, pero interrumpes nuestra boda —expuso Fletcher con tono irritado.

Dillon lo miró con ojos centelleantes.

—No habrá ninguna boda —volvió a mirar a Pam—. Necesitamos hablar en privado.

Ella le devolvió la mirada un momento y luego retrocedió un paso.

—No.

—Si ella no quiere hablar contigo, yo sí —intervino Iris. Cuando Dillon la miró, ella le sonrió—. Soy Iris, la mejor amiga de Pam —al recibir una mirada asesina de su amiga, se encogió de hombros—. ¿Qué te puedo decir? Es muy guapo.

Dillon volvió a concentrarse en Pamela.

—Tenemos que hablar, Pam —cruzó los brazos—. Si no quieres hacerlo en privado, entonces puedo decir lo que quiero decir aquí. Fletcher y Lester Gadling te mintieron. No hay ninguna hipoteca pendiente sobre esta casa ni sobre la tierra. Tu padre dispuso del seguro necesario para cancelarla. Fletcher chantajeaba a Gadling para que afirmara lo contrario. Y esos pagos mensuales que hiciste para ir liquidando el préstamo iban a parar a manos de Mallard.

—¡Es mentira! —espetó Fletcher—. ¿Cómo te atreves a presentarte aquí con semejantes injurias?

—No es mentira. Pam puede verificar todo lo que he dicho con Gadling. No contabas con que ella averiguara la verdad hasta después de que os hubierais casado, y por entonces esperabas que se sintiera tan agradecida que no le importara.

Pam se volvió hacia Fletcher, conmocionada por las declaraciones de Dillon.

—¿Es eso verdad, Fletcher?

Éste le tomó la mano.

—Pamela, cariño. Por favor, entiéndelo. Lo hice para darte todas las cosas que te mereces. Tenía que lograr que te casaras conmigo de algún modo.

Airada retiró la mano y dio un paso atrás. Su expresión era de absoluta furia.

—Me mentiste adrede. ¿Sólo para casarte conmigo?

—Sí, pero…

—Por favor, vete, Fletcher, y no vuelvas.

Fletcher la miró y luego clavó la vista en Dillon antes de volver a observarla a ella.

—No insistas en que Westmoreland se case contigo, si es lo que estás pensando hacer —bramó—. ¿Recuerdas aquella foto que te mostré? La del *Denver Post*. Él ya tiene una mujer en Denver, así que yo soy el mejor partido de la zona. Cuando quieras reanudar nuestra relación, llámame —giró y se marchó enfadado de la casa.

—Pam, tenemos que hablar —repitió Dillon cuando la puerta se cerró detrás de Mallard.

Ella lo miró con los ojos entrecerrados. También cruzó los brazos y dijo:

—No.

Dillon esbozó su sonrisa de cazador y ella tuvo el sentido común de retroceder. Pero no con la suficiente rapidez. Dillon alargó los brazos y la alzó en vilo.

—¡Bájame, Dillon!

Observó su rostro enfadado.

—No. Vas a escuchar lo que te tengo que decir.

Entonces estudió la expresión atónita del reverendo antes de sonreírle a las hermanas y a la amiga de Pam.

—Disculpadnos un momento. Tenemos que tratar un asunto en privado.

Ignorando los esfuerzos de Pam, fue hacia la cocina y cerró la puerta a su espalda.

—¡Bájame, Dillon!

—Desde luego —se sentó en una silla y la mantuvo inmovilizada en su regazo. La miró—. Parece que he de aclarar algunas cosas. Primero, esa foto a la que aludía Fletcher que apareció en el *Denver Post*, era con una cita que había aceptado hacía meses. La mujer, Belinda Harper, es la hermana del *sheriff*. Le debía un favor por todas las veces que me había ayudado a mantener a Bane fuera de la cárcel.

Al no obtener respuesta y continuar recibiendo su mirada furiosa, prosiguió:

—Y la mujer que contestó mi teléfono el domingo por la noche fue mi prima Megan. Se quedó en mi casa hasta el lunes. De hecho, la dejé allí cuando salí para tomar un vuelo a Laramie para comprobar la situación en el Banco de Gloversville.

Eso sí captó la atención de ella.

—¿Es tu prima? —enarcó una ceja.

—Sí, te dije que tengo tres primas. Megan, Gemma y Bailey —hizo una pausa antes de agregar—: Habría regresado a Gamble antes, pero volvimos a tener problemas con Bane, por lo que me vi obligado a ir a Denver a solucionarlos. Y luego cayó esa condenada tormenta de nieve sobre la ciudad y me quedé atrapado en el aeropuerto.

—¿Intentabas volver aquí? —preguntó, como si aún estuviera insegura.

—En cuanto pude. Te hice una promesa que pretendía cumplir. Y nada más enterarme de que el préstamo se había cancelado, intenté llamarte varias veces.

Ella miró unos momentos por la ventana secreta y luego volvió a clavar la vista en él.

—No tenía nada que decirte. No dejé que mis hermanas contestaran tus llamadas.

—Porque creíste que estaba relacionado con otra mujer —afirmó más que preguntó.

—Sí.

—¿Y por qué te molestó la idea de que hubiera otra mujer, Pam?

Ella encogió esos hombros femeninos.

—Simplemente, lo hizo.

Él se acercó más.

—¿Sabes lo que pienso? Creo que te molestó porque comprendiste algo. Las veces que hicimos el amor, te hice mía. ¿Y sabes otra cosa que más te valdría aceptar?

—¿Qué? —preguntó con sequedad.

—Que te amo.

Parpadeó sorprendida.

—¿Me amas?

—Mucho. Me enamoré de ti nada más verte. Y quiero casarme contigo por todos los motivos adecuados. Quiero que los Westmoreland y los Novak seamos una familia.

Ella titubeó y estudió sus ojos en busca de la verdad. Cuando la encontró, sonrió.

—Creo que a Jay y a Raphael eso les habría gustado.

—Entonces, ¿te casarás conmigo? Y he de advertírtelo: casarte conmigo significa conseguir a catorce personas más.

Ella sonrió.

—No me importa, porque casarte conmigo significa que te llevas a cuatro. Oh, y está Iris. Es como mi hermana.

Él sonrió satisfecho.

—Cuantos más, mejor. Y también he de mencionarte a mis otros quince primos de la rama de los Westmoreland de Atlanta.

—Como tú has dicho, cuantos más, mejor —se movió para rodearle el cuello con los brazos—. Yo también te amo.

La besó allí mismo, primero despacio y luego con más apetito. Y cuando las lenguas entablaron ese duelo íntimo, casi olvidó dónde estaban. Finalizó el beso y se incorporó con ella en brazos antes de depositarla en el suelo.

—Creo que debemos informar a todos de que habrá una boda después de todo, pero no hoy. Estableceremos la fecha para cuando podamos tener a todos los Westmoreland reunidos. Esta noche me alojare en el hotel de Rosebud —le susurró entonces—. ¿Quieres venir a pasar un rato conmigo después?

—Mmm, me encantará —sonrió—. Tú das. Yo tomo. Sin remordimientos.

La abrazó.
—Sí. Sin remordimientos.

Epílogo

Pam miró la alianza nupcial. Estaba perfecta en su mano. Luego alzó la vista a su marido desde hacía diez minutos y sonrió antes de contemplar el salón enorme y hermosamente decorado del hotel de Denver. Dillon y ella habían decidido celebrar una boda navideña y todo había salido a la perfección.

Sus hermanas hablaban con algunos de los hermanos y primos de Dillon y parecían hallarse en un estado muy feliz y festivo. Pam aún no era capaz de distinguir quiénes eran los hermanos y quiénes los primos, ya que todos se parecían. Incluso aquellos que habían ido desde Atlanta. Dillon les había presentado a todos, pero aún se sentía algo mareada con tantos nombres y caras.

Sin embargo, de inmediato se había hecho amiga de Megan, Gemma y Bailey. Sencillamente, adoraban a su primo mayor y se sentían más que complacidas con la mujer que aquél había elegido como esposa.

Y luego estaban las esposas de los Westmoreland de Atlanta, con quienes había empezado a formar amistades duraderas. La noche anterior, durante el ensayo de la cena, había sostenido en brazos al miembro más reciente del clan, la pequeña Jaren, de apenas cuatro meses.

Y mientras sostenía al bebé, había mirado a Dillon y, por la expresión de éste, había tenido la impresión de que no pensaba perder el tiempo en darle un bebé propio al que poder acunar.

—¿Lista para nuestro primer baile, señora Westmoreland? —le preguntó él.

Volviendo al presente, ella rió.

—Como nunca lo estaré, señor Westmoreland.

La tomó en brazos y se deslizaron por la pista de baile. Sus

hermanas sonreían radiantes y eso la hizo feliz. Se habían mostrado encantadas con sus planes de boda.

Vivirían en Gamble hasta que finalizara el año escolar y luego, cuando Jill se marchara a la universidad, Pam y sus hermanas se trasladarían al hogar de Dillon en Denver. A Paige y a Nadia no les planteaba ningún problema el traslado y tenían ganas de hacer nuevos amigos. La casa de Gamble se convertiría en un segundo hogar para ellos. Pensaba poner la dirección de los asuntos cotidianos de la academia de teatro en las capaces manos de Cindy Ruffin.

Ese día iban a tomar un avión rumbo a Miami, desde donde zarparían en un crucero a las Bahamas.

Mientras bailaban una canción lenta, Dillon bajó la cabeza y le dio un beso en la boca, sin importarle que la sala estuviera llena de invitados. Cuando al final le liberó los labios, ella rió entre dientes.

—Has sido malo.

—No, cariño —le acarició la mejilla—. Ha sido el estilo de este Westmoreland. Acostúmbrate a él.

—Lo haré —se puso de puntillas y le dio un beso en la boca, decidiendo que también los Novak tenían un estilo propio.